

# Ricardo Piglia

Plata quemada



Esta novela cuenta una historia real. Se trata de un caso de la crónica policial que tuvo como escenarios Buenos Aires y Montevideo en 1965. En septiembre de ese año una banda asalta un banco en San Fernando, provincia de Buenos Aires. También participan varios políticos y policías que se harán con su parte del botín una vez que el robo haya funcionado. El plan se cumple. Sin embargo, en la huida, los maleantes deciden traicionar a sus socios y escapar con toda la plata. La policía no lo va a permitir.



Ricardo Piglia

# Plata quemada

**ePub r1.1**

**nadie4ever** 09.01.14

Título original: *Plata quemada*  
Ricardo Piglia, 1997  
Ilustraciones: Alejandro Ulloa  
Diseño de portada: Mario Blanco

Editor digital: nadie4ever  
ePub base r1.0

**más libros en [bajaepub.com](http://bajaepub.com)**

¿Qué es robar un banco  
comparado con fundarlo?

BERTOLT BRECHT

## Uno

Los llaman los mellizos porque son inseparables. Pero no son hermanos, ni son parecidos. Difícil incluso encontrar dos tipos tan diferentes. Tienen en común el modo de mirar, los ojos claros, quietos, una fijeza extraviada en la mirada recelosa. Dorda es pesado, tranquilo, con cara rubicunda y sonrisa fácil. Brignone es flaco, ágil, liviano, tiene el pelo negro y la piel muy pálida como si hubiera pasado en la cárcel más tiempo del que realmente pasó.

Salieron del subte en la estación Bulnes y se detuvieron frente a la vidriera de una casa de fotografías para asegurarse de que nadie los seguía. Eran llamativos, extravagantes, parecían una pareja de boxeadores o una pareja de empleados de una empresa de pompas fúnebres. Iban vestidos con elegancia, de oscuro, con traje cruzado, el pelo corto, las manos muy cuidadas. La tarde estaba tranquila, una de esas tardes limpias de primavera, con una luz blanca y transparente. La gente se alejaba de las oficinas y volvía a su casa, con aire reconcentrado.

Esperaron que cambiara la luz del semáforo y cruzaron la Avenida Santa Fe hacia Arenales. Habían tomado el subte en Constitución y habían hecho una serie de combinaciones, vigilando que nadie los siguiera. Dorda era muy supersticioso, estaba siempre viendo signos negativos y tenía múltiples cábalas que le complicaban la vida. Le gustaba andar en subte, moverse bajo la luz amarilla de los andenes y de los túneles, subir a los vagones vacíos y dejarse llevar. Cuando estaba en peligro (y siempre estaba en peligro) se sentía seguro y protegido viajando en las entrañas de la ciudad. Era fácil sacarse de encima a los pesquisas. Bastaba quedarse a último momento en el andén vacío y dejar que el tren se fuera para confirmar que estaba a salvo.

Brignone trataba de calmarlo.

—Va a salir bien, está todo controlado.

—No me gusta que haya tanta gente metida.

—Si algo te tiene que pasar, va a pasar igual aunque no haya nadie. Si te cae la malaria, no hay quien te salve. Te parás a comprar cigarrillos, te desvías un minuto y perdiste.

—¿Y para qué quieren juntamos ahora?

Un asalto primero hay que programarlo y después hay que moverse rápido para impedir las filtraciones. Rápido quiere decir dos días, tres días, desde que se tiene la primera información hasta que se encuentra un aguantadero en otro país. Hay que pagar siempre, poner plata pero también jugarse al riesgo de que el entregador le venda el dato a otro grupo.

Iban a una posta, los mellizos, en un departamento de la calle Arenales. Un lugar limpio, en un barrio seguro, contra la cortada que daba a la fábrica de cerveza. Lo habían alquilado para tener un centro de operaciones desde el cual organizar los movimientos.

—Es un bulín en un barrio bacán, sólo una guarida para armar el tute y esperar, —les había dicho Malito cuando los contrató. Los mellizos eran de la pesada, tipos de acción, y Malito se había jugado por ellos, y les dio toda la información. Pero siempre desconfiado, eso sí, Malito, cuidadoso al mango con las medidas de seguridad, con los controles, un enfermo, nunca se dejaba ver. Era el hombre invisible, era el cerebro mágico, actuaba a distancia, tenía circuitos y contactos y conexiones raras, «la loca Mala», como le decía el loco Dorda. Porque se llama nomás Malito, ese era su apellido. En Devoto había conocido a un cana que se llamaba Verdugo, eso es peor. Llamarse Verdugo, llamarse Esclavo, había uno que se llamaba Battilana, con esos apellidos, mejor llamarse Malito. Los otros tenían sobrenombre (Brignone era el Nene, Dorda era el Gaucho Rubio) pero Malito era su propio seudónimo. Cara de ratón, ojitos pegados a la nariz, nada de mentón, pelo colorado, muy sereno, manos de mujer, inteligentísimo, sabía de motores, de caños, armaba una bomba en dos minutos, movía los deditos así, ajustando el reloj, los frasquitos con la nitro, todo sin mirar, como un ciego, moviendo las manos como un pianista y era capaz de hacer volar una comisaría.

Malito era el jefe y había hecho los planes y había armado los contactos con los políticos y los canas que le habían pasado los datos, los planos, los detalles y a quienes tenían que entregarles la mitad del paquete. Había muchos metidos en ese negocio pero Malito pensaba que ellos tenían diez o doce horas de ventaja, que podían dejarlos a todos pagando, rajarse con toda la mosca y cruzar al Uruguay.

Esa tarde se habían dividido en dos grupos. Los mellizos se fueron al departamento de Arenales para repasar con cuidado todos los pasos de la operación. Mientras, Malito alquiló una pieza en un hotel enfrente del lugar donde pensaba realizar el asalto. Desde la ventana del hotel veía la plaza de San Fernando y el edificio del Banco de la Provincia y trataba de imaginar cómo iban a ser los movimientos, el cronometraje de la acción, la salida a contramano y el ritmo del tráfico.

La camioneta rural IKA propiedad del tesorero iba a marchar hacia la izquierda, siguiendo la dirección de las agujas del reloj, y había que entrar de frente y pararla antes de que cruzara el portón de entrada a la Municipalidad. La dirección del tránsito los obligaba a dar vuelta toda la plaza y cortarles el paso a mitad de camino. Tenían que matar al chofer y a todos los custodios antes de que atinaran a defenderse porque sólo tenían a favor la sorpresa.

Algunos testigos aseguran haber visto a Malito en el hotel con una mujer. Pero otros dicen que sólo vieron a dos tipos y que no había ninguna mujer. Uno de los dos era un flaquito nervioso, que se inyectaba a cada rato, el Chueco Bazán, que estaba realmente esa tarde, con Malito, en la pieza del hotel en San Fernando vigilando el movimiento del banco desde la ventana que daba a la calle. Después del asalto la policía allanó el lugar y en el baño encontraron las jeringas y una cuchara y los cristales abandonados. La policía supuso que el Chueco era el joven que bajó al bar y pidió un calentador de alcohol. Los testigos se contradicen como siempre sucede, pero todos coinciden en que el chico parecía un actor y que tenía una mirada extraviada. De ahí infieren que él era el que se inyectaba heroína antes del asalto y el que habría pedido la carucita para calentar la droga. Enseguida los testigos empezaron a llamarlo «El Pibe» y después hubo alguna confusión entre Bazán y Brignone y varios aseguraron que los dos eran uno, al que todos



llamaban «El Pibe». Un flaco muy nervioso, que llevaba la pistola en la zurda, con el caño hacia el cielo, como si fuera un tira de civil. La gente en situaciones como esa siente que se le llena la sangre de adrenalina y se emociona y se obnubila porque ha presenciado un hecho a la vez claro y confuso. Algunos vieron un auto que se cruzaba frente a la rural IKA y se oyó un estruendo y un tipo en el suelo pataleaba al morir.

Tal vez pensaron refugiarse en el hotel después del asalto si no alcanzaban a escapar. Lo más seguí o es que había dos tipos controlando el Banco desde el hotel y otros tres que llegaron en un Chevrolet 400 «preparado», según todas la versiones. Rápido como una bala, el auto. Tal vez uno de los malandras era mecánico y lo había afinado y lo dejó hecho una seda, al sedán, con el motor a más de 5 000 revoluciones.

San Fernando es un suburbio residencial de Buenos Aires, con calles quietas y arboladas, poblado de grandes mansiones de principio de siglo que han sido transformadas en colegios o están abandonadas sobre las altas barrancas que dan al río.

La plaza estaba quieta bajo la luz blanca de la primavera.

Mientras Malito y el Chueco Bazán pasaban la tarde y la noche de la víspera en el hotel de San Fernando, el resto de la gavilla se encerró en el departamento de la calle Arenales. Habían levantado un auto en la provincia y lo habían guardado en el garaje del sótano y después por la escalera de servicio subieron con los equipos y los fierros y se quedaron ahí, con las persianas bajas, a esperar órdenes y dejar pasar las horas.

No hay nada peor que el día antes, cuando ya todo está listo y sólo falta salir a la calle y apretar, porque uno se pone vidente, ve visiones, cualquier cosa parece una señal de mala suerte, un buchón que caza movimientos raros y le pasa el dato a la policía y te arman una emboscada al llegar, por eso si uno tiene «mala fariña» (dice Dorda) hay que levantar todo, volver a empezar, dejar que venga el mes que viene.

La entrega era siempre el 28 de cada mes, a las tres de la tarde: la guita se movía del Banco de la Provincia al edificio de la Municipalidad. Un vagón de plata, casi seiscientos mil dólares, que daban la vuelta a la manzana, siguiendo la línea de la plaza de izquierda a derecha, en total eran siete

minutos desde que aparecían con el dinero en la puerta del banco, la subían a la camioneta IKA, y la entraban en el edificio de la Intendencia por el portón del fondo.

—Te digo una cosa, hermanito —le sonrió a Dorda, el Nene Brignone— nunca estuviste metido en una cosa tan «científica» como ésta, tenemos todo bajo control.

Dorda lo miraba, desconfiado, y tomaba cerveza del pico de la botella, tendido en el sofá, en mangas de camisa y sin zapatos, de cara a la tele que brillaba sin sonido, en el living que daba a la calle Arenales. El departamento era silencioso, era nuevo, estaba limpio, los papeles en orden. Lo había alquilado el chofer de la banda, el Cuervo Mereles para su «novia» dijo y en el barrio todos pensaban que Mereles era un hacendado de la provincia de Buenos Aires que mantenía a la chica y a su familia. Ahora la familia de la novia se había ido a pasear a Mar del Plata y el departamento se convirtió en lo que Malito llamaba su base de operaciones.

Tenían que andar con cuidado esa noche, no hacerse ver, no hablar con nadie, estar tranquilos. Había un teléfono, abajo, en el segundo subsuelo del edificio y desde allí cada dos o tres horas se comunicaban con la pieza del hotel en San Fernando. Malito les había dicho:

—Usen siempre el teléfono del garage, no llamen nunca con el fono de la casa.

Tenía varias obsesiones, Malito: el teléfono era una. Según él, todos los teléfonos de la ciudad estaban pinchados. Pero tenía otros rayes, la loca Mala, según el revirado de Dorda. No podía ver la luz del sol, no podía ver mucha gente junta, todo el tiempo se estaba lavando las manos con alcohol puro. Le gustaba la sensación fresca y seca del alcohol en la piel. El padre era médico, decían, los médicos se lavan las manos con alcohol, hasta el codo, al terminar las visitas, y a él le quedó la costumbre.

—Todos los gérmenes —explicaba Malito— se transmiten por las manos, por las uñas. Si la gente no se diera la mano, moriría el diez por ciento menos de la población, que mueren por los bichos.

Los muertos por la violencia (según él) eran menos de la mitad de los muertos por enfermedades contagiosas y nadie llevaba preso a los médicos

(se reía Malito). A veces se imaginaba a las mujeres y los chicos por la calle con guantes de cirujano y caretas antigérmicas, iodados enmascarados en la ciudad, para evitar las enfermedades y el contacto.

Malito venía de Rosario, había estudiado hasta cuarto año de Ingeniería y a veces se hacía llamar el Ingeniero aunque todos en secreto le decían el Rayado. Porque era loco pero también a causa de las marcas que tenía en el cuerpo, como costurones, porque le habían dado unos azotes, en una comisaría de Turdera, con el fleje de una cama, un bruto de la policía de la provincia. Malito lo fue a buscar y se lo levantó una noche, cuando el tipo bajaba de un colectivo en Varela, y lo ahogó en una zanja. Lo hizo arrodillar y le hundió la cara en el barro y dicen que le bajó los pantalones y lo violó mientras el cana se sacudía con la cabeza enterrada en el agua. Dicen, nunca se sabe. Un tipo simpático, Malito, entrador, un poco taimado. Hay pocos como él en este ambiente. Siempre logra que los otros hagan lo que él quiere como si fuera idea de ellos.

Por otro lado nunca nadie vio a un tipo con la suerte de Malito. Tenía un Dios aparte. Un halo de perfección que hacía que todos quisieran trabajar con él. Por eso había armado en dos días el asalto al camión pagador de la Municipalidad de San Fernando. Un asunto grosso, que no es un chiche (según el Chueco Bazán), con más de medio palo en juego.

Había un teléfono entonces, en una caja de madera, abajo, en el garaje del departamento de la calle Arenales y desde ahí le hablaron a Malito, la noche antes.

Malito concebía el asalto como una operación militar y les había dado instrucciones estrictas y los complotados revisaban ahora por última vez el plan.

El Cuervo Mereles, un flaco de ojos saltones, tenía una hoja con un plano de la plaza y estaba terminando de definir los detalles principales.

—Tenemos cuatro minutos. El camión viene desde el banco y tiene que dar la vuelta a la plaza por acá. ¿Es así o no?

El entregador era un cantor de tangos que se hacía llamar Fontán Reyes; había llegado último al bulo de la calle Arenales, nervioso, pálido, y se había sentado en un costado. Después de la pregunta del Cuervo, todos se quedaron

en silencio y lo miraron. Entonces, Reyes se levantó y se acercó a la mesa.

—El camión viene con las ventanillas abiertas —dijo.

Había que hacer todo a la luz del día, a las tres y diez de la tarde, en el centro de San Fernando. El dinero de los sueldos salía del Banco y era llevado al edificio de la Municipalidad que estaba a doscientos metros. Por la dirección del tránsito, el camión pagador tenía que dar toda la vuelta a la plaza.

—Tarda, término medio, entre siete y diez minutos, según el tráfico.

—¿Y cuántos son los custodios? —dijo el Nene.

—Dos policías acá y acá. Un policía en el camión son tres.

Estaba nervioso Reyes. Muerto de miedo, en realidad (según declaró más tarde). Fontán Reyes, era su nombre artístico, su verdadero nombre es Atir Ornar Nocito y tiene treinta y nueve años, había cantado en la orquesta de Juan Sánchez Gorio y había actuado en radio y en televisión, incluso llegó a grabar un disco con dos tangos, «Esta noche de copas» y «Noche de locura», acompañado por el pianista Osvaldo Manzi. Su momento de mayor gloria fue en los carnavales del 60, cuando debutó con Héctor Varela como el sucesor de Argentino Ledesma. Enseguida empezó a tener problemas con las drogas. En junio viajó a Chile formando dúo con Raúl Lavié pero al mes se le terminó la voz y quedó afónico. Demasiada cocaína, pensaban todos. Lo cierto es que tuvo que volver y empezó a andar en la malaria y terminó cantando en una cantina de Almagro acompañado con guitarras. Últimamente había tenido algunos bolos en festivales, bailes de clubes y recorridas por piringundines del Gran Buenos Aires.

La suerte es rara, la precisa llega cuando nadie la espera. Una noche, en un boliche, lo buscaron para pasarle un dato y como en un sueño se enteró de un movimiento muy grosso de plata, supo que podía sacarse la grande y se jugó. Llamó a Malito. Quería entrar y salir Fontán Reyes, pero esa tarde en el departamento de Arenales sintió que se estaba quedando pegado, no sabía cómo irse, tenía miedo, el cantor, miedo de todo (en especial, dijo, del Gaucho Dorda, un chiflado, un subnormal), que lo maten antes de darle su parte, que lo entreguen, que la policía lo esté usando de pichi. Está desesperado, en la lona, quiere zafar. Su ilusión es dar el golpe de su vida,

cobrar y levantar vuelo, empezar de nuevo, en otro lado (cambiar de nombre, cambiar de país), piensa poner, con esa plata, un restorán argentino en Nueva York y trabajar con la clientela latina. Una vez pasó por Manhattan con Juan Sánchez Gorio e hicieron capote en el «Charlie» de la calle 53 West, un restorán que regenteaba un cubano loco por el tango. Necesitaba la plata para instalarse porque el cubano le había prometido ayudarlo si llegaba a Nueva York con capital, pero todo era cada vez más peligroso porque se había tenido que mezclar con estos tipos que parecían alucinados, como si estuvieran siempre pichicateados. Se reían por cualquier cosa y no dormían nunca. Tipos pesados, asesinos, les gusta matar por matar, no se podía confiar.

Su tío, Niño Nocito, era un puntero del peronismo proscripto de la Zona Norte, dirigente de la Unión Popular y presidente interino del Concejo Deliberante de San Fernando. Unos días antes ocasionalmente surtió había presenciado una reunión de la comisión de finanzas y se había enterado de todo. Esa noche fue a escuchar cantar a su sobrino a un boliche de mala muerte en Serrano y Honduras y a la segunda botella de vino ya empezó a farolear.

—Fontán... hay por lo menos cinco millones.

Necesitaban contratar una gavilla de toda confianza, un grupo de profesionales que se hiciera cargo de la operación. Reyes tenía que garantizar que su tío estuviera cubierto.

—Nadie tiene que saber que yo estoy en esto. Nadie —dijo Nocito. Tampoco quería saber quién se iba a ocupar del trabajo. Sólo quería la mitad de la mitad, es decir, quería limpio setenta y cinco mil dólares (según sus cálculos).

Fontán Reyes los tenía que esperar en una casa en Martínez donde se iban a refugiar enseguida del asalto. Calcularon que en media hora estaría todo listo.

—Si no llegamos en media hora —dijo el Cuervo Mereles— quiere decir que vamos al segundo retén.

Fontán Reyes no sabía dónde quedaba el segundo retén y tampoco sabía que quería decir esa palabra. Malito había aprendido el sistema con Nando

Heguilein, un ex integrante Je la Alianza Libertadora Nacionalista, del que se hizo amigo una vez que estuvo preso en Sierra Chica. Una estructura celular impide las caídas en cadena y te da tiempo para escapar (dice Nando). Hay que tener siempre cubierta la retirada.

—¿Y entonces? —dijo Fontán Reyes—. ¿Si no llegan?

—Entonces —dijo el Gaucho Rubio— escondéte Catalina.

—Quiere decir que hubo algún problema —dijo Mereles. Fontán Reyes vio las armas amontonadas sobre la mesa y por primera vez se dio cuenta de que se había jugado todo a cara o ceca. Hasta entonces había servido de tapadera a algunos trabajos sucios de sus amigos. Los había escondido, después de un asalto, en su casa en Olivos, había cruzado merca a Montevideo y había vendido algunos «ravioles» en los boliches del bajo. Trabajo liviano, pero esta vez era distinto. Había fierros, iba a haber muertos, él era un cómplice directo. Claro que se arriesgaba por un paquete.

—Por lo bajo —le había dicho su tío— es un millón de mangos por cabeza.

Con cien mil dólares podía abrir el boliche en Nueva York. Un lugar para retirarse y vivir tranquilo.

—¿Tenés esta noche dónde ir? —le preguntó Mereles y Fontán Reyes se sobresaltó.

Los iba a esperar en un lugar que nadie conocía y los iba a llamar por teléfono.

—La operación debe durar seis minutos —insistió el Nene—. Más de eso es muy peligroso porque hay dos comisarías en un radio de veinte cuadras.

—La clave —dijo Fontán Reyes— es que no haya filtraciones.

—Hablás como si fueras plomero —dijo Dorda.

En eso se abrió la puerta y una muchacha rubia, casi una nena, vestida con mini y una blusita floreada entró en la pieza. Estaba descalza y se abrazó a Mereles.

—¿Tenés, papi? —dijo.

Mereles le acercó un vidrio con cocaína y la muchacha se fue a un costado y empezó a picarla sobre el espejito con una gillette. Después la calentó con un encendedor mientras tarareaba «Yesterday» de Paul

McCartney. Tenía un billete de cincuenta pesos enrollado como un cucurucho y se lo puso en la nariz y aspiró con un ronquido suave. Dorda la miró de reojo y se dio cuenta de que la nena no usaba corpiño, se le veían las tetitas bajo la blusa liviana.

—Tarda, término medio, diez minutos, según el tránsito.

—Vienen dos custodios y un cana —recitó Brignone.

—Hay que matarlos a todos —dijo Dorda de golpe—. Si dejás testigos te encanastan porque son todos guanacos.

La vida de la chica había cambiado de pronto y seguía la rosca con la seguridad de que otra oportunidad como esa no se le iba a dar en la vida. Se llamaba Blanca Galeano. En enero había viajado sola a Mar del Plata a visitar a una amiga y a festejar porque había pegado los exámenes de diciembre del tercer año del Normal 1. Una tarde en la rambla había conocido a Mereles, un tipo flaco y elegante que paraba en el Hotel Provincial. Mereles se presentó como el hijo de un hacendado de la provincia de Buenos Aires, y Blanquita le creyó. Tenía quince años recién cumplidos y cuando supo quién era el Cuervo Mereles y a que se dedicaba, ya no le importó. (Al contrario, le gustó más, se calentó como loca con el pistolero que la llenaba de regalos y le hacía todos los gustos).

Empezó a vivir con él y los tipos de la banda la miraban como si fueran perros hambrientos. Una vez había visto en un potrero una jauría de perros muertos de hambre atados a una cadena que se abalanzaban sobre todo lo que se movía y se trezaban entre ellos y aliara tuvo la misma impresión. Cuando Mereles los soltara se le iban a venir encima. Y alguna vez, tarde o temprano, iba a pasar. Se los imaginó que la miraban mientras ella se paseaba desnuda, con tacos altos, y después se vio encamada con el Nene como a veces la incitaba Mereles. Querés que lo traiga, le decía el degenerado y ella se calentaba. Le gustaba el morochito, tan pálido, parecía tener la edad de ella. Pero era bufarrón (según el Cuervo). O te gusta el grandote, le decía Mereles, mirá que es en un gaucho bruto y Blanca se reía, se le tiraba encima. «Dame» decía. «Papito». Desnuda, con tacos altos, se paseaba la Nena, él la paraba contra el espejo, ella se apoyaba en la banqueta, se sacaba el gusto.

No quería enterarse de lo que estaban planeando y se volvió a la pieza.

Estaban tramando algo pesado (porque algo siempre tramaban cuando se juntaban a hablar en voz baja y se pasaban los días sin salir de la casa). Tenía que estudiar porque debía dos materias y quería terminar el secundario. Iba a estar con Mereles unos meses, como una vacación y después todo iba a volver a ser como antes. «Tenés que aprovechar ahora que sos joven», le dijo su madre cuando empezó a llevar plata. El padre, don Antonio Galeano, vivía en babia, no sabía nada, trabajaba en Obras Sanitarias, en el edificio que parecía un palacio, en Río Bamba y Córdoba. La que se malició todo enseguida fue su mamá, se quejaba siempre de su padre, que no ganaba más que para vivir con lo justo, y en cuanto se enteró, empezó a quedarse sola con la nena para que le contara. Las hijas hacen siempre lo que las madres quieren. Y cuando lo conoció a Mereles la madre sintió los ojos de degenerado del Cuervo en las tetas y se empezó a reír. La nena la miró y ella supo que también podía tener celos de su madre. «Parecen hermanas» dijo Mereles «permítame que le dé un besito».

—Claro querido —dijo la madre— me tenés que cuidar a Blanquita, mirá que si el padre se enterá...

—¿Se enterá de qué?

De que era casado. Casado y separado y siempre con negras baratas que sacaba de los cabarutes del bajo.

La Nena se tiró en la cama con el libro de matemáticas y empezó a pensar en cualquier cosa. Mereles le había prometido llevarla a Brasil a ver el carnaval. Del otro lado de la puerta habían bajado la voz y no se oía nada hasta que al rato le llegaron unas risas.

Dorda parecía un poco ido y era un derrotista y veía todo negro y siempre hacía chistes catastróficos y por eso al final todos se divertían con él.

—Nos van a encerrar en la salida de la plaza y vamos a quedar enganchados y nos van a matar como a cachirlas.

—No seas yeta, Gaucho —dijo el Cuervo— que va a manejar papá y te va a sacar por la vereda esquivando a los canas.

Dorda se empezó a reír, le daba risa la visión del auto saliendo a contramano por la vereda hacia la plaza en medio de los tiros y los muertos.



## **Dos**

El día del asalto amaneció limpio y claro. A las 15.02 del miércoles 27 de setiembre de 1965, el tesorero Alberto Martínez Tobar entró en el tesoro de la sucursal del Banco de la Provincia de Buenos Aires en San Fernando. Era un tipo alto, de cara enrojecida y ojos saltones, que recién había cumplido cuarenta años y al que sólo le quedaban dos horas de vida. Hizo bromas con las chicas de contaduría y fue hacia el subsuelo donde estaban las cajas de seguridad y la mesa negra con las bolsas llenas de plata. Los empleados en mangas de camisa contaban billetes, bajo la luz artificial y el ruido de los ventiladores. Una tumba bajo tierra, una cárcel llena de dinero, había pensado el tesorero. Había vivido toda su vida en San Fernando y su padre también había trabajado en la Municipalidad. Tenía una hija con problemas nerviosos y atenderla le costaba una fortuna. Varias veces había pensado que era posible robar el dinero que le entregaban todos los meses. Incluso se lo había comentado a su mujer.

A veces piensa que habría que llevar un portafolios igual y llenarlo de plata falsa. Sustituir uno por el otro y salir tranquilamente. Tenía que arreglar con el cajero que era un amigo de la infancia. Se dividían la plata y seguían viviendo una vida normal. La fortuna era para los hijos. Se imaginaba la plata guardada en un cajón secreto del ropero, la plata invertida con nombre falso en un banco suizo, la plata escondida en el colchón, se imaginaba que dormía con los billetes bajo el cotín, que los sentía crujir al darse vuelta en las noches de insomnio. Esas noches, cuando no podía dormir, le contaba a su mujer cómo pensaba hacer el cambio. Hablaba en la oscuridad y ella lo escuchaba subyugada. Era una idea que lo ayudaba a vivir y les agregaba cierto espíritu

de aventura y cierto interés personal al traslado de dinero que hacía todos los meses.

Esa tarde puso el portafolios arriba de la mesa y el empleado con la visera verde miró la nota de pago con las firmas y los sellos y empezó a separar fajos de diez mil. Eran una pila de plata, 7 203 960 pesos para pagar los sueldos del personal y los gastos de las obras del desagüe del municipio. Fueron colocando los fajos de billetes nuevos en el portafolios de cuero negro, ajado por el uso, con fuelle y bolsillos laterales.

Antes de salir del Banco, Martínez Tobar respetó las medidas de seguridad y se enganchó el maletín a la muñeca izquierda con una cadenita cerrada con un candado. Después alguien dijo que esa precaución inútil le había costado lo que le había costado.

Cuando salió a la calle no vio nada; nadie ve nada en los momentos previos a un asalto. Hay un viento que se levanta de golpe y el tipo está tirado, con un cachiporrazo en la cabeza, sin saber que pasó. Cuando alguien ve movimientos sospechosos, es un asustado al que ya antes le pasó algo y ahora se imagina que le está por volver a pasar.

Martínez Tobar miró lo que siempre miraba sin ver, la mujer con el carrito de la feria, el chico que corría con el perro, el almacenero que abría el negocio después de la siesta, pero no vio al Chueco que hacía de campana en el bar, parado contra el mostrador, tomando una ginebrita y relojeando las piernas de la chica embarazada que salía del negocio de al lado. Lo calentaban las embarazadas al Chueco y se acordó de la señora que se movía cuando era conscripto, en una casa en Saavedra, cuando el marido estaba en la oficina. Se la había levantado en un subte porque le cedió el asiento y la señora le empezó a hablar y agradecer. Tenía la edad del Chueco, veinte años y un embarazo de seis meses y la piel tirante, parecía transparente y había que buscar poses raras para poder hacérsela, la paraba con un pie sobre la cama y ella daba vuelta la cara y le sonreía. Lo distrajo pensar en la mujer embarazada de Saavedra, que se llamaba Graciela o Dora, pero enseguida volvió a ponerse tenso porque vio al tipo salir del banco con el portafolios y la guita. Miró el reloj. Cronometrado y exacto.

Los dos policías de custodia conversaban en la vereda y el otro empleado

de la Municipalidad, Abraham Spector, enorme y pesado, se ataba con dificultad los zapatos apoyado en el guardabarros de la rural IKA. La plaza estaba quieta, todo tranquilo.

—¿Qué hacés gordo? —dijo el tesorero y después saludó a los de seguridad y subió a la camioneta.

En el asiento de atrás iban los custodios, tipos ton cara de dormidos, pesados, con las armas sobre las piernas, ex gendarmes, antiguos tiras, suboficiales retirados, siempre cuidando la plata ajena, las mujeres ajenas, los coches importados, las mansiones, perros fieles, de toda confianza, fierreros, siempre calzados para custodiar el orden, uno se llamaba Juan José Balacco, tenía sesenta años y era un ex comisario, y el otro era un cana legal de la Primer<sup>a</sup> de San Fernando, un grandote de dieciocho años, Francisco Otero, al que decían Ringo Bonavena porque quería ser boxeador y se entrenaba todas las noches en el gimnasio del club Excursionistas con un japonés que le había prometido sacarlo campeón argentino.

Tenían que recorrer los doscientos metros que separaban el local del Banco (en una esquina de la plaza) de la Municipalidad (que está en la otra esquina).

—Estamos un poco atrasados —dijo Spector.

El tesorero puso en marcha el motor. La camioneta avanzó por Tres de Febrero a paso de hombre y cuando dobló la esquina hubo un ruido de gomas contra el asfalto y se oyó un motor que aceleraba.

Un coche se les vino encima, a contramano, bandeado, como sin rumbo y se detuvo en seco.

—¿Qué hace ese loco? —dijo, todavía divertido, Martínez Tobar.

Dos tipos saltaron a la vereda y uno se puso una media de mujer en la cara (dicen los testigos). Tenía una tijera y estiró la tela con la punta de los dedos y se hizo dos agujeros a la altura de los ojos con la media ya puesta.

Spector era un grandote, con aspecto de desamparo y una camisa a rayas, manchada de sudor. De los cuatro que iban en la rural IKA, fue el único que se salvó. Se tiró al piso y le pegaron un tiro desde arriba pero le dio en la tapa de acero del reloj de bolsillo y se desvió, la bala. Un milagro (que usara el reloj de bolsillo de su padre). Estaba sentado en la vereda del Banco,

sofocado, viendo correr a la gente y pasar las ambulancias. Los periodistas ya rondaban por el lugar y los policías acordonaron la calle. Entonces se paró un patrullero y bajó el comisario Silva. Era el jefe de Policía de la Zona Norte del Gran Buenos Aires y estaba a cargo del operativo. Bajó del auto, vestido de civil, con una pistola gatillada en la mano izquierda y un walkie talkie, por donde se oían voces dando órdenes y dictando números, en la derecha y se acercó a Spector.

—Venga conmigo —le dijo.

Después de un momento de incertidumbre, Spector se levantó, lento y asustado, y lo siguió.

Se procedió a exhibir ante el testigo diferentes fotos de asaltantes, pistoleros y otros elementos del hampa, que pudieran ser autores del hecho en función de las características del mismo. Preso de una gran confusión el testigo no llegó a reconocer ninguna cara (dijeron los diarios).

Cuando el coche se les cruzó adelante, Spector vio que eran las 15.11 en el reloj de la Municipalidad.

Un tipo alto, de traje, bajó del auto y con las dos manos se puso una media de mujer en la cara, como quien baja una cortina y después se agachó hacia el asiento del auto y cuando se levantó tenía una ametralladora en la mano. Era de goma, sin forma, la cara, de cera, un panel de abejas pegado a la piel que lo hacía respirar fuerte, como un fuelle y la voz le salía cortada, falsa. Parecía un muñeco de madera, un fantasma.

—Vamos, Nene —dijo, aspirando, como si se ahogara, Dorda. Y al que manejaba le dijo—: Ya volvemos... —Y Mereles aceleró, y el motor preparado, un Chevrolet con motor de carrera, con las ocho bujías cepilladas y el cárter bajo, rugió en el silencio de la siesta, en la plaza de la Intendencia, en San Fernando.

El Nene se tocó la medallita de la Virgen para darse suerte y se largó a la calle. Era tan flaco y tan frágil y estaba tan drogado que parecía un enfermo, un tísico como le decían antes a los pistoleros (malo como un tísico), pero empuñaba con gran decisión la Beretta 45 con las dos manos y cuando uno de los guardias se movió, le metió un tiro en la cara. El balazo sonó seco, irreal, como una rama partida.

Dorda tenía la tela de la media de mujer pegada a la cara y respiraba por el tejido que se le metía en la boca. Por un costado vio a un tipo que bajaba de la camioneta y empezó a tirar.

Dos viejos que tomaban sol en los bancos de la plaza y un parroquiano que leía el diario, sentado a una mesa, contra la ventana en el bar de enfrente vieron como dos de los tres hombres que ocupaban el Chevrolet 400, chapa de la provincia de Buenos Aires, armas en mano, saltaban del auto.

Parecían enfurecidos y apuntaban a todo el mundo, barriendo el aire en semicírculo, mientras se acercaban, en cámara lenta, a la camioneta. El más alto (dicen los testigos) llevaba una media de mujer en la cabeza, pero el otro andaba a cara descubierta. Era un flaquito con cara de ángel, al que todos los testigos empezaron a llamar «El Pibe». Salió del auto, sonrió y luego encañonó con su ametralladora la parte de atrás de la camioneta y disparó una ráfaga.

Desde la plaza, uno de los jubilados que tomaba sol vio como los cuerpos rebotaban contra los asientos y vio la sangre en el cristal de las ventanillas. «El gordo estaba vivo cuando paró el tiroteo» declaró uno de los viejos «trató de abrir la puerta y escapar y en eso vio que se acercaba el tipo con la media de mujer en la cara que caminaba hacia la camioneta por el medio de la calle y se tiró a la vereda». Era un bulto enorme, el gordo Spector, tirado contra el coche, al sol.

Varias veces pensó que iban a matarlo. Recordaba la cara del morochito que lo había mirado con un brillo de ironía. Spector cerró los ojos dispuesto a morir, pero sintió como una patada en el pecho y lo salvó el reloj de acero que le había dejado su padre.

Los asaltantes que alcanzó a ver eran dos hombres jóvenes, vestidos con traje azul. Tenían el pelo cortado al estilo militar, muy corto. Cuando pararon los tiros sólo atinó a correr hasta el Banco para pedir auxilio.

Ahora estaba nervioso porque temía que la policía lo acusara de ser el entregador.

—Usted ha visto de cerca a los asaltantes.

No era una pregunta, pero Spector la contestó.

—Uno era morocho y el otro era rubio, los dos eran jóvenes y con cortes

de pelo tipo militar.

—Descríbalo.

Lo describió. Ese era el Chueco Bazán.

—Estaba en el bar y cruzó la plaza con una pistola en la mano.

—O sea que está el que maneja, el que tiene una media en la cara, el rubio y hay otro.

Agitó la cabeza, obediente, Spector. Si le decían que eran cuatro iba a jurar que eran cuatro.

El tipo con la cara tapada con una media se movía tranquilo por el medio de calle y parecía sonreír, pero tal vez era la mueca que le hacía la máscara de seda que llevaba atada arriba de la cabeza con un moñito. Martínez Tobar estaba herido, tirado en el piso, doblado, apoyado sobre el costado izquierdo, con el portafolios atado a la muñeca y no vio cuando el Nene sacaba la pinza pico de loro y cortaba la cadena y se llevaba el portafolios con la guita y al moverse hacia atrás le daba un tiro en el pecho. Tampoco vio cuando el Gaucho con la cara tapada con la media remataba al policía con un tiro en la nuca.

Lo había matado porque sí, el Gaucho Dorda, no porque el policía significara una amenaza. Lo había matado porque odiaba a la policía más que a nada en el mundo y pensaba de un modo irracional que cada policía que él mataba no iba a ser reemplazado. «Uno menos» era la consigna del Gaucho, como si fuera haciendo disminuir la tropa de un ejército enemigo cuyas fuerzas no podían ser renovadas. Si mataban policías todo el tiempo, al toque, sin asco, como quien caza gorriones, los mierda con alma de cana (que nacen con alma de cana, de guanacos) iban a pensar dos veces antes de dejarse llevar por su vocación de verdugos, iban a tener miedo de ser boleta y entonces (concluía) cada día la yuta iba a tener menos tropa. Pensaba así, pero de un modo más confuso y más lírico, como en un sueño donde mataba canas en un descampado con una escopeta; en esa línea, pensaba el Gaucho Rubio su guerra personal contra la taquería.

Matar así, en frío, porque sí, significaba en cambio (para la policía) que los tipos no iban a respetar ninguno de los tratos implícitos que rigen la ley no escrita entre la pesada y la patota, que éstos estaban envenenados, eran

lonyis, ex convictos, ñatos jugados y que no les importaba tirarse encima a toda la policía de la provincia de Buenos Aires.

La confusión indescriptible que el alevoso ataque produjo no permitió, en los primeros momentos, precisar lo que había ocurrido (decían los diarios). Fue una ráfaga de violencia brutal, un estallido ciego. Una batalla concentrada, que duró lo que tarda en cambiar la luz de un semáforo. Fue un instante y enseguida la calle quedó llena de cadáveres.

Los tiros a quemarropa mataron en el acto al agente Otero e hirieron de gravedad en el tórax al tesorero Martínez Tobar y en la pierna derecha al empleado de seguridad Balaceo que fue rematado en frío por uno de los pistoleros. En cuando al empleado Spector, atontado y confuso, corrió hacia el Banco para pedir auxilio.

Más tarde se pudo comprobar (según el informe del comisario Silva) que el agente Otero tampoco hubiese podido, de haber salido ileso del ataque, emplear su pistola reglamentaria por cuanto una de las balas de los pistoleros dio en el arma inutilizándola. En cuanto a la metralleta que llevaban para custodiar el transporte del dinero, estaba en un estante superior de la camioneta y nadie pudo alcanzarla.

Los que habían presenciado el tiroteo se movían por el lugar, como dormidos, alegres de haber salido ilesos y horrorizados por lo que habían visto. Una tarde calma puede convertirse de golpe en una pesadilla.

La ráfaga de balas disparadas por los asaltantes también alcanzó a Diego García, que salía de un bar en las inmediaciones del tiroteo. Fue llevado al hospital donde murió poco después. Se supo que vivía en Haedo y que había viajado a San Fernando por un aviso donde se pedía carpinteros ebanistas. Se paró en el bar de la plaza para tomar una ginebra y cuando salió para presentarse en el aserradero lo mató una bala perdida. Tenía veintitrés años y en el bolsillo le encontraron doce pesos y un boleto de tren.

Una versión señala que algunos policías de facción en el edificio municipal alcanzaron a intercambiar disparos con los pistoleros pero esto no pudo ser confirmado.

Se vio que uno de los asaltantes era ayudado a subir al auto, presumiéndose (según el parte policial) que estaba herido. Vieron al tipo con

la cara enmascarada tirar una bolsa blanca, de lona, por la puerta trasera del coche que ya estaba en marcha y hacer enseguida otra descarga en abanico mientras el Chevrolet salía a toda velocidad por Madero a contramano, hacia Martínez, es decir hacia la Capital.

El auto salió a mil, en zigzag, tocando la bocina a todo lo que da para abrirse paso, dos de los pistoleros iban asomados por las ventanillas con medio cuerpo afuera y las ametralladoras en la mano, disparando hacia atrás.

—Dale palo y palo, al toque —gritaba el Nene y Mereles manejaba muy concentrado, tirado hacia adelante, la cara contra el parabrisas, sin considerar (dijo un testigo) la existencia de otros coches o de niños que salieron de la escuela y sin atender a las luces coloradas que cortaban el tráfico en la avenida, mirando sólo una línea imaginaria de la calle que los llevaba a la libertad, al bulo de la calle Arenales donde los esperaba la Nena estudiando matemáticas en la cama. Volanteaba el Chevrolet el Cuervo, y los autos tenían que tirarse al costado y dejarlo pasar.

Los vecinos por las ventanas entreabiertas veían cruzar, como una exhalación, el coche negro, se tiraban al piso, se arrimaban a los árboles, paralizados de terror, en las veredas las madres con los hijos de la mano. Cuando uno va en un cortejo fúnebre y mira por la ventanilla, ve a la gente que se quita el sombrero (si usa sombrero) y se santiguan, silenciosas y lentas ante el paso del cortejo. Los deudos ven la sucesión de figuras pegadas a la pared, en la vereda, que saludan, pero ahora desde el auto era divertido ver el desparramo (veía el Nene), los bonchas se tiraban al piso, se escondían en los zaguanes, eran figuritas que se abrían para dejar pasar el agua.

—¿Está toda? —gritó Mereles, pálido en la luz de la tarde. Sostenía el Chevrolet y cruzaba la avenida como chiquetazo, a mil. Tanteó la bolsa que tenía al lado sin mirar y tocó la plata—. ¿La guita? ¿Está toda? —Se reía, Mereles.

No la habían contado pero pesaba como si estuviera hecha de piedra, la bolsa de lona con la guita. Bloques de cemento laminado, hojas finas, todos los billetes, en la bolsa de lona, con una sogá marinera.

—Estamos hasta la verijas. —Dorda tenía la camisa tinta en sangre, un tiro le había rozado el cuello, un refilón que le ardía—. Pero nos salvamos



Nene, ahora tenemos que llegar —dijo el Gaucho Rubio mirando por la luneta de atrás del Chevrolet.

—Toda la guita del mundo —y tanteó la merca. Se ponían la coca en las encías, no podían aspirar a esa marcha, metían la mano como una garra en la bolsita que colgaba del asiento y sacaban la merca con dos dedos en gancho y se la pasaban por las encías y después con la lengua. La plata es como la droga, lo fundamental es *tenerla*, saber que está, ir, tocarla, revisar en el ropero, entre la ropa, la bolsa, ver que hay medio kilo, que hay cien mil mangos, quedarse tranquilo. Entonces recién se puede seguir viviendo.

No hay nada igual a volar en un auto preparado, con doble inyección y el acelerador al pie, la dirección pegada a las manos y llevar con uno la guita para vivir en Miami o en Caracas, a todo tren.

—Hay un ferry que nos lleva al Uruguay. Serán dos horas, dos horas diez, para cruzar el charco —dijo el Nene. ¿Era una pregunta? Nadie contestó. Cada uno tenía su mambo y hablaba a los piques, como el que corre solo por una vía en medio del campo con el tren atrás—. Pasamos por Colonia, son dos horas. Por el Tigre, vamos, cazamos una lancha, alquilamos el ferry, compramos un avión ¿eh, querido? —Se reía el Nene y tomaba cocaína con la mano como una garra en la bolsa de papel madera. Se le adormecía la lengua, el paladar y le salía rara la voz—. Con el embale que tengo —dijo el Gaucho—. Yo paso a nado... paso.

—Mirá, las vías... mirá el guacho del guardabarrera.

—Dejáme a mí.

Sacó el cuerpo por la ventanilla, Brignone, cuando lo vio, Dorda hizo lo mismo del otro lado.

Cortaron a tiros con la ametralladora las barreras cerradas del paso a nivel.

Las astillas volaban, la madera quebrada.

—No me imaginé que eran tan chotas las barreras —se reía el Nene Brignone.

—Sacaron medio cuerpo por la ventanilla y las serrucharon limpitas —dijo el guardabarrera.

Tanto el empleado ferroviario como su amigo de veinte años que lo

acompañaba no pudieron hacer una descripción coherente de los asaltantes, dado su estado de ánimo.

«Al escapar encontraron cerradas las barreras del paso a nivel de la calle Madero y sin parar el auto las cortaron con la ametralladora» (según los diarios).

—Iban dos atrás y uno adelante, con la radio a todo lo que da y tocando bocina.

—El patrullero los seguía a cincuenta metros.

—Parece imposible que hayan podido escapar.

Dos tipos colgados en los costados del coche con la tartamuda en la mano.

Según algunos testigos, entre los ocupantes del Chevrolet parecía haber un herido que era sostenido por sus compañeros. Además, el vidrio trasero del coche estaba destrozado por los balazos.

El auto venía por la Avenida del Libertador haciendo sonar la bocina y logrando que el tráfico le abriera paso pero en el cruce de Libertador y Alvear se toparon con un puesto de la policía caminera, que había sido alertado.

El agente Francisco Núñez quiso impedir el paso del coche y saltó a la calle pero del auto partió una nueva ráfaga que lo tiró contra la pared. Sin detener la marcha volvieron a usar la ametralladora y tiraron una ráfaga contra el frente del edificio policial.

El Chevrolet cruzó a toda velocidad con los pistoleros disparando contra la comisaría. Tres policías subieron a un patrullero y empezaron a perseguirlos haciendo sonar la sirena.

El Cuervo Mereles manejaba muy concentrado. Era adicto al Florinol. Tomaba casi un frasco por día y eso le daba una visión tranquila de la vida. El Florinol es un calmante que tomado en grandes dosis actúa casi como el opio; se había habituado en Batán donde circulaba como una medicina legal que los médicos podían recetar y los enfermeros cambiaban por plata o mujeres. El trámite era simple, las mujeres de los presos estaban mucho mejor que las señoras de los guardiacárceles y entonces había un tráfico, una transa. Las visitas eran en realidad para mostrar a las potrancas, como decía Mereles. Sus novias, sus amigas, las chicas que siempre quieren andar un

tiempo con un pesado que les hace los gustos se iban con un guanaco si hacía falta, con un valerio, total, un polvito de parado en la oficina de la guardia. Una tarde el Cuervo había logrado que su novia de entonces, la Bimba, divina, divertida, muy reventada, interesara al director del presidio de Batán. Un gordito verdugo que los hacía sudar pero que cuando la vio entrar, rubia, el culito apretado por los jeans y una remerita bordada perdió la cabeza. Por ese lado, había entrado el Florinol y la merca. No se acordaba ya cómo seguía la historia. Bimba siguió con el tipo tal vez y él salió en libertad a los seis meses. La cabeza se le vaciaba, estaba vacante, y no podía saber que era lo que realmente había pasado, pero por eso era un chofer excepcional. La mente en blanco, una sangre fría que nadie podía igualar. Manejaba sedado con el Florinol y podía tirarse encima de un camión semirremolque y obligarlo a girar y bajar a la banquina. Incluso una vez se escapó a Mar del Plata en un auto robado con su novia y la madre de su novia y empezó a manejar por el lado falso de la ruta 2 y los autos se tiraban a la banquina tocando bocina y la Nena se reía y tomaba Vascolet. Le gustaba con locura el Vascolet a Blanquita (cada uno tiene su propio manubrio, decía, hermético, Mereles). Hablaba de un modo extraño y tardó bastante en entender cómo se formaban las palabras. Por el sonido. Sonaban siempre serenas sin ser sentidas. Que manubrio esa nena con el Vascolet.

Al llegar a la esquina de Avenida del Libertador y Aristóbulo del Valle la suerte que los acompañaba pareció cortarse. A unos ciento cincuenta metros del destacamento caminero de Martínez el Chevrolet chocó luego de un nuevo tiroteo en el que resultó herido un policía. El coche de los pistoleros (según el parte policial) efectuó un espectacular trompo corriendo serio riesgo de volcar, lo que no llegó a ocurrir. El auto quedó cruzado en la calle, apuntando en dirección contraria a la de su marcha, incrustado en una saliente de la alcantarilla con el vidrio trasero totalmente destruido y con una gran mancha de sangre sobre el lado izquierdo del asiento de atrás. Pasaban los minutos y nadie bajaba del auto.

Busch, un comerciante de la zona, que venía manejando muy tranquilo por la Avenida del Libertador en sentido contrario vio el auto detenido con el motor en marcha y a un hombre que bajaba tomándose el cuello como si se

hubiera golpeado, e imaginó que había habido un accidente.

Las costumbres del señor Eduardo Busch eran tan regulares como los puntos blancos del estampado en la tela de los vestidos que vendía. Pero ese día se atrasó dos minutos porque se cortó el agua cuando se estaba bañando. Se quedó en la ducha con la impresión de que alguien había querido perjudicarlo, y por fin salió y se secó y su mujer le dijo que habían cortado el agua. Había nacido en la misma casa donde ahora vivía y nunca se había movido del barrio. Conocía los sonidos, el movimiento cambiante de las horas y ese día le pareció escuchar algo raro (truenos lejanos, murmullos) pero no le hizo caso. Estaba malhumorado últimamente porque las cosas no le iban del todo bien. Salía siempre a las dos y media y a las tres menos diez estaba abriendo el negocio pero esa tarde se atrasó un poco y el retraso (mínimo, casual) cambió todo. Le dio motivo para tener una historia que contar por el resto de su vida. Cuando dobló por Madero pensó que había un choque y vio un auto con el motor en marcha y un tipo que se bajaba con un bolso en la mano.

Se detuvo, porque era un buen vecino y vio al Nene que giró hacia él y le sonrió mientras extraía con la mano izquierda una Beretta 45.

—Vino hacia mí y pensé que me iba a matar. Tardó muchísimo en llegar hasta mi auto. Parecía un chico y tenía cara de desesperado.

El Nene abrió la puerta y Busch se bajó con la manos levantadas. Dos tipos más bajaron del auto y entraron en el Rambler. Arrastraban bolsas de lona y tenían muchas armas pero todo fue tan rápido y tan confuso, como en un sueño, declaró el señor Busch. Así es como pasan las desgracias, son algo que nunca imaginamos, razonó, filosófico.

—Nunca voy a dejar de pensar que hay que ayudar al prójimo aunque me lleve sorpresas como esta —dijo.

—Uno era morocho y el otro era rubio, los dos eran jóvenes y con cortes de pelo tipo militar. Había un tercero con una media de mujer en la cara. — Todas las descripciones coinciden pero no sirven para nada.

Se le llevaron el Rambler color claro que había comprado el año anterior. Con ese auto los asaltantes siguieron la fuga.

Tomaron por la Libertador y luego de llegar a gran velocidad a la

Avenida Santa Fe, donde sortearon por milagro otro accidente al salirle al paso una Estanciera, cruzaron con el semáforo en rojo y se largaron por la Panamericana, ruta de fácil escape de la zona.

A esa altura se había puesto sobre aviso a toda la policía caminera, así como a los destacamentos de vigilancia en las entradas a la Capital Federal. También había sido alertado el comando radioeléctrico de la Policía Federal.

Sin embargo ni los puestos fijos ni las patrullas móviles que recorrían la Zona Norte de los suburbios de la ciudad pudieron dar con la pista del Rambler robado por los pistoleros. Numerosas comisiones de la policía provincial patrullaban esa noche una amplia zona del Gran Buenos Aires.

## **Tres**

Los diarios de la noche trajeron títulos catastróficos con la noticia. Las primeras hipótesis hacían pensar en un ataque tipo comando. Los investigadores asocian el robo con el asalto realizado meses atrás por un grupo nacionalista al Policlínico Bancario. Había, según los trascendidos, elementos comunes: gente de «Tacuara» o de la resistencia peronista, suboficiales del ejército dados de baja y entrenados, según se dice, por la guerrilla argelina. «Los argelinos» como los llaman en el movimiento, dirigidos por José Luis Nell y Joe Baxter, entraron en el Policlínico con ametralladoras y se levantaron trescientos mil dólares. La policía estaba siguiendo una línea de investigación en la que elementos del nacionalismo peronista habían comenzado a operar con delincuentes comunes en una combinación explosiva que tenía muy preocupadas a las autoridades.

Y algo de eso había. Hernando Huguilein, «Nando», un ex integrante de la Alianza Libertadora Nacionalista, conocido grupo de choque en los tiempos de Perón, estaba citado con Malito en el aguantadero de la calle Arenales para resolver las operaciones de repliegue y retirada de la banda. Nando era un hombre de acción, un patriota según algunos, un «servis» según otros, un lumpen sanguinario según los canas de Coordinación.

Las informaciones en los diarios circulaban entre líneas y había muchas operaciones de contrainteligencia en medio de las noticias.

Por ejemplo se afirmaba que al revisar el Chevrolet abandonado la policía había confirmado la sospecha de que uno de los asaltantes iba herido. Se encontraron dentro del coche: un pulóver gris de mangas largas, una toalla y un saco manchados de sangre. Había droga en el piso del auto, varias jeringas

y un fraseo de anticoagulante. Además se encontraron dos metralletas Halcón, calibre 45 de doble cargador y capacidad para 64 balas, y una caja de proyectiles sin usar. Como detalle ilustrativo de la peligrosidad de los asaltantes (dicen los diarios) se consigna el hecho de que la ametralladora fue accionada luego de trabarle el seguro con un perno con el fin de que, al disparar, salieran directamente las ráfagas en descargas completas de cincuenta tiros. El auto presentaba cuatro impactos en la parte trasera izquierda. Cerca de donde quedó accidentado el coche de los pistoleros había un bolso tipo marinero con dieciocho mil pesos adentro.

Según informaciones de último momento, los policías que investigan el sangriento asalto prestan especial atención a los bolsos abandonados por los malhechores en su fuga (algunos en el Chevrolet accidentado, otros caídos durante la persecución). Son de lona, tipo marinero y se presume que fueron preparados para llevar el dinero robado. Ese tipo de bolsa es usado por las reparticiones militares. La policía busca contacto con elementos de la Prefectura Naval. Examinadas por otro lado las armas abandonadas en el Chevrolet por los asaltantes al producirse el choque, se estableció que los cargadores de la ametralladora 9 milímetros podían pertenecer a un arma de este tipo marca Bergman alemana o Piripipí paraguaya. Por lo demás, la metralleta Halcón calibre 45 es un arma de uso militar. Por ello la investigación ha abierto un cauce hacia los presuntos contactos militares de la banda.

En el auto, peritos de la División Rastros de la Superintendencia de la Policía Científica tomaron impresiones digitales supuestamente dejadas por los asaltantes en distintos lugares y en las armas y estos rastros podrían llevar a los investigadores a dar con la identidad de los prófugos.

Anoche, al cierre de esta edición, personal de la División Robos y Hurtos efectuaba distintas averiguaciones y allanamientos en distintos puntos de la Capital Federal y del Gran Buenos Aires en la búsqueda de los integrantes de la banda.

Al leer los diarios, Malito se asombró de la velocidad con que la policía se les venía encima. De la misma forma repulsiva y abyecta de siempre (según Malito), los diarios informaban ahora con la desvergüenza y tal

precisión en los detalles que son característicos de la brutalidad con la que tratan los hechos («... la niña Andrea Clara Fonseca, de seis años, que se desprendió de la mano de su madre, fue alcanzada por una ráfaga de metralla que uno de los delincuentes había disparado y su rostro quedó convertido en una cavidad sangrante...»). Una cavidad sangrante, volvió a leer las palabras con lentitud Malito, sin pensar en nada, sin ver otra cosa que las letras y la imagen borrosa de una nena rubia parecida al angelito desnudo de una iglesia. A veces, la cruel delectación con la que leía las noticias policiales era una prueba de su imposibilidad de dilucidar la raíz moral de los hechos de su vida, porque al leer sobre lo que él mismo había hecho, se mostraba satisfecho por no ser reconocido, pero a la vez triste por no ver su foto, y secretamente admirado por la difusión de la desgracia que es devorada con ansiedad por miles y miles de lectores.

Malito era entonces, como todos los pistoleros profesionales, un ávido lector de la página policial de los diarios, y ésa era una de sus debilidades, porque el sensacionalismo primitivo que resurgía brutal ante cada nuevo crimen (la nena rubia cuya carita había sido desfigurada por un tiro) le hacía pensar que su cabeza no era tan extraña a la de los sádicos degenerados que se alucinan con los horrores y las catástrofes, le hacía sentir que su mente era igual a la mente de los tipos que habían hecho lo que leía en los diarios, y en secreto se pensaba como uno de esos criminales, aunque en público todos lo tenían por un tipo frío y calculador, un científico que organizaba sus acciones con la precisión de un cirujano. Claro que un cirujano (por ejemplo, su padre) vivía con las manos tintas en sangre, desgarrando la carne de enfermos desnudos e indefensos y trepanando con sofisticados instrumentos de punción y sierras mecánicas el cráneo vivo de sus víctimas amadas.

Dejar el Chevrolet abandonado había sido un error y ese error le daba a la policía una serie de pistas que podían provocar un dominó de caídas en cadena. Malito sabía que habían allanado el hotel de San Fernando donde había pasado con el Chueco Bazán la noche anterior al asalto. La policía por supuesto no revelaba toda la información descubierta.

De un modo a la vez indiferente y amenazador la policía aseguraba tener ya los identidades de por lo menos dos integrantes de la banda. Así lo afirmó



a la prensa el segundo jefe de la División Robos y Hurtos de la Policía de la Zona Norte de la provincia de Buenos Aires, comisario inspector Cayetano Silva.

—Descarto de plano la posibilidad de que haya habido alguna colaboración interna del personal de la Municipalidad —declaró el comisario Silva.

Estaban tirando cortinas de humo, para proteger su línea de información. Malito tuvo la sensación de que los tenía en la puerta. Las cosas nunca salen como uno las piensa, la suerte es más importante que el coraje, más importante que la inteligencia y las medidas de seguridad. El azar, paradójicamente, está siempre del lado del orden establecido y es (junto a la delación y a la tortura) el medio principal que tienen los pesquisas para cerrar el lazo y atrapar a los que tratan de hacerse invisibles en la selva de la ciudad.

Pese al mutismo de los jefes policiales trascendió que surgieron pistas firmes que llevarían a los investigadores hacia los contactos políticos de la banda. Tampoco se descarta que los pistoleros hayan sido contratados y actúen como mulettos de una organización más amplia. Se habla extraoficialmente de una operación sostenida por las redes clandestinas de la así llamada resistencia peronista. La policía investiga con firmeza en los ámbitos frecuentados por antiguos militantes de la organización liderada por Marcelo Queralto y Patricio Kelly.

Hernando Huguilein, «Nando», estaba desvinculado de los círculos del nacionalismo peronista y sólo mantenía contactos esporádicos con algunos militantes sindicales y con ex combatientes del movimiento que se dedicaban a traficar con armas, alquilar aguantaderos y proveer los talleres clandestinos donde se fabricaban pasaportes y documentos falsos (y falsas cartas de Perón llamando a la rebelión armada). Venía ahora manejando por Boedo, en un Valiant con todos los papeles en orden, tratando de dar varias vueltas antes de enfilar hacia el bulín de la calle Arenales. No quería llamar por teléfono, ni presentarse antes de tiempo, porque, como todos los que andan por la ciudad con la policía prendida en los talones, temía meterse en una perrera y entrar a un embute envenenado, con los tiras esperando en el departamento, y caer en una trampa. Varias veces había logrado zafar, Nando, por puro instinto,

porque tenía una manera muy ordenada de campanear los signos raros cuando tenía que ir a una cita.

Bajó por Santa Fe, dobló por Bulnes y siguió hasta la mitad de la otra cuadra. Había una parejita franeleando contra un árbol y un tipo leyendo el diario en un taxi estacionado en la parada de Berutti. La entrada del edificio estaba bastante tranquila y el portero baldeaba la vereda. Era un buen signo, los porteros se esfuman si la cana hace un procedimiento. La mitad de los porteros de Buenos Aires estaban afiliados al Partido Comunista y la otra mitad eran buchones de la cana, pero ninguno se hacía ver si los tiras habían armado una emboscada. Pero por ahí el portero que lavaba la vereda era un tira camuflado que lo encanutaba no bien se metía en el ascensor.

Nando caminó con aire tranquilo, entró en el hall y bajó hacia el sótano que daba al garage. No había nadie. Cruzó el pasillo y se metió por la escalera de servicio. Prefería entrar por la cocina, si la yuta estaba adentro tenía una posibilidad (remota) de atrincherarse en el hueco del incinerador y defenderse a tiros.

Pero no había canas, estaba todo bien, cuando cruzó la cocina y entró en el living, lo primero que vio fue al Gaucho Rubio tirado en un sofá, con una venda ensangrentada en el cuello, leyendo una revista ilustrada y al Nene limando el percutor de un fierro, con mucho cuidado, sobre una mesita ratona. Lo más divertido era que toda la plata estaba amontonada en una especie de bargueño con un espejo que la duplicaba, una parva de guita sobre un hule blanco repetida, como una ilusión, en el agua pura del espejo.

El Nene lo miró y puso cara de complicidad mientras le señalaba la puerta cerrada del dormitorio desde donde llegaban los gemidos sofocados y el murmullo de un encame. Eran, seguro, el Cuervo y la Nena que se pasaban la vida en la cama.

—Malito está ahí —dijo el Nene y cabeceó hacia la pieza del fondo. Después siguió limando la pestaña de la Beretta buscando que el gatillo fuera dócil al tacto y sensible como una mariposa. No le gustaba Nando, era de otro palo, parecía un cana, con el bigotito recortado y los ojos muertos, pero no era un cana, había sido una especie de cana, un informante de la Alianza, digamos un político, fichó el Nene, un gil como todos los giles que se hacían

matar por el Viejo, los más envenenados al final se empezaron a juntar con los comunes (según decían) para reventar armerías y asaltar bancos con el pretexto de juntar plata para la vuelta de Perón «La vuelta, las pelotas», pensaba el Nene «lo único que tenemos en común es que nos picanean para averiguar si somos muñecos de la CGT».

—¿Hay novedades?

—Todo bien —dijo Nando—. Tiran bolazos por toda la ciudad pero están en pelotas. Lo pusieron al Chanco Silva a cargo, ese es un guacho, hay que cuidarse, debe estar apretando a todos los bocinas y a esta altura seguro ya tiene una pista. ¿Vieron los diarios? Perder el auto fue una lástima. ¿Vos lo levantaste?

—El Cuervo fue. Lo levantó en Lanús, no hay drama, era un auto afanado que la cana le había vendido a un fierrero. Ya venía tocado.

Nando les avisó que iban a tener que pasar dos o tres días encerrados, sin moverse hasta terminar de armar la red para poder cruzar el charco. El Gaucho bajó la revista que estaba leyendo y levantó la vista.

—¿Vos sos uruguayo?

Se miraron un momento en silencio y Nando sacudió la cabeza.

—No soy uruguayo pero los voy a cruzar al Uruguay.

—Ya sé, claro, pero tenés como pinta de charrúa, sin embargo, vos, das la impresión... —dijo el Gaucho—. Todos los uruguayos parecen viudos... En realidad parecen peronistas, los uruguayos, viudos del General.

—Estás simpático, Gaucho. ¿Qué te pasa? —dijo Nando—. ¿Te largaste a hablar ahora que estás curado? —El Gaucho volvió a levantar la revista y se puso a leer. Le decía eso porque él hablaba poco, se entendía con el Nene sin hablar. Después se quedaba horas callado, pensando, oyendo cosas. Sentía como un murmullo en la cabeza, una radio de onda corta que trataba de filtrarse en las placas del cráneo, transmitir en la parte interna del cerebro, algo así. A veces había interferencias, ruidos raros, gente que hablaba en lenguas desconocidas, sintonizaban, vaya a saber, de Japón por ahí, de Rusia. No le daba importancia porque le venía pasando desde que era chico. Lo molestaba, a veces, para dormir, o de golpe le venían frases a la cabeza y tenía que decirlas. Como recién, cuando le dijo a Nando que era un viudo uruguayo.

Oyó eso entre los huesos del cráneo y lo dijo y el tipo lo había mirado raro, no quería meterse en problemas, pero a la vez se divertía pensando en la cara de nabo de Nando cuando le dijo que tenía aspecto de «charrúa». La palabra «aspecto» también le daba risa. Era como si le hubiera dicho insecto, a Nando, o prospecto. Medicinal. Se iba a tomar un Aktemin. Seguían hablando el Nene y Nando, pero el Gaucho casi no los sentía, era como el ruido del viento. Se sentó en la cama y escuchó.

—Che —dijo Nando y miró al Nene y después miró la puerta cerrada—. ¿Malito sigue ahí?

Malito seguía ahí, encerrado en la otra pieza, con las persianas corridas para evitar la luz del sol, en penumbras, pero con un veladorcito prendido, una tulipa con un bombita de 25 Watts porque no podía dormir en la oscuridad, desde los años pasados en la prisión siempre con la luz prendida de noche, igual que en la celda.

Nando había conocido a Malito en la cárcel de Sierra Chica en el '56 o '57, lo recordaba como un chico reservado, muy joven, que había caído por error entre los políticos. Torturaban a todos los que caían como si fuera un método de identificación. Eran los tiempos duros de la resistencia y Malito se vio metido en un cuadro con los comunistas y los trotskistas y los nazis de la Guardia Restauradora Nacionalista. Hizo ranchada con ellos; había varios sindicalistas de la UOM, dos o tres ex suboficiales del ejército y unos tipos que venían de Tacuara. Malito y Nando se hicieron amigos. De esa época viene esa extraña alianza basada en largas horas de conversación en las noches muertas de la cárcel. Muy inteligentes, aprendieron rápido uno del otro y enseguida empezaron a hacer planes.

«Un grupo de tipos arrojados pueden hacer mucho en este país», decía siempre Nando. «Los chorros son muy despiolados. Un grupo con orden y disciplina, un grupo de malandrakas bien armados, llega a donde quiere, acá». Y ahora estaban en eso. Pensaba que lo mejor era conseguir la tropa entre los tipos de la pesada y no tener que andar formando gente. Nando tenía la ilusión de hacerlos entrar en la Organización. Poner caños, robar bancos, cortar líneas eléctricas, provocar incendios, disturbios. Las cosas habían salido al revés y los tipos de la pesada habían terminado por llevárselo a

Nando como organizador. Tenía perspectiva y mirada estratégica y él había armado la inteligencia del asalto.

Sus contactos eran múltiples y había establecido los nexos para el repliegue y la fuga después de la operación. Conocía a todo el mundo, sabía cómo moverse. Obtendría los documentos falsos, el embarque, los contactos uruguayos, un embute y la reventa del material. Era el nexo de todo el que quisiera cruzar en secreto al Uruguay. Pero había que resolver muchos problemas antes de moverse. Y Nando no estaba de acuerdo con mejicanear a los policías y a los entregadores del asalto.

Malito se sentó en la cama y prendió un cigarrillo, se veían las armas sobre la mesa y todos los diarios dispersos en el piso. No quería repartir la guita, ni con los entregadores, ni con la taquería.

—Estás chiflado, te van a denunciar al toque.

—Nando, si le doy la mitad de la mosca a esos tipos que no hicieron un pomo mientras nosotros nos jugamos las pelotas —sonrió Malito— ahí sí que estaría loco.

La situación era confusa; la policía trataba de ocultar lo que sabía, parecían estar desorientados y tendían a ligar el asalto con los grupos de derecha del peronismo. ¿Buscaban por ahí? Nando no estaba seguro, conocía bien a Silva, al Chanco. El comisario Silva, de Robos y Hurtos, no investiga, sencillamente tortura y usa la delación como método. (Los pistoleros se cortan, en el momento de ser detenidos, con yilé, en los antebrazos y en las piernas para no ser picaneados. «Si hay sangre no hay picana, porque con la corriente te vas en seco.»). Había armado un escuadrón de la muerte siguiendo el modelo de los brasileños. Pero actuaba legalmente, Silva, tenía el respaldo de Coordinación porque su hipótesis era que todos los crímenes tenían un signo político. «Se terminó la delincuencia común», decía Silva «Los criminales ahora son ideológicos. Es la resaca que dejó el peronismo. Si cualquier chorruto que encontrás choreando grita ¡Viva Perón!, o grita ¡Evita vive!, cuando lo vas a encanar Son delincuentes sociales, son terroristas, se levantan en medio de la noche, dejan a la mujer durmiendo en la cama, toman el 60, se bajan cerca de una barrera, meten un caño y hacen volar un tren. Son como los argelinos, están en guerra con toda la sociedad,

quieren matamos a todos». Por eso (según Silva) había que coordinar con la Inteligencia del Estado la acción policial y limpiar la ciudad de esta bosta.

Frío, un tipo profesional, inteligente, bien preparado, pero muy fanático, el comisario Silva. Tenía una historia rara, que nadie conocía bien, le habían matado una hija en un atentado a la salida del colegio, decían algunos, le habían dejado paralítica a la mujer (la tiraron por el hueco del ascensor), decían otros, le habían metido un tiro en los huevos y era impotente, corrían esas historias, varias versiones. Era un paranoico, no dormía nunca, tenía una serie de ideas extravagantes sobre el futuro político y el avance de los comunistas y de los grasas. Y bajaba línea, todo el tiempo hacía discursos, explicaba. La gente de la resistencia peronista (resumía Silva) cansada de la militancia Heroica había empezado a chorear por su lado. Había que cortar esa conexión porque si no iba a volver el tiempo de los anarquistas cuando no se distinguían los chorros de los políticos. La policía brava de la provincia de Buenos Aires venía llevando una campaña de exterminio. Mataban a todo el que encontraban con armas y no querían presos. Y habían encontrado apoyo en el jefe de Coordinación Federal que veía venirse la maroma en cada huelga.

—Silva se malicia lo que está pasando. Va a esperar un poco más porque quiere estar seguro pero está lleno de buchones que lo tienen al día...

—¿Ustedes hablaron con él?...

—Hay gente nuestra en Jefatura, sabemos lo que hacen, pero Silva se corta solo, no se confía ni en la madre. ¿Te das cuenta? —dijo Nando.

—Sí —dijo Malito. Estaba preocupado—. Llamálo a Mereles.

Mereles salió de la catrera donde estaba encamado con la Nena y fue a la pieza y se encerró con Malito y con Nando. Al rato volvió a salir, con cara de aburrido.

—Vení adentro, Nene —le dijo y miró al Gaucho—. Dice Malito que parés la oreja y que bichés de vez en cuando por la banderola que da a la calle.

Dorda tenía una herida en el cuello, sin importancia, una bala le había rebotado en la culata del arma y se había desviado hacia el cogote. Empezó a sangrar y todos pensaron que se moría, pero cuando pasaron las horas la

herida cicatrizó y se lo veía mejor. Estaba debilitado porque había perdido mucha sangre y el Nene le había hecho algunas curaciones.

—¿Qué está pasando?

—Nada. Yo te aviso.

Dorda no se movió. Lo miró al Nene Brignone que se metía la pistola en la cintura y se iba también a la otra pieza.

—Despertáte, Gaucho —le dijo el Cuervo desde la puerta—. Y vigilá la pajarera.

El Gaucho Dorda se quedó solo en el cuarto. Siguió tirado en el sofá y buscó en el piso el frasco de las anfetaminas y se tomó un par en seco. Ellos, del otro lado, cocinaban todo. No hablaban con él, nunca le preguntaban nada. De los planes, se ocupaba el Nene. Porque el Gaucho y el Nene, eran, para el Gaucho, uno solo. Hermanos mellizos, gemelos, los hermanos corsos, es decir (trataba de explicar Dorda) se entendían a ciegas, actuaban de memoria. Le parecía así, a él, que sentía lo mismo que el Nene Brignone. Dorda dejaba entonces que la rutina diaria le armara el Nene. La plata y las decisiones significaban poco para él. Su interés exclusivo eran las drogas, «su oscura mente patológica» (decía el informe psiquiátrico del Dr. Bunge) pensaba rara vez en otra cosa que no fueran las drogas y las voces que escuchaba en secreto. Era lógico (según el Dr. Bunge) que dejara, el Gaucho, las decisiones a cargo del Nene Brignone. «Un caso muy interesante de simbiosis gestáltica. Son dos pero actúan como una unidad. El cuerpo es el Gaucho, el ejecutor pleno, un asesino psicótico; el Nene es el cerebro y piensa por él».

Oía voces, entonces (según Bunge), el Gaucho Rubio. No siempre, a veces, oía voces, adentro del cerebro, entre las placas del cráneo. Mujeres que le hablaban, le daban órdenes. Ése era su secreto y hubo que hacerle varios test y varias consultas con hipnosis para que fueran apareciendo los contenidos de esa música íntima. El psiquiatra de la cárcel, el Dr. Bunge, se obsesionó con el caso, se quedó pegado a esas voces que oía en silencio el interno Dorda. «Me dicen que hay una laguna por Carhué, que si uno se tira flota, de tanta sal que tiene el agua, me dicen que ahí murió un cacique, un indio puto, ranquel, murió ahogado, porque le ataron una piedra de molino al cuello, ya que dicen que se había garchado a un gringuito cautivo que tenían

atado con una cadena por el tobillo en un poste, en la toltería y el indio fue y se lo hizo, este cacique Coliqueo. Y lo ahogaron en un charco. Y a veces el desdichado sale a flote todo emplumado y la comente lo lleva por los pajonales, entre las tacuaras y el silbo de las totoras, como a un fantasma». Después repetía con voz letárgica, el Gaucho Rubio, un fragmento de la Santa Biblia (Matías XVIII:6) que (decía) le dictaba un cura. «Y a cualquiera que escandalizare a un gringuito, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino y se le anegase en lo profundo de la laguna de Carhué».

Salvo por las voces, era un tipo normal. A veces el Dr. Bunge incluso pensaba que era un simulador Dorda, que buscaba zafar de la ley y se hacía el loco para no ser condenado. En el informe, de todos modos, Bunge explicó la «caracteropatía» de Dorda como la de un esquizo, con tendencia a la afasia. Porque oía voces hablaba poco, por eso era callado. Los que no hablan, los autistas, están todo el tiempo sintiendo voces, gente que habla, viven en otra frecuencia, ocupados por un murmullo, un cuchicheo interminable, oyendo órdenes, gritos, risas sofocadas. (Le decían Guacha, a veces, las voces, lo llamaban así esas mujeres, al Gaucho Dorda, vení Guacha, Yegüita, y él se quedaba quieto, sin moverse, para que nadie oyera lo que le estaban diciendo, triste, mirando el aire, con ganas a veces de llorar pero sin llorar para que nadie se diera cuenta de que era una mujer). Su mayor orgullo era su sangre fría y su decisión. Nadie podía leerle el pensamiento, ni escuchar lo que le decían las mujeres. Usaba un par de anteojos de sol, Clipper, con cristales espejo que había encontrado en un auto, una tarde en que había robado a un bacán cerca de Palermo. Le gustaban, eran elegantes, le daban un aire mundano y se miraba de perfil en el espejo, en los baños, en la vidriera de los negocios.

Ahora se sacó los Clipper y se puso a mirar con extremo cuidado el plano de un motor fuera de borda en una lancha dibujado en escala. Se la pasaba tirado en el sofá, estudiando la revista *Mecánica Popular* y a veces se ponía a dibujar motores. Se sentó y puso un papel cansón en la mesita ratona y empezó a sacarle punta al lápiz.

En ese momento apareció la Nena, vestida con una camisa de hombre y cruzó descalza hacia la cocina.



—¿Necesitás algo, chirusita? —dijo el Gaucho.

—Nada, gracias —dijo la Nena y el Gaucho la vio levantar el culito y ponerse en puntas de pie para alcanzar la merca en el mueble de arriba de la cocina.

—¿Me das un beso? —dijo Dorda.

La Nena se paró en la puerta y le sonrió. Lo trataba como si fuera invisible, como si fuera de madera. Le veía los pelitos del pubis entre los bajos de la camisa de seda del Cuervo, el Gaucho, a la Nena. Se imaginaba el roce suave de la seda entre las piernas y no podía dejar de mirarla.

—¿Qué mirás? Ojo que le aviso a Papi —dijo la Nena y se metió otra vez en la pieza.

El Gaucho hizo el gesto de levantarse y de seguirla, pero volvió a tenderse sobre los almohadones, con una especie de sonrisa en la cara. Cuando se enojaba sonreía como un chico.

Miró la puerta cerrada con los ojitos medio torcidos, él era bizco pa' dentro (como decía su finada madre) un estrabismo convergente, que le daba ese aspecto de tipo obsesivo, muy peligroso, que es lo que es (informa el Dr. Bunge).

Dorda tiene entonces la cara perfecta de la clase de sujeto que representa (agrega el Dr. Bunge), un lunático criminal que actúa con una sonrisa nerviosa, angelical y sin alma. De chico la finada madre lo sorprendió cuando cortaba en dos a un pollito vivo con una tijera de esquilas y se lo llevó al comisario, para que lo ponga preso, a lonjazos, su finada madre, allá en Longchamps, lo sacó del gallinero y lo mandó en cana.

—Mi propia madre —decía titubeando sin saber si putearla o agradecerle el intento de enderezarle la vida—. La maldad —decía Dorda, muy acelerado con la mezcla de la anfetamina y la coca— no es algo que se haga con la voluntad, es una luz que viene y que te lleva.

Lo detuvieron varias veces de chico hasta que a los quince lo mandaron al neuropsiquiátrico de Melchor Romero, cerca de La Plata. El interno más joven de toda la historia, decía, con orgullo, Dorda. Lo sentaron en una sala blanca con los otros colifas y él apenas si llegaba a la mesa. Pero era la piel de Judas, un criminal infantil: mataba gatos metiéndolos en un nido de

avispas. Muy complicada la operación.

—No es por alabarme —decía el Gaucho— pero había hecho unos nudos con alambre que el gatito no se podía mover, sólo gritaba y maullaba como una gallina. El cat.

Al poco tiempo mató a un linyera, de una puñalada, para robarle una linterna. Primero lo llevaron a la comisaría, lo molieron a palos, y después lo internaron en el psiquiátrico.

El médico de guardia era un pelado con anteojos que tomaba nota en una libreta. Lo mandó al pabellón de los locos tranquilos y la primera noche se lo cogieron tres enfermeros. Uno se la hacía chupar, el otro lo tenía agarrado y el tercero se la enterraba en la pavita.

—Una verga de este tamaño —hacía el gesto Dorda—. No es por alabarme.

Se convirtió en carne del loquero. Se escapaba y lo volvían a enganchar, se escapaba y andaba rondando por las estaciones, por Retiro, por Once, raterías chicas, escruches en casas abandonadas. Era loco por los fierros y de a poco se fue haciendo un experto en levantar autos. Desde que veía un auto, hasta que lo reventaba, necesitaba dos minutos, dos minutos treinta. El tipo más rápido del Oeste, decía, porque siempre andaba por Morón, por Haedo. Venía del campo y siempre estaba tirando para las afueras de la ciudad. Tenía cara de paisano, sanguíneo, pelo pajizo, ojos celestes. Era provinciano, de una familia de inmigrantes piamonteses de María Juana, en la provincia de Santa Fe, gente muy trabajadora, callada como él pero que no escuchaba voces. La maldad, decía la madre, se le dio con la misma obstinación y la misma fuerza que sus hermanos y su padre usaban para trabajar la tierra.

—En el campo, un solazo que te cocina los sesos. Los pajaritos se caen de los árboles, del calor, en verano. No se gana nada trabajando —decía el Gaucho Dorda—. Cuanto más se trabaja menos se tiene, mi hermano el más chico tuvo que vender la casa cuando se le enfermó la mujer y había trabajado toda la vida.

—Pero claro —se reía el Nene—. Fesa, ahora te avivás, a más laburo, más esclaveta...

El Nene Brignone y el Gaucho Dorda, siempre juntos, se habían conocido

en la cárcel de Batán, un basurero, cayeron juntos en un pabellón de invertidos. Putos, violetas, reinas... Toda la mezcla.

—La primera vez que me levantó un hombre pensé que iba a quedar embarazado —dijo Dorda—. Mirá si seré opa. Era muy chico y cuando le vi el gorompo casi me desmayo de gusto. —Se reía, se hacía el marmota, Dorda, lo ponía nervioso a Malito que era muy profesional, no le gustaban las guarangadás, no le gustaban los putos, a Malito, hablaban demasiado según él.

Pero no era verdad, le discutía el Nene, había reinas que se habían aguantado la picana sin decir ni pío y él conocía a varios que se hacían los machitos y cuando veían la goma empezaban a can Lar.

—La loca Margarita, un travestí, se llenó la boca de gilletes y se cortó que era un desastre y le mostró la lengua a la puta y le dijo: «Si querés te la chupo, querido, pero a mí, vos, no me vas a hacer hablar...».

La mataron y tuvieron que tirarla al río en Quilmes, desnudo, con la pulsera y los aritos pero no le sacaron una palabra.

Hay que ser muy macho para hacerse cojer por un macho, decía el Gaucho Dorda. Y sonreía como una nena, más frío que un gato. A un tipo le clavó una aguja de tejer en un pulmón, el tipo hizo *fishsh*, se le fue el aire como un globo y quedó todo desinflado. Lo llamó Opa. Y al Gaucho no le gustaba que le dijeran Opa, que le dijeran Oligueta. Más respeto, pedía el Gaucho Rubio, yo soy un descarriado de la primera hora y sonreía como una chica.

El Nene se dio cuenta enseguida de que el Gaucho era muy inteligente pero muy pirado.

—Psicótico —dijo el tordo, Bunge, en el Melchor Romero.

Por eso oía voces. Los que matan por matar es porque escuchan voces, oyen hablar a la gente, están comunicados con la central, con la voz de los muertos, de los ausentes, de las mujeres perdidas, es como un zumbido decía Dorda, una cosa eléctrica, que hace cric, cric, adentro del mate y no te deja dormir.

—Sufren a mil, loco, siempre una radio en la cabeza, vos sabés lo que es eso. Te hablan, te dicen porquerías.

No hay. Si vamos *fiftyfifty* con la taquería, ¿cuánto nos queda?

—Mínimo, medio palo... a repartir entre cuatro.

—¿El otro medio palo?

—Para ellos —dijo Malito.

Ellos eran los que le entregaban el negocio, incluida la cana y el concejal. El Nene se quedó pensando. Tardó en decidirse. Estaban con la condicional, si volvía a caer no salía más.

—Voy con el Gaucho Rubio de ladero, si no, no.

—Qué son ustedes —dijo Malito— ¿marido y mujer?

—Claro, boludo —dijo el Nene.

Cuando la carne escaseaba, se acostaban, juntos, el Nene y el Gaucho Rubio pero cada vez menos. Dorda era medio místico, le daba por dejar de cojer y no hacerse la paja porque era muy supersticioso. Pensaba que si se le iba la leche, perdía la poca luz que todavía le alumbraba la cabeza y se quedaba seco y sin ideas.

—Yo estoy así de tanto hacerme la María Muñeca. En serio, Doctor —le decía al médico, el Gaucho, como si lo estuviera cargando— cuando uno está en cana ¿qué va a hacer? Te la hacés cada media hora, como los monos... como los perros que se la lamen ¿no vio Doctor?, se la lamen, en Devoto, había un entrerriano que se la podía chupar solo, se doblaba como un alambre y sacaba la lengua y se la chupaba.

—Se reía el Gaucho...

—Bueno Dorda —dijo el Dr. Bunge—. Está bien por hoy. Y anotaba, en la ficha, obseso sexual, perverso polimorfo, libido desmedida. Peligroso, psicótico, invertido. Mal de Parkinson.

Tenía un pequeño temblequeo, imperceptible, eléctrico, el Gaucho, pero él lo explicaba todo con un esquema de líquidos corporales y de soplos.

—Estamos hechos de aire —decía—. Piel y aire. Después adentro, está todo húmedo, entre la piel y el aire —trataba de explicarse científicamente, el Gaucho Rubio— hay unos tubitos...

La visión del hombre como un globo se le confirmó cuando vio que el tipo al que había atravesado con la aguja de tejer se desinflaba y quedó un trapo tirado en el piso. El tipo, en el piso, como ropa sucia.

—Estamos hechos de leche, de aire y de sangre —dijo el Gaucho una noche volado con coca, y locuaz.

—Estaba locuaz —contaba el Nene, se acordaba—. Se había dado con una merca de primerísima que levantamos en la guantera del checo de un diputado.

—Hay unos tubitos —decía Dorda y se tocaba el pecho— que van por acá —y se buscaba con los dedos entre las costillas— son como de plástico y se vacían y se llenan, se vacían y se llenan. Cuando están llenos, pensás, cuando están vacíos, dormís. Lo que te acordás, ponéle de cuando sos chico, es porque patinan en el aire, pasan por ahí, las cosas que te acordás, los recuerdos. ¿No, Nene?

—Claro —decía Brignone, le daba la razón.

Muy inteligente Dorda, muy cerrado, con ese problema que tenía, la afasia, la mudez porque de golpe durante un mes no hablaba, se hacía entender con señas y con gestos, ponía los ojos así o cerraba los labios para hacerse comprender. Sólo el Nene lo captaba, muy loco, el Gaucho. Pero el tipo más entero y más valiente que se haya podido ver (según Brignone). Una vez con una Nueve se enfrentó a la yuta y los tuvo a raya hasta que el Nene pudo entrar con un auto marcha atrás y sacarlo, en Lanús. Fue alucinante. Parado y tirando con las dos manos, sereno, bum, bum, con una elegancia y los canas cagados de miedo. Cuando ven a un tipo así, decidido, que no le importa un belín, le tienen respeto. Si hubiera una guerra, un supongamos, que hubiera nacido en la época del general San Martín, el Gaucho, decía el Nene, bueno tendría un monumento. Sería no sé, que se yo, un héroe, pero nació fuera de época. Tiene ese problema de expresión, que lo vuelve muy metido para adentro. Perfecto para hacer trabajos especiales. Va y mata a quien sea, en un abrir y cerrar de ojos. Una vez en un robo, el cajero no quería creer, pensó que era una broma, se hacía el boludo, el cajero, en el banco, porque no mostró las armas, el Gaucho.

—Dijo: te asalto.

Y el ganso del cajero cuando lo vio, con esa cara de atrasado mental, pensó que era una broma, que era un gracioso. Salí, le dijo. O dejáte de joder, tarado, le habrá dicho. Dorda, movió la mano, apenas, así, en el bolsillo del

guardapolvo (porque se había vestido con un guardapolvo blanco, de médico) y le reventó la cara de un tiro.

Los del banco se encargaron ellos mismos de llenarle la bolsa con la plata cuando vieron como sonreía después de haberlo matado, al cajero. Un tipo muy, pero muy pesado, el Gaucho Dorda, un rayeta total. Ya no lo fajan, los canas, no lo pasan por la máquina, lo podés matar, si igual no había.

—Me hacés acordar a un tipo que me levanté una vez en Retiro, en el baño, te conté Gaucho, era como vos, yo estaba meando, el tipo me rondaba, me miraba el pedazo, me rondaba, entonces yo lo chamuyo y el tipo me muestra un papel que dice: *Soy sordomudo*. Pero se la mandé a guardar igual. Y me pagó una gamba y media. Soplaba, cuando me lo estaba garchando, claro, no podía decir nada, pero soltaba el aire, soplaba, gozando. Soy sordomudo —contaba el Nene y se reía y el Gaucho lo miraba, contento y se reía también con una risita turbada.

Se acordaba, Dorda y lo quería, al Nene. No podía expresarse, pero era capaz de dar la vida por Brignone. Ahora hizo un esfuerzo y se levantó. Le costaba pensar, pero pensaba y la cabeza le caminaba como una máquina de traducir (según el Dr. Bunge) todo le parecía dirigido personalmente a perjudicarlo (a él o al Nene Brignone). Le hablaban y él traducía. Iba, por ejemplo, al cine de la iglesia, de chico, porque era del campo, Dorda, y en el campo, el cine es un entretenimiento religioso. Si uno iba a misa (contaba el Gaucho) el cura te daba, al salir, un vale (si tomabas la comunión te daba dos vales, el cura) con los que se podía entrar gratis, al cine de la parroquia y a la mañana, después de misa, Dorda, podía ver *las de episodios* y traducía siempre la película, como si él estuviera metido en la pantalla, como si lo hubiera vivido todo. («Una vez lo echaron del cine parroquial porque se sacó la chota y empezó a mear: en la película vio a un chico que estaba orinando, de espaldas, a la noche, en medio del campo...» textual del sacristán al Dr. Bunge en el informe psiquiátrico). Muy creyente, Dorda, siempre quiso estar en la gracia de Dios e incluso su madre (declaró) que había querido ser sacerdote en Del Valle (pueblo próximo a cinco kilómetros de la casa de la familia) donde están los hermanos del Sagrado Corazón, pero cuando fue, se lo levantó un linyera en el camino y ahí empezaron todas sus desdichas.

En ese momento Mereles salió de la pieza.

—Que hacés huevón —le dijo al Gaucho que estaba como soñando—. Vení. Tenemos que bajar a hablar por teléfono.

Habían resuelto no pagar y mejicanear a todo el mundo. Por eso Malito había decidido cambiar los planes y llamar al Chueco Bazán. Eran las seis de la mañana del jueves. No le hizo decir al Chueco dónde estaban escondidos pero lo mandó a una cita con Fontán Reyes en un bar de Carlos Pellegrini y Lavalle para que lo entretuviera mientras ellos se desplazaban al otro aguantadero. Dio la orden de salir y de replegarse a la casa de Nando en Bambeas. Y ahí fueron a esperar que se armaran los contactos para cruzar al Uruguay.

Alto, flaco, con ojos de buitre y una sonrisa de superioridad en los labios, el Chueco Bazán, fue detenido tres horas después de esa llamada. Para cubrirlo, el comisario Silva dijo que lo detuvieron rondando cerca de la plaza donde se había cometido el robo. Tenía un arma. Dijo que llevaba la pistola —para matar perros vagabundos que sobran en Hurlingham—. En realidad era un informante de la policía. Silva lo tenía enganchado desde hacía un año como buchón a cambio de dejarlo circular por el Bajo con drogas y mujeres.

## Cuatro

Al día siguiente los diarios fotografiaron al comisario Silva en el momento de reconocer el cadáver del Chueco Bazán en un bar cerca del puerto. Sus declaraciones eran sentenciosas y contradictorias (y aun incompatibles), como cuadra al razonamiento policial.

—En este país los delincuentes se matan entre ellos para eludir a la justicia. Estamos en la pista de la banda de asesinos que robó el Banco de San Fernando y sus horas están contadas.

El comisario llevaba un traje arrugado y una mano vendada. Venía de dos días sin dormir y se había fracturado la mano al golpear a la concubina de Mereles que se había negado a colaborar y se pasó todo el interrogatorio puteando y escupiendo. Era una nena, una pendeja empecinada en hacerse la heroína y al fina] tuvo que pasársela al juez sin sacar casi nada en limpio. Se había roto un huesito del nudillo al pegarle el primer sopapo y ahora tenía la mano hinchada y dolorida. En el bar pidió hielo y se ató los cubitos con una servilleta blanca. Miró a los periodistas.

—Usted no piensa que...

Empezó el chico que hacía policiales en *El Mundo*...

—Yo no pienso, investigo —lo cortó Silva.

—Dicen que era un informante de la policía. —El chico era un pibe de pelo crespo, con la credencial del diario donde se leía Emilio Renzi o Rienzi bien visible en la solapa de la chaqueta de Corderoy—. Y dicen que Bazán estuvo detenido... ¿Quién dio la orden de dejarlo libre?

Silva lo miró y se sostuvo la mano herida contra el pecho. Por supuesto había dejado libre al Chueco para usarlo de camada.



—Es un delincuente con prontuario. Y nunca estuvo detenido...

—¿Qué le pasó comisario en la mano?

Silva trató de buscar una frase que al chico le pareciera real.

—Me la recalqué pasándome periodistas putos por el forro de las bolas.

El Comisario Silva era un tipo gordo, de cara achinada, con una cicatriz blanca que le cruzaba la mejilla. La historia de esa cicatriz le volvía todas las mañanas cada vez que se miraba la cara en el espejo. Un loquito lo había cortado una tarde, porque sí, al salir de su casa. El pendejo le respiraba en la nuca y lo amenazaba con una navaja, sin saber que él era un policía. Cuando lo supo fue peor. Lo difícil es siempre el miedo del otro, el delirio del tipo que de golpe piensa que está acorralado y que no tiene forma de escapar. Fueron saliendo hacia la calle y, antes de robarle el auto, le abrió la cara con un tajo cruzado. Fue como si lo quemaran, sintió un ardor helado, algo que le abría el maxilar y le quedó la cicatriz para siempre.

Vivía solo ahora, su mujer lo había dejado años atrás y a veces la volvía a ver, casi sin reconocerla ya, cuando le traía a sus hijos. Los veía crecer con indiferencia, como si fueran extraños, alejado de todo lo que no fuera el trabajo. Silva sabía que en su profesión no se podía andar con vueltas. Esta vez le habían dejado las manos libres.

—Quiero una solución rápida —le dijo el Jefe—. No se caliente por lo que digan en el juzgado.

Había mucha presión para que alguien fuera arrestado.

—Tengo encima a los periodistas, voy a tener que llamar a una conferencia de prensa.

—¿Hay alguna pista?

El comisario Silva salió en el auto por Moreno hacia Entre Ríos, fuera de servicio. Eran casi las nueve de la noche. Manejaba con calma. La ciudad estaba tranquila. Hay crímenes, adulterios, robos, pero uno anda por las calles y todo se mueve normalmente y con el aire de falsa tranquilidad que los mismos transeúntes le dan a las cosas.

Muchas veces Silva se quedaba levantado hasta la madrugada, en su casa, sin poder dormir y miraba la ciudad desde la ventana, a oscuras. Todos tratan de ocultar el mal. Pero la maldad acechaba en las esquinas y adentro de las

casas. Vivía ahora en un departamento alto en Boedo y las luces encendidas en las casas y en los departamentos en la madrugada le hacían pensar en los crímenes que al día siguiente estarían en la primera página de los diarios.

La ejecución del Chueco fue el broche que cerró la retirada de la banda. Iban a matar a todos los que se pusieran adelante y la lección tenía que estar clara. Nando Huguilein había quedado en la retaguardia, cubriendo los movimientos finales y repartiendo plata para cubrir el cruce al Uruguay. Todo venía mal y estaban en peligro; la policía allanó el aguantadero de Arenales y la caída de Blanca que estaba ahí, enloqueció a Mereles que hasta pensó quedarse en Buenos Aires para enfrentarse con Silva y con todos los buchones que lancheaban para la yuta. Malito impuso calma, ahora más que nunca tenían que moverse con inteligencia y no dejarse provocar.

Silva había levantado a Fontán Reyes en el *Esmeralda*, un bar sobre Carlos Pellegrini donde solían parar los tangueros. El bar estaba cerca de SADAIC y se veían siempre estrellas jóvenes y ex estrellas retiradas del mundo del espectáculo. Cuando Silva entró con la patota todos en el café se quedaron inmóviles, como encerrados en una cápsula de vidrio. Ésa era la sensación que producía cada vez que entraba en un lugar como ése. Silencio, movimientos juntos y caras de miedo.

Fontán Reyes era un tipo elegante, con unos kilos de más y la cara alucinada de los drogadictos. Silva se le acercó y se le sentó al lado.

—Parecía nervioso. Lógico. Todos se ponen nerviosos cuando les hablo —dijo el comisario.

De este modo (según los diarios) pudo saberse cómo fue planeado el atraco a los pagadores, de la comuna. La filtración vino del Concejo Deliberante. Carlos A. Nocito, de treinta y cinco años, casado, primo hermano de Atir Ornar Nocito, alias Fontán Reyes, se desempeñaba como inspector de Obras Públicas de la comuna de San Fernando. Era un influyente, un hombre que hacía favores en la zona, un típico puntero que bordeaba las actividades delictivas. En otro lugar habría sido un hombre de la mafia pero aquí se dedicaba a pequeños negocios en los que entraba la coima y la protección a quinieleros y quilombos clandestinos. Era socio en un garito de Olivos y tenía intereses en distintos puntos de la costa y era hijo de don

Máximo Nocito, alias Niño, presidente del Concejo Deliberante de San Fernando, elegido por la Unión Popular. Detenido e interrogado, Nocito terminó por admitir que se había reunido con los «hacendados» que les presentó su primo Fontán Reyes, y que los había apalabrado para asaltar a los pagadores de la comuna. Las reuniones se hacían en un lujoso departamento de la calle Arenales.

Blanquita Galeano, la concubina de Mereles es (según los diarios) una jovencita de clase media, criada en un hogar sano y estimado por los vecinos de Caseros. Hasta los quince años su conducta fue normal, bailes juveniles, alguna reunión en casa de amigos, pero el verano pasado viajó a Mar del Plata sola. Morocha, espigada, bonita, bien vestida, su figura impresionó al hijo de un estanciero que llevaba una vida fastuosa en la ciudad feliz. Era Carlos Alberto Mereles. Costosas fotos en colores dan testimonio del nacimiento del romance. Luego el regreso. ¿Cuánto tardó Blanca en darse cuenta de que Mereles era un delincuente? ¿Un mes, dos meses? Cuando lo supo ya era tarde. A fines de agosto se casaron. Por lo menos así lo creyó ella. Porque ahora la policía viene a descubrir que el certificado matrimonial es falso y la ceremonia una farsa. Blanquita, la niña de dieciséis años, está ahora presa en la Brigada de Investigaciones de Martínez.

La Nena al final confesó que Mereles y tres cómplices habían abandonado el departamento de la calle Arenales horas antes de la llegada de la policía llevándose la mayor parte del dinero del atraco y poderosas armas automáticas, pero no pudo (o no quiso) revelar hacia dónde se dirigían los pistoleros. Según declaraciones de la joven, los delincuentes estarían cercados, todos les temen, nadie quiere ayudarlos y Malito, el jefe de la gavilla, ha decidido arriesgarse.

—Se fue para el Tigre —dijo la Nena, muy golpeada, secándose la sangre con un pañuelo—. Hay un polaco, que lo va a ayudar. Eso es todo lo que sé.

El polaco era el Conde Mitzky que controlaba la red de contrabandistas y bagayeros del Río de la Plata; tenían tomados a los tipos de la aduana y a la gente de la prefectura que hacían la vista gorda en los cruces clandestinos a la otra orilla.

Silva mandó a rastrillar el Delta subiendo por el río hasta el borde de la

Isla Muerta y después volvió al bar del puerto donde habían encontrado el cadáver del Chueco Bazán. No había rastros, Malito le llevaba dos horas de ventaja.

Consultados por la prensa, los propietarios de la rotisería de Arenales al 3300 dijeron que a diario se sorprendían con las compras que a toda hora realizaban los de enfrente. Lechones enteros, varios pollos al spiedo, cantidades de botellas del mejor vino. Miles de pesos por día y al contado riguroso. El vecindario decía que se trataba de unos «ganaderos» con intereses en la Patagonia y campos en la zona de Venado Tuerto. Lo mismo dijo el propietario de una importante casa de música de la Avenida Santa Fe. Dos señores que vivían en Arenales al 3300 efectuaron hace unos meses una compra muy importante. Grabadores, radios portátiles, estereofónicos, una discoteca completa. El monto y la cantidad de lo adquirido merecía su atención personal. Entonces fue a supervisar la instalación de los artefactos conociendo así el «departamento más fastuoso que haya visto», según expresó a los periodistas.

—Se veía que era gente de dinero, muy educados, con modales refinados, personas elegantes y discretas, que, según creo, habían venido a la Capital especialmente para asistir a un campeonato de polo en los campos de Palermo.

Dos días después del atraco las autoridades han dado por esclarecido el robo. Aunque los autores materiales se encuentran prófugos, la policía ha detenido a siete cómplices y entregadores, incluyendo un funcionario comunal; un conocido cantor de tangos; el hijo y un sobrino del presidente del Concejo Deliberante de San Fernando y un suboficial del Ejército que vendió las armas utilizadas por los delincuentes. Así epiloga un suceso inaudito en el que personas aparentemente honestas alquilaron asesinos a sueldo para cometer un hecho vandálico.

En círculos bien informados se tiene la impresión de que la policía está convencida de que los delincuentes argentinos han logrado ya cruzar al Uruguay.

«Los que huyeron» ha dicho off the record el comisario Silva «son sujetos peligrosos, antisociales, homosexuales, y drogadictos», y agregó el

jefe de Policía «no son tacuaras ni peronistas de la resistencia, son delincuentes comunes, psicópatas y asesinos con frondosos prontuarios».

«Hybris», buscó en el diccionario el chico que hacía policiales en *El Mundo*: «la arrogancia de quien desafía a los dioses y busca su propia ruina». Decidió preguntar si podía ponerle ese título a la crónica y empezó a escribir.

El que ejecutó a sangre fría a los custodios en el robo del Banco es Franco Brignone, alias el Nene, alias Cara de Ángel, hijo primogénito de un acaudalado empresario de la construcción, residente en el barrio de Belgrano, debutó en su vida criminal en 1961 a los diecisiete años, cuando era estudiante de la secundaria en el Colegio Saint George y cayó preso como cómplice en una tentativa de robo que terminó en homicidio. Era el predilecto de su padre, un respetado hombre de negocios, y gozaba de las franquicias máximas hasta convertirse en el dominador de la voluntad paterna y de sus hermanos menores. Una noche sacó su auto y fue a buscar a unos amigos a los que había conocido en la cancha de Excursionistas y que le habían pedido que los llevara a recojer un combinado musical. Con Brignone al volante sin bajarse del auto, el coche se detuvo largo rato hasta que sus amigos volvieron sin traer nada. Los compinches le explicaron que habían reñido con el dueño del combinado que se había negado a prestárselos. A la mañana siguiente el menor leyó en el diario que en esa casa un hombre había sido asesinado con fines de robo. Lo habían matado a golpes con una palanqueta que habitualmente estaba bajo el asiento del auto del Nene. El joven fue por primera vez a la cárcel. El impacto en su padre fue tan terrible que murió de un síncope cardíaco al recibir la noticia. El juez le dijo que si bien la pena era de simple complicidad merecía ser condenado por parricidio.

Cuando salió de la cárcel, pese al dinero de la herencia paterna, influido por los contactos carcelarios y ante la desesperación de su madre y de sus hermanos que son respetados y honestos profesionales, siguió el camino del crimen.

En cana (contaba a veces) aprendí lo que es la vida: estás adentro y te verduguean y aprendés a mentir, a tragarte la vena. En la cárcel me hice puto, drogadicto, me hice chorro, peronista, timbero, aprendí a pelear a traición, a partirle la nariz de un cabezazo a tipos que si los mirás torcido te rompen el

alma, aprendí a llevar una púa escondida entre los huevos, a meterme las bolsitas con la merca en el ojo del culo, me leí todos los libros de historia de la biblioteca, porque no sabía que hacer, me podés preguntar quién ganó la batalla que se te cante en el año que quieras y yo te lo digo, porque en la cárcel no tenés un pomo que hacer y entonces leés, mirás el aire, te aturde el ruido que hacen los grasas ahí encerrados, te envenenás, te llenás de veneno como si lo respiraras, escuchas a los bonchas contar las mismas boludeces, pensás que es jueves y en realidad recién es el lunes a la tarde, yo aprendí a jugar al ajedrez, aprendí a hacer cinturones con el papel plateado de los cigarrillos, aprendí a cojerme a mi novia de parado en el patio, en el horario de las visitas, en una especie de carpita hecha con una sábana, en un costado, los otros internos te ayudan, si ellos también están con la señora y los pibes y se tienen que esconder para poder echarse un polvo, las minas son de fierro, se bajan los calzones, se te sientan encima, mientras los guanacos te espían, te gozan, se ríen de lo boludo y lo caliente que está uno, hombres grandes que no pueden cojer, porque para eso te encanan, para que no puedas garchar, por eso te llenás de veneno, te tienen en una heladera, te meten en una jaula llena de machos y nadie puede cojer, vos querés y te verduguean, o peor, te hacen sentir un mendigo, un croto, terminás hablando solo, viendo visiones (y el Gaucho lo dejaba hablar, le decía que sí, a veces incluso le agarraba la mano, en la oscuridad, los dos despiertos, fumando, boca arriba, en la cama, en alguna pieza, en algún hotel, en algún pueblo de la provincia, escondidos, guardados, los mellizos tomados de la mano, rajando de la taquería, con la pistola en el piso envuelta en una toalla, el auto escondido entre los árboles, parando un poco la marcha, tratando de descansar y de calmarse, dejar de rajar por lo menos una noche, dormir en una cama). Y el Nene se alucinaba, ahí había aprendido a sentir el veneno de los Valerios que lo verdugueaban porque sí, porque era joven, porque era lindo, porque tenías un gorompo más grande que el de ellos (decía el Nene), aprendí a guardarme el odio adentro, terrible la vena, como un fuego, el odio es lo que te mantiene vivo, te pasás la noche sin poder dormir, en la jaula, mirando la lamparita en el techo, que titila, débil, medio amarilla, prendida las veinticuatro horas para que te puedan espiar, para obligarte a tener las manos afuera de las cobijas y que no

te hagas la muñeca, pasa un valerio y levanta la mirilla y te ve ahí, despierto, pensando. Aprendés sobre todo a pensar cuando estás en la gayola, un preso es por definición un tipo que se pasa el día pensando. ¿Te acordás Gaucho? Vivís en la cabeza, te metés ahí, te hacés otra vida, adentro de la sabiola, vas, venís, en la mente, como si tuvieras una pantalla, una tele personal, la metes en el canal tuyo y te proyectás la vida que podrías estar viviendo o ¿no es así, hermanito?, te hacen de goma, te metés para adentro y viajás, con un poco de droga que consigas, chau. Estás en otra, te tomás un taxi, bajás en la esquina de la casa de tu vieja, entrás en el bar de Rivadavia y Medrano a mirar por la ventana a los tipos que baldean la vereda, cualquier gansada. Una vez estuve como tres días haciendo una casa, te juro, empecé con los cimientos y la fui haciendo, de memoria, la casa, los pisos, las paredes, las escaleras, el techo, los muebles. Después que la terminás de hacer, le ponés una bomba y la hacés explotar, todo el tiempo pensás que los tipos quieren volverte loco. Que están para eso. Y te vuelven loco, tarde o temprano. Si estás todo el tiempo pensando. Tuviste tantas ideas al final del día y tan poco movimiento que sos, no sé, como esos tipos que se subían a una montaña y se ponían a meditar seis, siete años, ¿no?, los eremitas, se llamaban, en una cueva, los tipos, piensan en Dios, en María Santísima, hacen promesas, no comen, son como uno cuando está en cana, tantos pensamientos y tan poca experiencia real, que al final sos como un cráneo, cómo una maceta, con una planta, los pensamientos se te arrastran como gusanos en la bosta. Si yo te contara las cosas que pensé estando en cafúa habría para hablar no sé, la misma cantidad de tiempo que estuve preso. Me acordaba de minitas de ocho, diez años que había conocido en la escuela y las hacía crecer, las veía desarrollarse, saltar la sogá, a la hora de la siesta, les veía los zoquetes blancos, las piernas flacas, las tetitas que empiezan a llenarse y a la semana de estar en ese mambo, ya me la estaba moviendo, no las dejaba crecer mucho, me las movía en el terraplén, atrás de la vía, hay un yuyal y después una cañas y un campito y yo les hacía el virgo, las ponía boca arriba y las sostenía en upa, apenas, con las dos manos, del culito, y se la metía, tardaba como una hora y al final, las desvirgaba. Incluso hubo una, que estuvo conmigo en la escuela, en tercer grado sería, que después empecé a pensar que me la llevaba al terraplén, en

Adrogué, en la curva del tren que va para Burzaco, esa nena quería llegar virgen al matrimonio porque el novio era médico, ponéle, un tipo de plata y entonces yo me la cogía por el culo. Le decía, tu marido no se va a dar cuenta de nada, vos estás sellada, estás intacta, y ella tirada boca abajo en el campito, con la garcha enterrada en el culo, una nenita de quince ponéle, muy putita, muy tranquila, porque iba a llegar con el virgo intacto al matrimonio. A veces pensaba en una mujer y la sentaba en la ventana de la celda y le empezaba a chupar el clítoris, podía ser cualquier mina, mi hermana podía ser. Pero las mujeres no son lo peor, porque mujeres mal o bien, podés verlas, acordarte, lo peor es que te tienen encerrado y no vivís, estás como muerto y ellos te hacen hacer lo que quieren y esa vida vacía a la larga te quiebra, te llenás de rencor, te envenena. Por eso el que va preso es carne de cárcel, sale y vuelve, sale y vuelve, y eso pasa por el gran veneno que te inculcan ahí adentro. El Nene había jurado que nunca más iba a caer, iban a tener que agarrarlo dormido, y ni siquiera dormido lo iban a poder llevar adentro.

Ahora estaba protegido, en ese aguantadero, en el centro de Montevideo, pero no podía quedarse quieto, se sentía encerrado también ahí, tenían que esperar, siempre tenían que esperar, miraba a Malito y a Mereles y a los dos uruguayos que los apañaban, jugar al póquer durante horas y no aguantaba la calma, el encierro, quería salir, tomar aire. El Gaucho se pasaba las horas durmiendo, había encontrado algún toque, opio, morfina, vaya a saber, siempre estaba reventando farmacias o encontrando camellos que le traían pastillas, gotas, cristales, y vivía en una nube, en esos días cuando recién llegaron a Montevideo, tirado en la cama, sintonizando (como decía Mereles) las voces de la locura.

El Nene Brignone en cambio no se podía quedar quieto, tenía presentimientos, ganas de respirar aire puro y entonces se largaba a yirar no bien caía la noche. Su creencia era que si la policía estaba en la pista no importaba que se cuidaran y si la policía no estaba en la pista la posibilidad de encontrarlos era remota. Malito lo dejaba hacer. Había cierto fatalismo en todos ellos y nadie podía imaginar el giro inesperado que iban a tomar los acontecimientos. Los que viven bajo presión, en situación de extremo peligro, perseguidos, acosados, saben que el azar es más importante que el coraje para



sobrevivir en un combate. Pero esto no era un combate, eran más bien un complejo movimiento de maniobras dilatorias, de esperas y de postergaciones. Estaban esperando que se calmará la tormenta y que Nando les mandara un contacto para cruzar por tierra al Brasil.

El Nene empezó a patear por la Ciudad Vieja, por la calle Sarandí, por la calle Colón. Le gustaba Montevideo, una ciudad tranquila, de casas bajas. Estaba harto de esperar y entonces salía de caza al atardecer. El Gaucho lo miraba irse sabiendo a dónde iba pero sin preguntar, sin decir nada. Se había armado una especie de cucha en el costado, en un altillo, al fondo de la escalera, el Gaucho, y se tiraba ahí a pensar o a dibujar los motores que aparecían en la *Mecánica Popular*. El Nene lo invitó a salir un par de veces pero el Gaucho no quería saber nada. «Me quedo aquí, en mi covacha inmunda» decía, sonriendo, con los anteojos Clipper que le daban (creía) un aspecto de aviador, de hombre de mundo, que vive siempre en la penumbra, a media luz, aislado en su refugio. Entonces el Nene saludaba y se iba, bajaba a la calle y sentía la emoción de la aventura que le llegaba al repechar la cuesta y avanzar hacia el olor agrio que venía del puerto.

Entre la banda de chongos y bufarrones que andan por Plaza Zavala en Montevideo hay a menudo algunas muchachas perdidas. Son muy jóvenes, por lo general prematuramente endurecidas. Están enteradas de todo lo que se refiere a los muchachos con quiénes lo hacen y con quienes a veces viven: que esos muchachos buscan a otros hombres y a veces les pagan o se hacen pagar. Y aunque lo saben, no les importa. A veces una de las chicas va al parque con un bufa y se sientan juntos hasta que él encuentra un levante y entonces como por acuerdo tácito se separan: el muchacho se va con el cliente, la chica se va al café de la esquina, donde lo espera.

Una de esas muchachas despertó la curiosidad del Nene. Era la más llamativa: tendría diecinueve años, de largo pelo negro y ojos hipnóticos. Miraba a los hombres con una especie de sonrisa que la hacía parecer pensativa, como si para ella el mundo, aunque triste y corrupto, la divirtiera y la llenara de ganas de vivir. Había algo raro en la chica, como si estuviera ausente, como si todo lo mirara desde la lejanía.

Afuera la policía había detenido a un chico que era una Reina, con la

carita pintarrajeada y una peluca rubia. La muchacha sonrió y dijo:

—Bueno, otra Reina de la Noche que va presa por desobedecer las reglas del tránsito.

El Nene dejó su asiento y fue a ocupar el que estaba junto a la chica y durante un rato conversaron despreocupadamente. Salieron del café, después, y se internaron en el parque y se sentaron en un banco frente a un viejo que predicaba con una Biblia apoyada en un atril y un megáfono en la boca.

—La palabra del Cristo está en nosotros, hermanos y hermanas.

Hablaba como si estuviera solo, el viejo. Y bendecía, haciendo la señal de la cruz con la mano en el aire. Vestía una levita oscura y parecía muy digno, un sacerdote quizá, un poco loco, un ex alcoholico tal vez, un evadido del Ejército de Salvación, un pecador arrepentido.

—Dos veces fue negado Jesús y dos veces fue castigado el traidor.

La voz del viejo que predicaba se mezcló con el murmullo del viento entre los árboles. Por primera vez en muchos meses el Nene se sintió a gusto y en paz. (Por primera vez, quizá, desde que se había metido en la banda de Malito, se sintió a salvo). Estaba ahí en el parque sentado con la muchacha, y le gustaba que lo vieran con ella algunos de los hombres que habían sido sus clientes y habían estado con él, la noche antes, o la noche anterior a la noche anterior, en los baños del cine Rex.

Hasta que ella lo miró sonriendo y lo sorprendió cuando le dijo:

—Hay algo en ti que me desconcierta. Te he visto en el cine y te he visto pirujear por ahí y te pareces a los otros, pero no eres como ellos, hay algo más. Eres más hombre...

La muchacha decía lo que pensaba directamente y con sinceridad. El Nene estaba tan acostumbrado a fingir y a que todos, mintieran, que se alucinó y tuvo miedo. No le gustaba que las mujeres lo encararan, que le dijeran que era un puto.

—Nena —le dijo—. Sos un poco confusa, me parece. Hablás de más, hablás como una gallina uruguaya. ¿O sos cana? ¿Sos cana? —Se reía, ahora, el Nene—. ¿Sos la mujer policía de la brigada de Pocitos? ¿O estás de levante?

Ella le acarició la cara y se le arrimó.

—Tranquilo. Vení, que decís, shsh... Quiero decir que te tengo visto desde que apareciste por aquí, el viernes, con ese saco de terciopelo. —Lo tomó del brazo, sintió el brillo eléctrico y la suavidad de la tela en la palma de la mano—. Y veo que sos y no sos como los demás y que no hablas con nadie. Y sos argentino. ¿No eres de Buenos Aires, tú? —Era de Buenos Aires y vivía en Buenos Aires, y estaba en Montevideo por negocios, vendía telas de contrabando. Una versión cualquiera, creíble, que alcanzara hasta la mañana siguiente. Todos los argentinos que andaban por Montevideo eran contrabandistas. Ella se rio con una risa que la hacía parecer más joven y lo besó en la boca y enseguida (como se temía el Nene) empezó a contarle o a inventarle (ella también), una historia.

Trabajaba de alternadora en una boite y era del otro lado del Río Negro. Esperaba juntar plata y ponerse por su cuenta, alguna vez, en otra zona de la ciudad, cerca del Mercado tal vez, donde estaban los piringundines decentes, donde no había invertidos, ni chongos, ni negros baratos que bajaban del Cerro. Le gustaban los argentinos porque eran educados y porque hablaban con distinción. Ella, a su vez, tenía un modo de hablar muy arcaico, porque era del interior y porque decía todo lo que le pasaba por la cabeza. Era sincera. O parecía sincera, un poco cursi, claro, como una dama antigua (como si jugara a ser lo que ella imaginaba que era una dama antigua). ¿No se acordaba él de los disfraces que había visto, de chico, en las láminas de la revista *Billiken*? Ella sí se acordaba: «El León de Francia», «La Holandesa», «La Dama Antigua». La chica era una morochita sencilla, del campo, pero tenía como un aire de grandeza, una cosa a la vez auténtica y teatral; que le gustó. Una hermana, era la chica, y a la vez, una mujer pérdida. Siempre había querido tener una hermana, una mujer joven y hermosa, en la que pudiera confiar y a la que estuviera obligado a mantener lejos" de su cuerpo. Una mujer de su edad, bella, con la que exhibirse, sin que nadie supiera que era su hermana. Sintió eso y se lo dijo, al rato.

—Tu hermana ¿te gustaría que fuera tu hermana?

Sonrió la chica, sorprendida, y el Nene le contestó con brusquedad.

—Que ¿te parece raro?

Como todos los que representan el papel masculino con otros hombres

(declaró más tarde la chica), el Nene era muy quisquilloso en la cuestión de su masculinidad.

El Nene estaba harto de andar con maricas. Le daba por rachas. Ahora no quería que ninguno de esos tipos que rondaban por la plaza lo mirara, los había conocido circunstancialmente, en una transa rápida, en los baños con olor a acetona, con paredes donde se describían actos monstruosos y se escribían frases de amor. Había nombres inscriptos como si fueran el nombre de un dios, corazones amorosamente mal dibujados, miembros monstruosos, pintados como pájaros sagrados en los muros de los «mingitorios» de las estaciones y en las butacas del cine El Hindú y en el vestuario de los clubes. Sentía de pronto la necesidad de humillarse, era como una enfermedad, como una gracia, un soplo en el corazón, algo que no se puede impedir. La misma fuerza ciega que arrastra al que siente la atracción irresistible de entrar en una iglesia y confesarse. Él se arrodillaba frente a esos desconocidos, se hincaba (sería mejor decir, había dicho, contó la chica) ante ellos como si fueran dioses, sabiendo todo el tiempo, que al menor gesto falso, a la menor insinuación de una sonrisa, de una burla, podía matarlos, que bastaba un gesto mal hecho, una palabra de más, para que murieran con un gesto de horror y de sorpresa en la cara y una navaja hundida en el estómago. Ellos, que se desnudaban, parados como reyes frente a él, no sabían quién era, no se lo imaginaban, no eran capaces de intuir el riesgo que corrían. Era poderoso el Nene pero estaba arrodillado en el piso, mareado por el olor a desinfectante, mientras un desconocido le hablaba y le pagaba. ¿O era él quien pagaba? Nunca podía recordar con claridad lo que había hecho, ni la noche anterior, ni la noche anterior a la noche anterior, en su escapada por los bares del puerto y sus levantes en la penumbra del cine El Hindú. Sólo recordaba la fuerza irresistible que lo hacía levantarse y salir a la calle, era como una euforia que no podía parar, que no lo dejaba pensar que por fin (le dijo a la chica, según declaró ella) lo dejaba sin pensamientos, vacío y libre, atado a una idea fija. Es como buscar algo que se ha perdido y que de pronto aparece bajo una luz blanca, en medio de la calle. Es irresistible. Hasta que, después, un poco desorientado, como al salir de un sueño, volvía al departamento donde lo esperaba Malito y donde todos esperaban que Nando

los ayudara a cruzar al Brasil y siempre que llegaba el Gaucho estaba hundido en un silencio quieto, furioso tal vez, encerrado en lo que llamaba su «covacha inmunda», en un rincón, arriba, al filial de la escalera. Pero esto no lo contó ella (lo contó el Gaucho) porque la muchacha pensaba que el Nene era un bagayero que traficaba casimires ingleses de Colonia a Buenos Aires, que vivía de hacer un contrabando hormiga y que tenía sus vicios, como todos los hombres con los que la chica trataba desde que estaba en la ciudad.

Pero el Nene, en cambio (y se lo dijo), con esta muchacha, se sentía sano, a salvo, no había peligro mientras estuviera con ella, sólo iba a tener que acompañarla y dejarse llevar y estar con la mujer un tiempo, lejos del Gaucho Rubio, del mellizo, lejos del Cuervo, por un rato, como un tipo normal.

De todos modos el destino había empezado a armar su trama, a tejer su intriga, a anudar en un punto (y esto lo escribió el chico que hacía policiales en *El Mundo*) los hilos sueltos de aquello que los antiguos griegos han llamado el *muthos*.

—Tengo un lugar cerca de aquí. Me lo prestan unos chicos en el cabaret.  
—Dijo ella—. Y nunca están.

El departamento tenía dos piezas y un living y estaba en completo desorden: platos sin lavar, apilados en la cocina, restos de yerba y de comida en el piso, la ropa de la muchacha en una valija abierta. Había dos camas en una pieza, un sofá y un colchón tirado en el suelo sobre una tabla.

—Una mujer viene a limpiar pero sólo los lunes.

—¿Quién lo usa? Es un cotorro —dijo el Nene.

—Es de unos amigos de la boite ya te dije, donde yo trabajo. Me lo prestan toda la semana y el sábado me vuelvo a la pensión.

El Nene dio una vuelta por el bulín, miró las ventanas que daban a un patio interior, el pasillo que desembocaba en la escalera.

—¿Arriba que hay?

—Otro piso y una azotea. —Buscó atrás de la cama y salió con un disco de 45 revoluciones—. A que te gustan los *Head and Body*...

—¿Qué sos, telépata?..., Claro, me gustan más que los *Rolling*...

—Sí —dijo ella—. Son bárbaros, son brutales.

—Yo de chico era vidente —se ríe el Nene— pero tuve un problema y

perdí todo el poder.

Ella lo mira, divertida, segura de que el chico la está cargando.

—¿Un accidente?

—Bueno, yo no, unos amigos que iban conmigo en un auto, empezaron a hacer macana. Estábamos todos borrachos, tomaba ginebra en ese tiempo, yo... Terminé preso. Y dejé de ver lo que veía de chico.

—Tomar es malo, yo prefiero el hash —dijo la chica y se sentó en un costado a armar un cigarrito de marihuana. Tenía pinta de hippy, recién ahora se daba cuenta el Nene. Una hippy uruguaya, con esos vestidos largos y las trencitas, que además trabajaba en un cabarute, no podía ser.

—De chico, por ejemplo, veía a mi tío Federico que había muerto hacía dos años y hablaba con él.

Ella lo miraba, seria y atenta, armando el cigarrillito con movimientos suaves. Él le contó la historia cuando empezaron a fumar porque era como hablar de una época de su vida que había perdido, nunca hablaba con nadie de cuando era chico, del tiempo anterior al tiempo muerto en el que había empezado a caer preso.

—Mi tío Federico era un tipo genial, que se fundió dos o tres veces y siempre salía adelante. Muy burrero, un tipazo. Vivía en Tandil, yo lo iba a visitar y me quedaba con él. Tenía un taller mecánico y encarrozaba coches de la Kaiser, le iba muy bien, pero el hijo se le fulminó una tarde soldando con autógena, un accidente ridículo, había un cablecito pelado que hizo puente y mi tío vio como el chico se le moría. No alcanzó a llegar, cuando tiró del cable, el Cholito ya estaba muerto. A partir de ahí mi tío se dejó estar, no quería ver a nadie, se pasaba el día tirado en la cama, con las persianas corridas, fumaba y tomaba mate y cavilaba. Vaciaba la yerba sobre unos diarios, en el piso, y al final había como una parva, una especie de isla verde de yerba seca en medio del dormitorio y no dejaba que entraran, ni que abrieran las ventanas (contó el Nene, declaró luego la muchacha) y siempre decía que al otro día se iba a levantar. Yo fui a verlo una tarde y él estaba ahí, acostado en la cama, de cara a la pared, sin hacer nada. «Qué tal, Nene, cuando llegaste», me dijo. Después se quedó callado un rato «No tengo muchas ganas de levantarme», dijo «Hacéme un favor, cómprame un atado

de Particulares Fuertes». Y yo fui hasta la puerta y él me llamó «Nene», dijo «mejor compráme dos atados, así tengo».

Ésa fue la última vez que lo vi vivo al tío Federico (dijo el Nene y le dio una chupada larga y profunda al porro y sintió el humo acre, primero en la garganta y después en el fondo de los pulmones) porque se murió a la semana y a partir de ahí, cada dos por tres, se me aparecía. (Se largó a reír, como si hubiera hecho un chiste muy divertido. No podía parar de reírse y la chica se empezó a reír con él mientras le pasaba el cigarrillo de marihuana). Era algo muy raro, porque estaba muerto, lo veía clarito, parado frente a mí, sabía que estaba muerto, pero eso no parecía tener mayor importancia. En ese tiempo yo tenía más o menos la misma edad que tenía el Cholito cuando murió, dieciséis, diecisiete años, por eso se me aparecía, tal vez, como si yo fuera el hijo. Se me ponía cerca, a una distancia, de aquí a la pared (yo lo veía y por supuesto me daba cuenta de que era una alucineta, pero lo veía como te estoy viendo a vos) fumando un cigarrillo, y no me decía nada. Se sonreía. Aunque yo le hablara él no me oía, seguía parado ahí, fumando, medio encorvado, la ceniza del cigarrillo siempre a punto de caer, se sonreía. —Se empezó a reír, de golpe, el Nene, al darse cuenta de lo que le había contado a la chica—. Era un fantasma... Se me aparecía. Nunca se lo cuento a nadie, pero es verdad.

—Ya sé —dijo ella y le pasó el cigarrillo—. A eso me refería cuando dije que había algo en ti que me desconcertaba. Quiero decir parece que eres de aquí, pero tienes el alma en otro lado... —El hash, porque era hash tal vez y no marihuana, la hacía hablar lento, como si eligiera cada vez cada palabra—. ¿Qué andás haciendo tú en esta orilla?

—Estoy de paso. Me voy a México... Tengo una amiga que vive en Guanajuato... Pobrecita... —dijo, sin saber bien a quién se refería. ¿Había pensado en la uruguayana o en su amigo, la Reina, que se había ido a vivir a Guanajuato porque estaba cansada de vivir en la ciudad? También había pensado en su madre, pobrecita, que a esa altura ya debía saber que lo estaba buscando la policía de todo el mundo—. Mi madre —dijo— quería que yo estudiara arquitectura. Quería tener un hijo que hiciera casas porque mi viejo tenía una empresa de construcción.

El fumo lo ponía melancólico, siempre era igual, lo ponía triste y a la vez

lo relajaba, se sentía lento y lúcido.

—Yo también estoy de paso... me fui de mi casa. Esperá, casi me olvido —dijo la chica y primero le alcanzó la brasa del puchito que sostenía con un pinza de depilar y después se arrodilló a buscar bajo la cama.

Del fondo sacó un Winco y puso el disco en el plato. Era un disco con dos temas de los *Head and Body* (los temas eran «Parallel lives» y «Brave Captain» y la chica los venía escuchando desde hacía meses, todo el tiempo, sin parar, siempre los mismos, de un lado y del otro y ya estaban un poco rayados).

—¿Lo escuchamos?

—Claro... —dijo el Nene.

—Éste es el único que tengo —dijo ella. Empezó a sonar «Parallel lives» a todo lo que daba y ellos movían su cuerpo al compás de la música y fumaban el puchito de marihuana hasta quemarse los labios con la brasa. Se oía el ruido de la púa en el tocadiscos barato pero igual la música vibraba obsesivamente y los dos empezaron a hacerle coro al rock and roll y a cantar en inglés.

*I spent all my money in a Mexican whorehouse.*

*Across the Street from a Catholic church.*

*And if I can find a book of matches.*

*I' goin' to burn this hotel down...*

Cantaban la chica y él, haciendo fonética, en un inglés salvaje, a los gritos siguiendo la música, alegres y furiosos.

Cuando el disco terminó, el Nene se acostó junto a ella en la cama revuelta y le tomó la mano (que estaba muy fría) y la oprimió contra él con una sensación de extrañeza y de pérdida. Después cerró los ojos.

—Nene —le dijo ella que hablaba de un modo un poco confuso, pero con gran emoción, como si estuviera diciendo verdades importantes—. Conozco bien la escena. Tienes que fingir que no te importa nada y seguir adelante con aquellos a los que realmente no les importa nada, o te hundes tú...

Él la miró, esperando que siguiera y ella se apoyó en un codo y luego de una larga pausa, lo besó en la boca. La chica tenía un modo de hablar confuso y apasionado que le gustaba, como si quisiera parecer más seria o más



intelectual y usara palabras que no comprendía del todo.

—Buscas algo que no conoces y entonces caes en la desesperación —dijo ella y luego tarareó el otro tema («Brave Captain») de los *Head and Body* que sonaba con fuerza como una versión más dura y más feroz de la vida que estaban viviendo.

—*You got to tell me brave captain.* —Cantaba ella—. *Why are the wicked so strong.*

—Sacáte la blusa.

Con un sobresalto luego de que el Nene empezó a desnudarla, ella se incorporó y de pronto se sintió ofendida.

—Todos ustedes están todo el tiempo diciendo siempre que son machitos y lo hacen con las mujeres para demostrarlo y cuando lo hacen entre ustedes dicen que sólo es por plata. Porque no largas todo, si realmente quieres dejarlo y huyes a tu propio mundo interior... Deja eso ahora mismo. Consigue un trabajo.

—Trabajo todo el tiempo y no quiero hablar de esta mierda —contestó él a la defensiva.

—Pero siempre vuelves. ¿Con los machos?, ¿te gustan?

Era sincera y brutal. Él movió la cabeza con seriedad.

—Sí...

—¿Desde cuándo?

—No sé. ¿Qué tiene?

Ella lo abrazó y él casi sin darse cuenta volvió a hablar, como si estuviera solo. La chica ahora empezó a moler el hash en una pipa muy finita, muy larga, de caña, con un cuenco redondo, donde la droga ardía y crepitaba.

Era como una enfermedad, salía de noche, como un vagabundo a buscar la humillación y el placer.

—Me aburro —dijo el Nene—. ¿Vos no te aburrís? Me gustan los hombres, me da por rachas, cuando estoy mucho tiempo sin salir, me empiezo a aburrir. Estoy casado, mi mujer es maestra, vivimos en una casa en Liniers, tengo dos hijos. —Mentir lo ayudaba a hablar y veía el rostro de la chica iluminado por la luz de la droga y luego sentía la tibieza de la pipa en su mano y el humo que le bajaba por los pulmones y se sentía, pasablemente,

feliz—. Pero no me interesa la vida de familia. Mi mujer es una santa, mis hijos son unos cerditos. Sólo me entiendo con mi hermano, tengo un hermano mellizo. ¿Te hablé de él? Le dicen el Gaucho porque vivió mucho tiempo en el campo, en Dolores... Tiene problemas neurológicos, es muy callado y oye voces que le hablan. Yo lo cuido y lo quiero a él más que a mi mujer y a mis hijos. ¿Eso tiene algo de malo? La vida —le costaba enhebrar los pensamientos— la vida es como un tren de carga, no viste a la noche pasar un tren de carga, lento, no termina nunca, parece que no termina nunca de pasar, pero al final te quedás mirando la lucecita roja del último vagón que se aleja.

—Muy cierto —dijo ella—. Los trenes de carga que cruzan el campo, de noche. ¿Querés más? —le dijo ella—. Tengo. Es buena ¿viste? Es brasilera. De chica en mi pueblo miraba pasar los trenes y siempre había algún croto subido arriba, yo soy del otro lado del Río Negro, los trenes venían del Sur y seguían hasta Rio Grande do Sul.

Se quedaron quietos, boca arriba, en silencio, un largo rato. Se oía pasar un tren cada tanto y el Nene se dio cuenta de que por el ruido se había acordado de los cargueros que pasaban por Belgrano R, cuando él era chico. La muchacha lo empezó a desnudar. El Nene se dio vuelta y empezó a besarla y a tocarle las tetas. Ella se sentó en la cama y se sacó la ropa en un instante. Tenía la piel blanca, que parecía a una luz en la penumbra del cuarto.

—Espera —dijo, cuando él estaba por entrar en ella. Saltó, desnuda de la cama. Se fue al baño y volvió con un forro—. Nunca se sabe donde han metido la verga ustedes. —Dijo brutal, como si fuera otra, como si todo hubiera sido un juego que había terminado y ahora ella iba a actuar como una puta. Él la sujetó por las muñecas, aplastada con los brazos abiertos sobre la cama, y le habló mientras la besaba en el cuello.

—¿Y vos? —dijo él sin dejarla mover—. Todos los chongos del Mercado te han cogido... varias veces. —Se arrepintió en cuanto lo dijo.

—Ya lo sé —suspiró ella con tristeza.

Después se abrazaron con una especie de ansiedad y ella le dijo:

—No te dije quién soy, todavía. A mí me dicen Giselle pero me llamo Margarita. —Ella le buscó el miembro y se acomodó con las piernas alzadas

—. Despacio —dijo y lo guió—. Dámela.

Varias veces pararon y volvieron a fumar y a escuchar el disco de los *Head and Body* y al final ella se dio vuelta desnuda y se sostuvo en el marco de la ventana, con el culo alzado, de espaldas. El Nene fue entrando despacio hasta sentir las nalgas de la muchacha contra su vientre.

—Metéla toda —dijo ella y dio vuelta la cara para besarlo.

Él le apretó la nuca, el pelo corto y duro y ella dio vuelta la cara otra vez con los ojos abiertos y después gimió abierta y le habló lentamente, con una voz suave, como si se disculpara, suspirando.

—Te voy a llenar la pija de mierda, toda la cabeza llena de mierda.

El Nene sintió que se iba y se dejó caer.

Salió de ella y se limpió con la sábana. Después se dio vuelta boca arriba y prendió un cigarrillo. La chica le acariciaba el pecho y él sintió que se dormía por primera vez, después de meses y meses de vivir despierto.

A partir de esa tarde, durante la semana siguiente, de vez en cuando la iba a ver al café del mercado y se quedaban en el departamento vacío. Siempre tocaba aquel disco de los *Head and Body*, siempre los dos temas, que se sabían de memoria y fumaban un poco de hash y hablaban hasta quedarse dormidos. Él empezó a dejarle plata, que ella aceptaba con naturalidad.

Tiempo atrás, pero no mucho tiempo atrás, (según dijeron luego los diarios) la morochita había venido con un montón de ilusiones capitalinas desde el interior. Era del otro lado del Río Negro pero las aguas del río que corren bajo la represa no eran un espejo suficiente para verse crecer. Bajó a Montevideo con toda la candidez y la esperanza que da la frescura de la joven belleza femenina. En la ciudad se fue enredando en los hilos brillantes de la noche y de la boite llamada «Bonanza», pasó luego a otra llamada «Sayonara», para terminar en otra boite céntrica, conocida como «El Molino Rojo», donde encontró un amigo que la puso en circulación en ambientes de categoría. Ese amigo es uno de los dueños de la boite.

Fue también en esa boite donde los dos estancieros del Este subalquilaron el departamento a su propietario. Era céntrico el lugar, era barato el subarrendamiento y la vivienda tenía todo lo que se necesita para una «garçonnière». Pero de la amistad trabada en el contacto nocturno casi

cotidiano, salió también la residencia de la morochita en el departamento: una «gauchada» que los nuevos titulares de la vivienda hacían al dueño de la boite.

Luego, según rodó la bola, la cosa se enredó y el departamento vio como se le multiplicaban las llaves que daban paso a nuevos usuarios ocasionales. La víspera de anoche, por ejemplo, uno de los mozos de la boite había pernoctado allí y se había dejado los documentos, algún objeto personal y aun alguna prenda de ropa. Los habituales frequentadores del pálido ambiente de la noche tenían, en fin, en el departamento de la calle Julio Herrera y Obes la posibilidad de sus encuentros ocasionales. No habría que sorprenderse entonces de que en este eslabonamiento de circunstancias, en esa multiplicidad de propietarios reales y aparentes, hubiera que buscar la clave del equívoco que acabó por llevar ahí a los porteños. Ya está dicho: en la luz escasa de los rincones cabareteros se amasan extrañas amistades que no lo son cuando amanece el día.

## **Cinco**

La señorita Lucía vio que dos hombres le estaban cambiando la patente a un Studebaker estacionado cerca de la esquina y le pareció extraño. Uno tenía un destornillador o quizá una navaja, ella no alcanzaba a distinguirlo bien a esa distancia, y estaba en cuclillas aflojando los tornillos de la chapa, mientras el otro, un rubio grandote con un vendaje en el cuello, sostenía la otra placa. La mujer dormía en los fondos de la panadería y esa mañana se había despertado al alba. Abrió el negocio y tuvo que encender las luces porque todavía era de noche. Desde la vidriera, mientras tomaba mate, se quedó mirando la figura de los dos hombres que agachados junto al auto, hacían bromas y se divertían. O eso pensó Lucía, porque en ningún momento los vio preocupados o sigilosos, o temiendo que los sorprendieran. Más bien hacían el trabajo con la actitud del que está cambiando la goma de un auto.

Lucía era muy observadora, su trabajo en la panadería le había desarrollado una capacidad especial de observación, casi un sexto sentido (declaró), porque era capaz de recordar la cara de un cliente ocasional sólo con verlo pasar por cualquier calle de la ciudad varios días después. Pero no hacía falta ninguna capacidad especial para comprender lo que estaba Sucediendo en la esquina con esos tipos que manipulaban la chapa del Studebaker. En ese barrio de Montevideo todos se conocían y no era común que hubiera novedades o que pasaran cosas raras. Desde que ella estaba al frente del negocio sólo una vez un hombre había tenido una descompostura y se había muerto en la vereda, de golpe, de un ataque al corazón. Quedó tirado en la calle boca arriba, sin poder respirar, y con un pañuelo blanco trataba de taparse la cara. Lucía se acercó cuando el hombre ya estaba muerto y estuvo

sola con el cadáver frente al negocio hasta que apareció el idóneo de la farmacia de la esquina y llamó a la Asistencia.

Esta vez las cosas eran distintas y había posibilidades de intervenir antes de que fuera tarde. Por eso levantó el teléfono y si bien vaciló, porque no le gustaba meterse en la vida de los demás, después sintió una extraña emoción, como si algo importante estuviera en sus manos, y llamó a la policía. Enseguida apagó la luz del negocio y se quedó a mirar.

Volvió a experimentar lo que ella misma llamaba la tentación del mal, un impulso que a veces le daba por hacer daño o ver a alguien que le hacía daño a otro y contra esa tentación luchaba desde chica. Por ejemplo, cuando el hombre tuvo el síncope, ella se quedó quieta, mirándolo morir y siempre pensó que si hubiera reaccionado sin dejarse llevar por la curiosidad que la paralizaba, mientras el señor con la cara lívida se agitaba y se ahogaba tirado sobre las baldosas de la vereda, el hombre con el pañuelo en la cara se podría haber salvado. Ahora, en cambio, actuó casi sin vacilar y luego de hacer la denuncia, se dispuso a esperar. Parecía un simple robo de autos y ella jamás se imaginó lo que iba a ver.

Por la vidriera de la panadería, en ese barrio tranquilo de Montevideo, se controlaba la calle entera. —Mejor que en el cine— declaró luego la señorita Lucía Passero.

Una verdadera orgía de sangre (según los diarios) comenzó así en el Uruguay el miércoles 4 de noviembre de 1965 cuando desde la panadería ubicada en Enriqueta Comte y Riqué, casi Marmarajá, se advirtió que estacionado sobre la acera opuesta se hallaba un Studebaker rojo dentro de] cual dos hombres fumaban tranquilamente.

Segundos más tarde se les apareó un segundo vehículo —un Hillman negro— del que descendieron otros dos desconocidos que entregaron un envoltorio a los primeros. El Hillman se fue con sus ocupantes y estacionó a la vuelta de la esquina. Se vio entonces que del Studebaker bajaban dos de los ocupantes y se daban a la tarea de sustituir sus chapas de matrícula por otra contenida en el envoltorio que momentos antes habían recibido.

Dos policías aparecieron por la esquina y se acercaron al auto estacionado. Por el espejito el primero que los vio fue el Cuervo Mereles.

—La taquería —dijo.

Abrió el Cuervo la puerta del auto y se apoyó en el guardabarros, fumando, tranquilo, mientras se acercaban los dos policías. Uno era negro, mulato mejor, con cara chata y pelo mota, y el otro era un policía gordo, igual a cualquier otro policía gordo de la ciudad. Había muchos canas que se dejaban estar y se ahogaban si tenían que correr y sólo servían para pegarles garrotazos a los chorritos caídos, indefensos, en la calle, y patadas en los riñones con todo el peso de esos cuerpos enormes. Pero un negro, el Cuervo nunca había visto un policía negro. Tal vez en Brasil. Pero no había estado nunca en Brasil. Y en Norteamérica, claro, los policías negros de las películas norteamericanas que mataban a otros negros norteamericanos en las calles del Bronx. Esa frase se le formó en la cabeza como una melodía mientras dejaba que los dos hombres se acercaran. Iban a pedirle documentos. Mereles sonrió con expresión amable. El negro venía dos pasos atrás y el gordo se adelantó hacia ellos.

—Dejámelo a mí —dijo el Gaucho Dorda.

El policía gordo se tocó la gorra e hizo una venia con dos dedos y miró a los que estaban en el auto con cara de perro. El Gaucho odiaba a los canas por encima de cualquier otra cosa y antes de que el tipo tuviera tiempo de suspirar, le metió un tiro en el pecho. Cayó al suelo y no murió enseguida, gritaba, buscó cobijarse en el cordón de la vereda. El otro policía, el negro saltó, agazapado, atrás del auto y empezó a tirar.

—Cancela —dijo el negro—. Llamá a Jefatura.

Cancela debía tener un walkie-talkie, pero no pudo usarlo. Estaba tirado contra la alcantarilla (Lucía podía verlo perfectamente) con el pecho tinto en sangre, respirando con un ronquido ahogado, y movió la mano para cubrirse la herida, para tratar, quizá, de parar la hemorragia que le llenaba la garganta de sangre.

Dorda sacó el brazo por la ventanilla del Studebaker y remató al tal Cancela con un tiro en el estómago. Se reía Dorda.

—Guanaco, reventá —dijo y le apuntó al otro policía mientras el Cuervo arrancaba el auto y lo hacía picar.

Pero el negro era bravo y saltó hacia adelante tirando con la cuarenta y

cinco y los mellizos se desparramaron en el auto porque el uruguayo que venía con ellos estaba herido.

Se paró el negro en medio de la calle y siguió tirando mientras Mereles aceleraba el auto y salía haciendo chirriar las gomas hacia la esquina. Durante el tiroteo el negro descargó totalmente su pistola y por un instante se refugió en el umbral de la farmacia para volver a cargarla. Después (seguía Lucía Passero) continuó tirando hasta que el coche de los delincuentes desapareció. Fue como ver una película proyectada para ella sola, una experiencia inolvidable, esos hombres agazapados, tirando, el rostro helado, los ojos quietos, el olor a bosta de la pólvora, el color amarronado de la sangre, el chillido de las llantas del auto que escapaba en dos ruedas y la figura tranquila del negro que sostenía la pistola con las dos manos, bien afirmado, con las piernas abiertas, sobre el empedrado. Yo vi, dijo la mujer, que uno de los malandrines había sido herido. Y vio nítidamente como un tiro hacía estallar la ventanilla trasera del auto al cruzar frente a la panadería y vio también como uno de los tipos se sacudía y se tocaba la cintura y después se miraba la mano ensangrentada.

—Me la dieron —dijo el uruguayo y bajó la cara para mirarse las manos empapadas de sangre con las que se apretaba el vientre. Estaba tranquilo y lívido y tan sorprendido por lo que le había pasado que le costaba reaccionar. Se llamaba Yamandú Raymond Acevedo y nunca lo habían herido antes. Aceptó trabajar con los argentinos en la truca del auto porque le pagaron un vagón de guita y le prometieron más si los llevaba a la frontera, a Rio Grande do Sul, por el norte, por Santa Ana.

—No podemos seguir con vos —le dijo, frontal y sereno el Nene Brignone—. Perdonáme, hermano, pero tenés que bajarte.

—Me mandás al muere, Nene, no me dejés tirado ahora, te lo pido por Dios.

Yamandú lo miró con la cara gris, rogando, primero al Nene, y después a Dorda, que tenía la Beretta empuñada sobre las rodillas.

—Estás jodido Yamandú —dijo el Gaucho—. Tenés que arreglarte solo, nosotros tenemos que seguir, a vos no te va a pasar nada.

—No seas guanaco, porteño, no me entregués, vamos a donde está Malito



y que él nos diga. Dorda levantó la Beretta y se la gatillo en la cabeza.

—Agradecé que no te reviento. Si caés y hablás te busco y te corto los huevos.

—Son una mierda ustedes, no se le hace eso a un hombre —dijo el uruguayo.

El Cuervo disminuyó apenas la marcha del coche y Yamandú abrió la puerta del auto. Se iba a tener que tirar para que no lo mataran. Se largó del coche y cayó en el empedrado, sobre las costillas.

El auto aceleró y Dorda sacó el arma por la ventanilla y le tiró pero no logró matarlo. Para Yamandú esa fue una prueba de que los argentinos estaban perdidos porque había una ley implícita, un código entre la gente del ambiente que todos respetaban. Nadie abandona a un compañero herido sin tratar de ayudarlo y nadie mata a un socio que ha actuado lealmente como si fuera un buchón. Eran unos reventados, dijo Yamandú, eran tipos que vivían en una delirata total, querían llegar a Nueva York en auto por la Panamericana, asaltando bancos en el camino y robando farmacias para proveerse de droga. Se daban manija con eso, estudiaban los mapas, los caminos secundarios, y calculaban cuánto tiempo iban a tardar en llegar a Norteamérica. Estaban plantados, deliraban con trabajar para la mafia portorriqueña de Nueva York, meterse en el barrio, en el ghetto latino y empezar de nuevo ahí, donde nadie los conoce. No pueden escapar del centro de Montevideo y quieren irse a Manhattan porque el Nene escuchó que el cantor de tangos que les entregó el robo dijo que conocía a un cubano que tiene un restorán en Nueva York y se quieren ir para asociarse con él, cualquier delirio. Nunca, dijo Yamandú, vi tipos iguales a esos. Exageraba, Yamandú, seguramente, para lograr aflojar la presión que tenía encima y hacerse pasarse por un simple perejil, un valerio de los argentinos, que lo obligaban a meterse en manos que él no quería usar.

—Va a hablar —dijo el Gaucho, loco porque no había podido rematarlo —. Nos va a batir a todos... Si conoce las casas, los embutes, ¿a dónde nos metemos ahora?

—Tranquilo, dejáme pensar —dijo el Nene.

—Pensar, que vas a pensar. Va a hablar el guacho, hijo de puta, hay que

volver y matarlo.

—Tiene razón —dijo el Cuervo y dio marcha atrás y volvió a los piques con el auto reculando hasta la avenida donde lo habían dejado tirado al uruguayo. Pero cuando llegaron Yamandú se había arrastrado hasta un baldío y se había metido en los fondos de una peluquería, en un galponcito esperando que cayera la noche para poder zafar. Incluso cree que, metido en esa especie de galería cubierta, donde se guardaban los secadores de pelo con forma de escafandra y pie de metal, los sillones giratorios con brazos de cuero blanco, las piletas con una abertura redonda en el frente y varias canillas y mangueritas para el lavado del pelo, con espejos y bigudíes y cajas de peines, alcanzó a oír el motor del auto que volvía y lo buscaba por las calles e incluso le parecía oír (o imaginar que oía) la voz del Gaucho que lo llamaba como si fuera un gatito «Michi, michi, michi». Capaz de hacer cosas así (según Yamandú), si es un pirado total, un desubicado, hace todo lo que el Nene le pide y el Nene es más frío que una víbora, no le importa nada de nada.

Dieron varias vueltas por la zona y pasaron incluso frente a los fondos del galpón donde Yamandú estaba escondido pero no lo encontraron y se alejaron entonces del centro tratando de salir de la zona porque se oía venir la sirena de los patrulleros. Seguro la policía ya tenía las señas del auto y en cuanto cayera el uruguayo iban a tener todos los datos necesarios para identificarlos. Malito estaba como siempre aparte, solo en un bulo por la zona de Podios que nadie conocía, armando un contacto para volver a Buenos Aires por si fallaba el cruce al Brasil. Tenían una cita con él al día siguiente. Ya se iba a enterar de lo que estaba pasando.

—Tenemos que levantar todo —dijo el Cuervo—. Y replegamos.

—Vamos —dijo el Nene—. Tratemos de llegar primero que la yuta.

Temán la certeza de que Yamandú iba a caer y de que, por supuesto, los iba a buchonear. Pasaron por el aguantadero donde se habían enterrado desde que estaban en Montevideo y se llevaron las armas y la guita, cinco minutos antes de que llegara la policía. A partir de ahí cortaron todos los contactos con los apoyos que Nando les había armado en el Uruguay y empezaron a buscar un lugar donde esconderse. Estaban descolgados, todo el mundo les

rajaba, como si tuvieran lepra.

—Yo sé donde vamos —dijo entonces el Nene Brignone.

—¿Tenés un lugar? —dijo el Cuervo.

Se habían detenido en un desvío sobre la Rambla, frente al río. Habían escondido el auto entre unos árboles, en el Parque Rodó, y tomaban cerveza del pico de la botella sentados en el estribo, con las puertas abiertas del coche y las armas y la guita amontonadas en el hueco que había quedado después de tirar el asiento de atrás.

—Esperen acá.

El Nene cruzó la calle y se metió en un café y buscó el teléfono al fondo del salón.

Para entonces Yamandú había sido localizado en el interior de una peluquería de mujeres. La policía que patrullaba la zona, lo encontró agazapado en el fondo del negocio. A pesar de su herida en el vientre, el pistolero intentó escapar pero fue reducido. De rodillas pidió clemencia y finalmente delató a sus compinches dando a conocer su filiación.

—No me maten —dijo—. Son los porteños.

El sujeto era efectivamente Yamandú Raymond Acevedo, de nacionalidad uruguaya y frondoso prontuario. Fue conducido al Hospital Militar, donde recibió las primeras curaciones. Los médicos se encargaron de mantenerlo despierto y lúcido.

Raymond, al ser interrogado por la policía reconoció haber participado en el tiroteo en el que murió el policía Cancela y admitió que había seguido en compañía de los delincuentes argentinos hasta que éstos, en vista de que él. —Yamandú— no podía huir porque estaba herido intentaron matarlo. Su larga declaración permitió reconstruir los pasos de los pistoleros desde su llegada a Montevideo. La policía por otro lado desplegó de inmediato una serie de allanamientos para interceptar los contactos de la banda.

Reunidos los suficientes datos fisonómicos y características particulares de los cuatro, se estableció contacto con la policía de la vecina orilla (dijeron los diarios). Llegó un juego de fotografías de los pistoleros y se confirmó que eran los argentinos. De los cuatro hombres que integraban el grupo, Yamandú reconoce en la galería fotográfica a tres de los asaltantes argentinos. Son

Mereles, Brignone y Dorda. Nada se sabe, en cambio, del paradero de Enrique Mario Malito.

El mundo del delito se encuentra en «estado de alerta» pues las investigaciones van demostrando que asesinos, estafadores y contrabandistas locales han colaborado en ocultar a los pistoleros porteños y ahora temen las represalias policiales. A última hora circuló la versión de que la banda de Malito se habría dirigido hacia Colonia en un desesperado intento por volver a cruzar el río rumbo a tierra argentina. Hoy (por ayer) fue detenido el contrabandista Ornar Blasi Lentini, con su mujer embarazada y sus dos hijos pequeños, por procurar albergue para la banda en la casa del aduanero Pedro Glasser en San Salvador 2108. De inmediato la policía fue tras los rastros del delincuente argentino Hernando Huguilein, «Nando», un ex integrante de la Alianza Libertadora Nacionalista en los tiempos de Perón acusado por Lentini de ser el nexo de todo delincuente de alto vuelo que llegue al Uruguay desde el exterior y que habría servido de enlace entre los prófugos y la delincuencia uruguaya.

El viernes 5 de noviembre una comisión policial, luego de detener al delincuente Lentini —de actuación en la banda de infanto-juveniles de «El Cacho»— logró la pista para llegar a Huguilein.

Este sujeto se hallaba escondido en una pasa de la calle Cufré, donde la policía lo sorprendió en pijama en momentos en que se afeitaba. No obstante estar rodeado huyó por los techos y luego de lanzarse desde la azotea de la finca a un patio vecino, fue finalmente detenido. Nando dijo que se había separado de la banda «horrorizado cuando se enteró del modo cobarde en que habían intentado matar a Yamandú. Soy un hombre de principios, un preso político. Pertenezco al Movimiento Nacional Justicialista y lucho por la vuelta del general Perón», declaró el delincuente.

—Sí, por supuesto —le contestó el comisario Santana Cabris de la Dirección de Investigaciones—. Pero sobre todo sos un guacho porteño asesino de policías.

Nando conocía la tortura, sabía que tenía que permanecer callado todo el tiempo que pudiera aguantar. Porque con la picana, si se empieza a hablar, ya no se puede parar. Iba a tratar de no decir nada, ni una palabra, porque tenía

miedo de verse obligado a delatar el aguantadero de Malito. Era su amigo, no era un tipo cualquiera, era un bandolero al viejo estilo, un idealista, Malito, que podía convertirse en un héroe popular, como Di Giovanni o Scarfó y como el mismo Ruggerito o el falsificador Alberto Lezin y todos los malandras que habían peleado por la causa nacional. Iban a tener que matarlo, pensó Nando, porque él no iba a delatar el escondite de Malito.

Mientras lo bajaban a la sala de tortura trataba de no pensar, Nando, de mantener la mente en blanco, como una lámina vacía, un papel cansón. Le habían vendado los ojos, posiblemente iban a tener que pasarlo al juez en veinticuatro horas. Se las había visto más feas en otras ocasiones y esta vez estaba seguro de que la prensa andaba detrás de la policía y se iba a publicar que había caído preso.

En realidad la captura de Huguilein pasó casi inadvertida en la compacta rueda de periodistas y policías en la jefatura cuando trascendió que se había encontrado nuevamente el rastro perdido de los pistoleros argentinos. Es a partir de acá (según el cronista de *El Mundo*) que empezaría a «cocinarse» el más formidable asedio que se conozca en los anales de la policía en el Río de la Plata.

Pocas horas después del mediodía, en un avión de la policía de la provincia de Buenos Aires, tipo Turismo, arribó al aeropuerto de Carrasco el jefe de la Zona Norte de la policía bonaerense, comisario inspector Cayetano Silva, para colaborar con las autoridades uruguayas.

Mientras avanzaban por la pista, luego de bajar del avión, Silva fue recibiendo la información de sus colegas.

—Los encontramos, por casualidad, en un incidente ridículo. Estaban cambiando las chapas de un auto robado.

—Se han quedado sueltos. No tienen contactos.

—Hay que apretar.

—No hay que detener a todo el mundo. Hay que dejar algunos elementos libres y dejar que los porteños busquen hacer contacto.

—Al caer Yamandú van a quedar aislados.

—Entonces —dijo Silva— si quedan aislados, van a cambiar los planes. ¿Qué pueden hacer? Van a tratar de salir de la ciudad.

—Imposible, están todos los caminos controlados.

—Hay que hacer saber por los diarios que Yamandú está colaborando con nosotros.

Los investigadores han llegado a la conclusión de que Malito y Sus cómplices se encuentran ya con menos dinero en el bolsillo. La compra de documentos, los gastos efectuados en el traslado clandestino —en el yate *Santa Mónica* según han comprobado fuentes de la prefectura— hasta territorio uruguayo, las orgías celebradas en sus refugios, el alquiler de los departamentos: usados como escondites y de los coches, han ido mermando su capital. Las orgías fueron narradas por Canos Catania, un taxi-boy que se presentó espontáneamente y narró los hechos del fin de semana. Los maleantes alquilaban chicos y mujeres y con abundante droga pasaron dos días en una *partuzza*, como la llaman, con actos de abyecta depravación. «Son buenos» dijo el joven de diecisiete años, «me regalaron un traje».

Fue este joven el primero que les habló de las visitas del Nene Brignone a la zona rosa de la Plaza Zavala y de su amistad con Giselle.

—Quiero hablar a solas con la chica —dijo Silva.

Personal del departamento de Orden Público, explotando la fuente inagotable de referencias precisas que constituye la vida nocturna montevideana —whiskerías, salas de juego— entró en conocimiento de que los pistoleros porteños canalizaban sus tratativas para lograr un buen «enterradero» por intermedio de una joven alternadora (la morochita de Río Negro que trabajaba en el ambiente).

Paralelamente a las tratativas para el arrendamiento por un par de días del apartamento, los pistoleros, gestionaban un viaje al Paraguay ofreciendo para ello una suma exorbitante.

Las tratativas fueron a desembocar en personas que poseían un apartamento en el edificio Liberaij (Julio Herrera y Obes 1182) pero que al parecer tendrían ciertas vinculaciones con medios policiales.

Otra versión no confirmada dice que los argentinos habían llegado al departamento a través de un enlace menor con la delincuencia uruguaya y que ese contacto (un «perejil») para desembarazarse precisamente del riesgo que significaban. Los argentinos habían conseguido en préstamo el departamento

y de inmediato había «vendido» la información a la policía sin que los dueños reales de la vivienda, ni su subarrendatario estuvieran en conocimiento de quiénes eran los pájaros que habían buscado refugio en el departamento número 9 del 1182 de la calle Herrera y Obes.

Es una historia larga, en fin, y complicada, que pasa por todos los recovecos oscuros de la vida nocturna, donde es fácil —como quien dice por simples razones de vecindad— que el cliente honesto de las boites se ligue con el contrabandista, el asaltante y el punguista, sin conocer su condición. Será pues la policía quien lo diga. Mientras tanto el hecho cierto es que los delincuentes argentinos se metieron en el departamento de referencia pocos minutos después de las 22 horas de ayer.

El apartamento numero 9 es la «garçoniére» doblemente compartida por dos estancieros del Este, que lo subarriendan a su propietario a un costo de 480 pesos uruguayos por mes. Son primos hermanos y ambos andan por los veinticinco años. Ambos, además, frecuentan el ambiente nocturno de las boites y el bajo fondo de los taxi boys del puerto.

¿Cómo llegaron hasta ese departamento, los pistoleros, Brignone, Dorda y el Cuervo Mereles, tan ansiosamente buscados por la policía de las dos orillas? El cronista no lo sabe pero maneja varias hipótesis.

Una versión dice que los pistoleros lo habían comprado a su propietario legítimo, un uruguayo (de origen griego) también frecuentador de la noche, que vive más en Buenos Aires que en Montevideo y cuyo primer apellido, se dice, podría empezar con la letra «K».

Los pistoleros habrían hecho a «K», sin que este conociera para nada su identidad pero habiéndolos conocido en los ambientes nocturnos de la Ciudad Vieja, una primera entrega de ochenta mil pesos uruguayos.

Más allá de las conjeturas, es cierto también que el departamento de la calle Julio Herrera y Obes fue una auténtica «ratonera» preparada por la policía a los delincuentes en fuga. No se sabe cómo pero de alguna manera la policía logró que se refugiaran ahí.

Una fuente que pidió no ser identificada dice que los argentinos se confiaron a otro delincuente uruguayo informante de la policía y que este puso el dato en conocimiento de gente vinculada a la brigada de homicidios.

Otra versión indica que fue la policía la que indirectamente puso el departamento a disposición de los argentinos y estos se metieron en la «cueva» sin sospechar para nada que su protector uruguayo los había vendido a sus perseguidores. Si ello es así —en cuyo caso habría que descartar la otra versión que dice que los argentinos habían comprado el departamento haciendo una entrega previa de 80 000 pesos uruguayos— no hay duda de que la policía obró cautamente porque sabía el terreno que pisaba y la peligrosidad de los perseguidos.

Sorprendidos los fugitivos en la calle, la lucha habría sido inevitable y riesgosa para el montevideano. Se necesitaba un lugar donde los delincuentes estuvieran concentrados y a ese fin, se dice, habrían dirigido sus redes los hombres de la Jefatura mediante el ardid de servirles en bandeja un departamento presuntamente seguro —céntrico, cómodo, amueblado— mientras los argentinos esperaban el contacto que habría de trasladarlos, según habría declarado Nando, al Paraguay.

Si ello es cierto como ha trascendido y como todo lo indica, el mecanismo de relojería que habría de servir para detener a los argentinos se puso en marcha al filo de las 10 de la noche.

Poco antes de esa hora, la morochita de veintiún años que ocupaba el departamento en sus horas libres, se había vestido con un traje sastre de color azul claro y estaba lista para irse, como de costumbre, a la boîte céntrica donde pasaba las noches a la espera del amanecer. Llevaba una cartera negra y zapatos al tono y no hay duda de que no tenía la más mínima idea del porvenir inmediato.

Eran las diez en punto de la noche. En ese momento sonó el portero eléctrico del edificio y la voz de un desconocido pidió permiso para hablar con la morochita del norte de Río Negro. Ella abrió la puerta y lo dejó pasar.

El hombre se identificó como un alto empleado de la Jefatura, según contó la muchacha (Margarita Taibo, según trascendió, alias Giselle) en la boîte.

—Váyase de aquí... Váyase de inmediato —le dijo el hombre.

La muchacha seguida a corta distancia por el jerarca policial salió efectivamente a la calle sin haber terminado de maquillarse y el departamento



quedó solitario, como la trampa que espera la llegada de la presa.

Eran ahora las 22.10 aproximadamente.

La morochita del norte de Río Negro se fue hasta la casa de una amiga que vive en 25 de Mayo y luego, con los amigos de ésta, se fueron todos en un coche de chapa brasileña a la boite.

Aprovechando que conocían el departamento y que preparaban una ratonera, la policía de inteligencia controló desde el principio los movimientos de los pistoleros a partir de que se estableció la conexión para ocupar el enterradero.

Una versión dice que la policía llenó de micrófonos el lugar porque quería averiguar el paradero del dinero robado (cerca de quinientos mil dólares). Otros dicen que el sistema de registro y de escucha era previo a la llegada de los pistoleros y había sido usado para vigilar las posibles actividades prohibidas de los dueños de la boite. (Básicamente tráfico de drogas y trata de blancas). Sea como sea, el intento de recuperar el botín es (según algunas fuentes) lo que podría explicar el extraño error del operativo.

Como se sabe, es cosa corriente en los procedimientos policiales el armarles «ratoneras» a los delincuentes. Esto consiste en esperar al buscado dentro de la casa o apartamento que se sabe ha de visitar por cualquier causa y sorprenderlo antes de que pueda iniciar la defensa.

En el caso presente, parecería que se cometió un error. Se armó la ratonera al revés, de afuera para adentro, en lugar de hacerlo a la inversa. Si la policía, cuando fue a hacer salir a la joven ocupante del apartamento 9 hubiera copado el lugar, habría impedido que los delincuentes tuvieran a su disposición el enorme arsenal que les ha permitido resistir el asedio a hasta el momento de escribir esta crónica.

Pero la policía (argentina) buscaba algo más. Lo más probable es que haya querido matarlos y no agarrarlos vivos para impedir que incriminaran a los oficiales que (según la misma fuente) habrían participado secretamente en el operativo sin recibir la parte del botín que había sido pactada.

Lo cierto es que el Studebaker rojo de los pistoleros llegó al garage del edificio a las 22.11.

El Nene Brignone subió por la escalera seguido por el Cuervo Mereles y

el Gaucho Rubio. El Nene metió la llave en la cerradura y luego de un leve forcejeo, la puerta del departamento se abrió.

## Seis

La «garçonnière» instalada en el departamento número 9 de la calle Julio Herrera y Obes es un pequeño complejo de habitaciones casi desnudas pintadas de un color verde pálido. La puerta del departamento (el timbre no funciona y para ponerse en contacto con sus ocasionales ocupantes hay que hacerlo por intermedio del portero eléctrico de la puerta de calle) se abre sobre un estrecho corredor donde (escribe el chico que hace policiales en *El Mundo*) se ubican también las puertas de los otros departamentos. Es en el primer piso del edificio que por ser sólo de tres plantas no tiene ascensor. Hay que retener este detalle.

Ya dentro del departamento lo primero que se ofrece al visitante es una especie living-comedor de unos cuatro metros por tres, a cuya izquierda corre lateralmente una cocina sobre la que se abre finalmente una ventana que da a un pozo de aire y luz. En la cocina hay una mesada de mármol con una piletta en el centro y placares debajo. El visitante que llegue al departamento encontrará en el living-comedor muy pocos muebles y las paredes vacías. Falta también la puerta que tendría que separar el living de la cocina.

Inmediatamente después, abriéndose sobre el living, hay tres puertas que corresponden a las piezas y al baño.

La primera de las piezas que da sobre el pozo de aire es una alcoba que utilizaba la morochita del norte de Río Negro y en ella se encuentra una cama repisa con un pequeño ropero, una mesita ratona (tapa de vidrio) y una silla. No hay nada más salvo una pequeña lámpara de cabecera sobre la repisa y también sobre la repisa una foto de la morochita. Las paredes vacías dan al ambiente el tono de precariedad que tienen los lugares así.

La pieza siguiente comunica con el otro pozo de aire y luz y es también una alcoba y la utilizaban los subarrendatarios del departamento y los múltiples ocasionales visitantes que de un modo o de otro tenían llave de la vivienda o la recibían en préstamo. Hay una cama doble en el centro de la pieza, un toilet al costado izquierdo y un ropero al derecho, frente a los pies de la cama. A la derecha, en el centro de la habitación, se abre otra ventana sobre el pozo de aire y luz. La diferencia fundamental entre este dormitorio y el otro es que mientras en el de la morochita del norte de Río Negro el piso de parquet está lustrado y las paredes limpias, aquí ocurre exactamente al revés. No vive nadie fijo en esta pieza: nadie se preocupa por mantenerla con un mínimo de conservación.

Finalmente está el cuarto de baño donde no hay otra cosa que los artefactos habituales, un calefón General Electric y una cortina de plástico azul que corre alrededor de la bañera. Justamente sobre la bañera se abre una ventana que da al pozo de aire y luz.

—Del otro lado no hay nada, está el patio nomás.

Mereles se había parado sobre el borde de la bañera y se asomaba hacia abajo por la ventana. Paredes grises, ventanas iluminadas y abajo el techo de chapas de un galpón. El Nene y Dorda se fueron hacia el living.

—Hay una tele, mirá...

—No te dije que estaba bastante amueblado...

—Che, que baranda que hay en este baño...

—Entonces —siguió contando el Nene— nos fuimos, porque antes te acordás, loco, nos queríamos ir a México, tenía un amigo yo, que se fue a comprar un pasaporte, porque tenía tantas entradas, se llamaba Suárez, lo ayudó el apellido, en México al final lo mataron...

—Pero oíme jetón, a quién se le ocurre irse a México... La altura te hace chiflar los oídos, una vez en La Paz me sangraba la nariz sólo con abrir la ventana de la pieza.

—Pero lo que yo digo es que hay que llegar a Nueva York, hay una ruta que va desde Tierra del Fuego hasta Alaska ¿no sabías eso? Mirás el mapa y es como un hilo, va y va, finita, por el medio de la selva, la hicieron los alemanes, trajeron las topadoras, hicieron trabajar a los coyas y en dos años

podías llegar en bicicleta.

—Yo me tiro acá, alcanzáme ese almohadón. Vamos a comer algo.

Habían comprado pollos al spiedo y whisky. Y comed beef y reservas para tener comida una semana, por si no podían moverse.

—Che, ¿y Malito viene ahora? —Mereles comía pollo y tomaba whisky en el vaso de plástico del baño—. ¿Lo tenemos que esperar? ¿La morocha lo conoce o no?

—Le mandé avisar que estamos acá —dijo el Nene.

—Vi en la tele que en los cines se puede robar si uno entra por atrás, por el cuartito del tipo que proyecta la película... Entrás, bloqueás la salida, los tirás a todos al piso y te llevás la guita de todos los otarios que están mirando la película y después te rajás otra vez por la ventana del proyector. Es perfecto, está todo oscuro, la película sigue y tapa los ruidos...

—¿Cómo que lo viste en la televisión?

—Un programa sobre fallas de seguridad en lugares públicos... Sabés la guita que podés hacer afanando un cine lleno...

Tenían que esperar que llegara Malito con un coche nuevo y los pelpa y rajar con él a la madrugada para el norte, meterse en el campo, esconderse en una chacra, en Durazno, en Canelones.

—Entonces para vos hay que dejar todo en manos de la suerte... Si viene, viene y si no viene ¿qué? Me parece mal negocio.

—Es mal negocio pero no hay otra, tenemos que seguir juntos y esperar.

—Si aguantamos una semana acá hasta que todo se calme, es mejor. A mí me gusta este lugar.

—¿Pero Malito va a venir esta noche?...

—Oíme vos si te querés largar solo, probá, es una chance.

—No seas yeta, querés...

—¿Pero dónde lo conociste vos, al ñato ese que te quería llevar a México?

—Lo conocí en Bolívar, tenía una Harley Davidson de 500 con sidecar y andaba a los piques por el campo, cazando liebres con la 45, por la tierra arada, con el casco y las antiparras, los paisanos se apoyaban en la pala y lo miraban y se miraban entre ellos, el loco saltaba con la moto como un resorte

tratando de entrar en la huella, pero la moto vos vieras, parecía un avión, la moto, siempre en el aire, porque era loco pero loco, loco, ¿eh?, con decirte que tenía a la hija encerrada en una pieza de arriba en el rancho porque se parecía a su madre, la nena, y el ñato la hacía vestir como la finada y caminar adelante de él y no se que otras cosas le haría, y cuando se fue a México le escribía cartas a la hija, que era un churro bárbaro, no sabés, la nena, unas tetitas, incluso después que a él lo mataron, la nena siguió recibiendo cartas de amor del padre, no se quién se las escribía, la chica estaba como alucinada...

Mereles salió de la cocina con las barajas y un frasco de garbanzos. Habían amontonado las armas y la guita en la piecita de al lado y ahora se disponían a pasar la noche tranquilos, hasta que viniera Malito a buscarlos.

—Encontré unos mazos de naipes, juguemos un póquer de tres.

—Abierto... cada poroto vale diez mangos, repartí las cajas... A ver quién da...

Entonces sintieron un zumbido, incluso lo oyeron antes de que sonara, un instante antes de que se oyera primero el zumbido metálico y después la voz que los llamaba.

Hacía un rato que estaban jugando a los naipes, en una mesita de caña cubierta con un hule de cocina blanco, bajo la luz de una araña con caireles, en el medio de la pieza que daba a la calle, cuando se oyó el zumbido metálico, parecido al chillido de una rata, al chiflido del demonio, el zumbido metálico de un micrófono al ser conectado y después la voz que los conminaba a rendirse.

Era la policía.

La voz llegaba distorsionada, en falsete, una típica voz de guanaco, retorcida y prepotente, vacía de cualquier sentimiento que no fuera el verdugueo. Tipos que gritan seguros de que el otro va a obedecer o se va a hundir. Ésa es la voz de la autoridad, la que se escucha por el altavoz en los calabozos, en los pasillos de los hospitales, en los celulares que llevan a los presos en medio de la noche por la ciudad vacía a los sótanos de las comisarías para darles goma y máquina.

Entonces Mereles miró al Nene.

—La yuta.

El corazón late a mil, la cabeza parece iluminada por una luz blanca y los pensamientos se prenden del cerebro como garrapatas. Es un instante y después ya no se puede pensar. Lo que más se teme, lo peor en la vida, sucede siempre de golpe, sin que nadie esté preparado, por eso es lo peor, porque uno se lo espera pero no tiene tiempo de acomodarse y queda paralizado y sin embargo obligado a actuar y a tomar decisiones. En el fondo, lo que se teme más secretamente siempre ocurre, y ellos habían tenido la sensación íntima de que tenían a los canas encima, respirándoles en la nuca y que el hoyo donde se habían metido era demasiado tranquilo, demasiado perfecto y que tendrían que haber seguido en la calle, dando vueltas con el auto hasta inventar un modo de escapar de la ciudad y de los controles de la cana, lo pensaron pero estaban demasiado acorralados y nadie dijo nada y ya era tarde, los tenían ahí.

—Sabemos quiénes son ustedes. Están totalmente rodeados.

—Los que están en el apartamento 9 salgan con las manos en alto.

El Nene apagó las luces y el Gaucho saltó a la piecita y salió de ahí con las armas y empezó a repartir la Thompson, la Halcón de 9 milímetros, la escopeta de caño recortado, haciéndolas resbalar por el piso hacia las ventanas donde el Nene y el Cuervo se habían amurallado.

Una luz helada venía desde la calle e iluminaba con una niebla fantasmal el departamento. Los focos blancos de los reflectores entraban por las persianas y llenaban el aire de estrías y rayas luminosas que flotaban en el polvo, como una nube. Los tres estaban tatuados por los rayos de luz y se asomaban por la ventana tratando de entender como venía la mano.

—Fue esa puta...

—¿Y Malito?...

—¿Cuántos son? ¿Por qué no suben?

Se movían en la penumbra y trataban de ubicar a los policías. La primera sensación era de que estaban obligados a moverse a ciegas, en medio de un peligro extremo, como alguien que al caminar en el campo, de noche, siente que va a chocar y tantea el aire con las manos, como adivinando que un alambre electrificado está ahí, en medio de la oscuridad. La única luz adentro

era el brillo de la televisión prendida sin sonido. Dorda en un rincón abrió la bolsita con la merca. En una mano tenía la metra y con la otra picaba la droga sobre el vidrio del reloj. Eran las 10 y 40 de la noche.

—Están rodeados. Les habla el jefe de policía. Entréguense.

En la oscuridad el Nene está agazapado y se asoma con cuidado por la ventana. En la calle se ven sombras, se ven dos patrulleros, se ven los reflectores que iluminan el frente del edificio.

—¿Qué hay? —dice Dorda.

—Estamos jodidos.

Dorda deja la ametralladora en el piso, se sienta con la espalda apoyada en la pared, abre una cajita rectangular, de metal, plateada y luego de un rápida y complicada maniobra, se da un pico de cocaína en la vena del brazo derecho. Lo hace porque está oyendo lejos, voces, ahora, voces suaves, de mujer, y no las quiere oír, quiere que la blanca lo cure, la blancura que sube por las venas le borre las voces que suenan, en las placas del cráneo, entre los huesos, los canales tienen venitas por donde vienen ahora las voces finas de las mujeres. Eso oye Dorda, todo el tiempo, le cuenta al Nene, porque trata de hablar, en voz baja, mientras los canas deliberan y ellos deliberan también, a ras del suelo, como ratas, metidos en las grietas, en las hendiduras, chillidos, los dientitos afilados, por donde salen esas voces que él oye, Nene. Deliraba con las ratas, con los insectos que se meten por la nariz de los muertos.

—Vi fotos.

—Viste fotos —en un susurro, el Nene—. Tranquilo, Gaucho, los vamos a hacer cagar, no escuchés lo que te dicen, vigila ahí.

—Malito sabemos que estás en el apartamento número 9. Rendíte y salí, estamos con un juez.

Insulta, en voz baja, agazapado, el Cuervo.

—Este loco de mierda.

—Creen que está acá.

—Mejor —se ríe Dorda ahora—. Así ellos creen que nosotros somos más.

—Sentado en el piso, asoma el arma por la ventana. —¿Tiro? ¿Un tirito?

—Tranquilo, Gaucho —le dice el Nene.



Dorda pica ahora la droga otra vez en el vidrio del reloj con el cortaplumas español de dos filos y levanta la coca en la hoja fina, acanalada, y se la lleva, con el pulso firme hasta la nariz que aletea y aspira, sin picarse esta vez, más directa, llega, por las ramificaciones del cráneo, la blancura, el aire puro. Y ese es todo el ruido que se oye en medio de la noche. La respiración ávida del Gaucho Rubio al aspirar la cocaína.

La policía ofrece garantía a la vida de los delincuentes en presencia del propio Juez de Instrucción de Segundo Tumo Dr. José Pedro Púrpura pero éstos no contestan. El departamento sigue a oscuras, en silencio, la policía alumbra con el buscahuellas de un patrullero, las paredes, las ventanas, como si hiciera señales de luz hacia un barco, pero nadie responde.

El coronel Ventura Rodríguez, jefe de policía del Uruguay cuando la casa estuvo «completamente cercada» (según las fuentes) se aproximó a la puerta y utilizando el «portero eléctrico» —o intercomunicador— dijo a los ocupantes del departamento 9 que estaban rodeados y que les convenía rendirse, dándoles seguridades de que serían respetadas sus vidas. Mereles estaba ahora en la cocina, con el teléfono en la mano y el Nene se le paró al costado. Habían abierto la puerta de la heladera y la claridad fría de esa luz espectral les permitía mirarse mientras los dos pegaban la cara al auricular para oír.

—¿Por qué no suben a buscarnos? —gritó el Nene.

—Mi amigo, acá le habla el jefe de policía, que es quien les garantiza el respeto de sus vidas.

—Porque no sube a jugar al póquer con nosotros, jefe.

—Aquí está el juez que les asegura la defensa y les asegura que no serán conducidos a Buenos Aires.

—Pero si eso es lo que queremos, querido, ir a pelear a Buenos Aires, no está ahí el puto del comisario Silva...

—Más no puedo hacer por ustedes. Les garantizo la vida y un juicio justo...

Nuevos y peores insultos fueron la respuesta. En determinado momento llegaron a contestar que mientras los policías estaban pasando hambre, ellos estaban comiendo pollo y tomando whisky, y que además tenían tres millones

de pesos que podían dividir.

—¿Ustedes cuánto ganan? Se van a hacer matar por monedas...

Los dichos de los delincuentes demostraron que estaban evidentemente bajo los efectos de la droga y el alcohol. Un montón de insultos y de palabras soeces señaló al jefe de policía que era imposible «parlamentar» con los atrapados y que el caso iba a adquirir caracteres de violencia. Otra demostración de ello eran las apariciones de sus voces en el portero eléctrico de la finca preguntando si había policías argentinos entre quienes rodeaban la casa y desafiando a que vinieran ellos a detenerlos.

—Traigan policías argentinos...

—Queremos policías argentinos...

Se sabe que esta clase de delincuentes (señaló el médico policial que controla el puesto sanitario instalado en el lugar), especialmente los tres que hoy nos ocupan, es adicta a las drogas, a fin de mantenerse en condiciones para soportar situaciones como las vividas en ésta oportunidad. Corrobora eso el hecho de que en un allanamiento efectuado se encontraron 144 frascos de una droga (Dexamil Spanzule) y varios «ravioles» de cocaína que en el apuro por marcharse los delincuentes abandonaron. Pero la continuidad en el consumo puede a la larga provocar alucinaciones, cosa que no se sabe si ha ocurrido ya en alguno de ellos.

Otra prueba de que se encuentran en condiciones psíquicas anormales por el consumo de drogas es que hallándose en situación tan difícil, hoy (por ayer) a la noche, cuando el jefe de policía les intimó rendirse, respondieron:

—No, si nosotros estamos muy bien aquí, estamos comiendo pollo y tomando whisky, mientras que ustedes están ahí abajo, pasando hambre.

—¡Suban que los invitamos...!

El Cuervo hizo un gesto al Nene y se alejaron, agazapados, hacia un costado. Se miraron, de cerca, apoyados contra la pared.

—¿Salimos?

—No. Que vengan a sacarnos, si se animan. Ya va a llegar Malito a buscarnos... Algo se le va a ocurrir, los debe haber encontrado recién, al llegar, porque seguro la manzana está rodeada y no pudo pasar. Hay que aguantar... y rajarse en cuanto aflojen un poco... Vamos a tratar de llegar a la

azotea.

—¿Dónde están ubicados los canas? —preguntó el Nene—. ¿Los alcanzás a ver?

—Están en todos lados —se divertía Dorda—. Hay como mil... tienen camiones, ambulancias, patrulleros... Que suban, a ver si pueden... Va a ser como cazar pajaritos.

—Camiones y para qué quieren los camiones...

—Para llevarse los fiambres... —dijo el Cuervo y en ese momento empezaron los tiros.

Primero fue la sacudida seca de una 9 milímetros y enseguida el sonido de una ametralladora.

Dorda, agazapado contra la ventana, miraba hacia la calle y sonreía.

Fue por la ventana de la pieza abandonada, que se abre sobre el pozo de aire y luz y da justamente enfrente de otra ventana similar del departamento vecino por donde los policías abrieron fuego sobre los sitiados. El tiroteo fue repelido por los argentinos y se prolongó con intermitencias ante el asombro de toda la población montevideana que comenzó a seguir los acontecimientos por radio y por televisión.

En un determinado momento se oyó gritar a uno de los criminales.

—Uno a la puerta y los otros a las banderolas.

Ésa fue la estrategia que emplearon durante toda la noche.

La ubicación del apartamento resultó una trampa mortal. No tenían salida. Pero para su defensa era una guarida casi perfecta. Sólo se tiene acceso a la puerta por el corredor y esa puerta está protegida por el recodo ascendente. Avanzar por allí era suicida. La policía tiroteó continuamente el corredor (hay cientos de agujeros en las paredes y el revoque ha desaparecido dejando desnudos los ladrillos). Los pistoleros tiraban contra esa pared asomando una metralleta por alguna de las brechas abiertas por el plomo perforante de las balas trazadoras, en la esperanza de que los proyectiles al rebotar contra la pared saliesen hacia la calle.

—Una vez, en Avellaneda la taquería nos encerró en un galpón, a mí y al hermano más chico del Letrina Ortiz, y encontramos un sótano que daba a las cloacas... Un boquete de este tamaño —contaba Mereles— y rajamos por

ahí.

Se daban ánimo, trataban de moverse sin dejarse ver desde los distintos puntos que controlaba la policía. Habían puesto el televisor en el piso para que no lo reventaran las balas y a ratos, cuando había una pausa, miraban lo que pasaba en la calle. También escuchaban el relato de los hechos transmitidos por Radio Carve, la voz alterada de los locutores que se turnaban para contar los tremendos momentos vividos en la ciudad de Montevideo a partir de que los porteños ocuparán el Liberaij. La gente se había reunido en la zona y hacía declaraciones idiotas en los micrófonos y frente a las cámaras como si todos supieran lo que estaba pasando y fueran testigos presenciales y directos. Por la pantalla de la tele el Nene y el Gaucho se dieron cuenta de que afuera había empezado a garuar, ellos estaba metidos en una especie de cápsula perdida en el espacio, un submarino (dijo Dorda) que se quedó sin nafta y reposa sobre las piedras en el fondo del mar. Los tiros eran como bombas de profundidad que los sacudían sin lograr liquidarlos.

La policía se limitó a tirotear la puerta, impidiendo cualquier amago de salida. También realizó un fuego sesgado, repetido, terrible, sobre el tragaluz de la cocina que da sobre el pozo de aire. Un verdadero círculo de hierro cruzaba por ese tragaluz apenas se vislumbraba en las sombras que alguno de los delincuentes intentaba entrar en la cocina.

—Por acá no van a poder entrar. Hay más de seis metros limpios desde la escalera.

—Mientras aguantemos no van a venir de frente.

—Fue la puta —dijo Dorda.

—No creo.

—Es la malaria que viene con nosotros.

—Vos aguantá la ventana.

—¿Cuánta merca hay?

—Malito rendíte, estás rodeado.

—Los huevones creen que aquí está el Rayado...

En ese momento por la ventana viene una gran ráfaga que rompe los vidrios. Por ahí entran dos bombas de gas lacrimógeno.

—Juntá agua... en el baño.

Con los pañuelos húmedos se tapan la cara y con toallas mojadas levantan las dos granadas de gas que arden y las tiran por la ventana hacia la escalera y el hall del edificio. Los policías y los periodistas (y los curiosos) retroceden al recibir así una inesperada lluvia de gases. La policía decide esperar antes de volver a atacarlos con gas y cambiar la táctica. Van a tratar de ganar la azotea de la casa vecina para controlar la ventana del baño.

La policía vuelve a conectar un reflector que empieza a pasear una luz blanca por el cuarto. Mereles tira desde la puerta mientras Dorda cubre la ventana. El Nene abre la puerta y se asoma hacia el pasillo.

—¿Ves algo?

Avanza hasta la ventana que da a la terraza.

—Van a tratar de coparnos desde la azotea.

—Empieza a retroceder y vuelve. —Desde ahí controlan los techos.

—Están tratando de venir por arriba.

—Imposible, los cagamos a tiros —se ríe Dorda.

Están tranquilos, los tres, sentados con la espalda contra la pared, cubriendo cada ángulo del departamento; están a la vez volados y tranquilos, tienen anfetaminas, tienen toda la droga, los policías siempre son más temerosos que los malandras, lo hacen todo por un sueldo (dice Dorda), por un sueldito, por la jubilación, tienen la mujer en la casa que se queja porque el lonyi ganó poco, pasa toda la noche afuera, bajo la lluvia, a quién se le puede ocurrir ser cana, a un enfermo, a un tipo que no sabe que hacer con su vida, a un «pusilánime» (había aprendido esa palabra en la cárcel y le gustaba porque lo hacía pensar en un tipo sin alma). Se hacen canas para tener la vida asegurada y así pierden la vida, por eso, para sacarlos de ahí, iban a venir con calma, porque no había nada que los hiciera jugarse la vida, salvo que alguno de los policías (el comisario Silva, por ejemplo) supiera que tenían la mosca ahí y se imaginara que podía entrar primero que los otros, meterse el tico en el bolsillo y decir que no había nada. «No encontré nada».

Pero era difícil, ya había saltado la perdiz, el Nene se encargó de avisarles que tenían todavía medio palo verde y que se lo ofrecían de regalo al que los ayudara a rajar. Se lo había dicho al jefe de policía por el portero eléctrico y la noticia había rebotado en la tele, como una prueba (según los periodistas)

de que los delincuentes estaban dispuestos a jugar con la vida de todos los implicados en esta complicada operación de rescate. «¿De rescate de quién?» había pensado el Nene, según Dorda. «No ves que dicen cualquier batata».

—No van a poder sacarnos, van a tener que negociar.

—Para sacarnos van a tener que subir por la escalera y cruzar el pasillito. Es como cazar cachirlas.

El Nene fue a la cocina y apretó el timbre del portero eléctrico y levantó el auricular y empezó a gritar hasta que oyó que alguien lo escuchaba abajo.

—Si está el Chanco puto de Silva que suba él a negociar, que no se arrugue. Tenemos una propuesta para hacer, si no, va a morir mucha gente esta noche... Que tienen que meterse ustedes, yorugas, en esta historia, somos políticos peronistas, exiliados, que luchamos por la vuelta del General. Sabemos muchas cosas nosotros, Silva, mirá que empiezo a contar, ¿eh? —Hubo una pausa, se oía el crepitar de los cables y el zumbido suave de la lluvia, abajo, pero el policía que los escuchaba no les respondió.

Silva se acercó entonces y se apoyó contra el tablero del intercomunicador. Él no iba a hablar con esos mierdas, los iba a hacer salir de la cueva y entonces ellos iban a tener que hablar.

—Nos traen un taxi, nos dejan ir al Chuy, en la frontera y nosotros les entregamos la guita y no hablamos con nadie. ¿Qué le parece jefe? —dijo el Nene.

Hubo un silencio, se oyó al Gaucho que silbaba como llamando a un perro y por fin un oficial de la policía uruguaya se acercó al portero eléctrico y miró a Silva que le hizo un gesto de consentimiento.

—La policía uruguaya no negocia con criminales, señor. Ríndanse y van a salvar su vida, de lo contrario tomaremos medidas todavía más drásticas.

—Andá a cagar.

—Sus derechos están garantizados por el juez.

—Cómo mienten ustedes, mamertos, en cuanto nos agarren nos meten en la parrilla hasta damos vuelta las tripas.

Los periodistas radiales registraron ese diálogo con sus micrófonos pegados a la pared del intercomunicador.

Multitud de curiosos habían comenzado a rodear el área cuando se

escucharon los primeros disparos y las cámaras de TV del Canal Montecarlo de Montevideo habían comenzado una transmisión, en vivo que cubrió directamente los hechos. Las cámaras de TV colocadas en las azoteas permitieron seguir todos los incidentes. Incluso (como han señalado las crónicas) los pistoleros veían en la TV de su cuarto los acontecimientos que estaban viviendo. Y en las casas vecinas era común ver a las personas que, cubiertas con colchones para resguardarse de las balas perdidas, y acostadas bajo los muebles, observaban los enfrentamientos que sucedían en su propio barrio. Por su parte las radios trasmitían la encerrona desde departamentos previamente alquilados por las emisoras y los periodistas se movían por las inmediaciones del edificio con sus micrófonos abiertos. Durante horas la población de Montevideo siguió los terribles acontecimientos que están conmoviendo al país.

A las 23.50 tres hombres se ofrecen como voluntarios para entrar y derribar la puerta del apartamento. Luego de una breve deliberación, el comando policial acepta el ofrecimiento y ordena actuar. Cautelosos, el inspector Walter López Pachiarotti y los comisarios Washington Santana Cabris De León, a cargo de la Dirección de Investigaciones, y Domingo Ganduglia, a cargo de la Seccional 20.<sup>a</sup>, cruzan agachados la puerta del edificio y avanzan por el pasillo. Los tres hombres entran en el zaguán de la casa de apartamentos, al fondo está la escalera que, doblando a la derecha, desemboca en la puerta del departamento 9. El oficial Galíndez se ofrece como cuarto hombre de recambio y control de retaguardia. Los cuatro se filtran entonces por la escalera, formando un rombo en una operación clásica de asalto frontal.

Van Ganduglia al frente con una Uzi gatillada, llevando a Santana Cabris a su izquierda y a López Pachiarotti a su derecha, en un abanico de protección que cierra Galíndez colocado al fondo, entre los dos. Se han apagado las luces y la escalera es un túnel sombrío que sube hacia la claridad del departamento sitiado. Un silencio sepulcral ha inundado el lugar, los hombres avanzan inclinados y tensos. De pronto el cuarto hombre que los sigue tropieza en un escalón y al caer se apoya en Ganduglia haciendo que este caiga a su vez. Eso le salvó la vida, ya que por una ventana que da a la

derecha de los que entraban, Dorda asomó su arma y disparó una ráfaga de metralleta, de abajo a arriba, alcanzando a Cabris en el tórax y en la cabeza e hiriendo al resto.

—Me la dieron los guachos... Madre querida —se oyó decir al infortunado mientras Dorda se reía, desde la ventanita.

—Guanaco —gritaba—. Verdugo, te calcé... Suban vengan, yorugas, cagones...

Boca arriba, con tres enormes heridas en el cuerpo y los ojos abiertos, agonizaba, respirando con un quejido ronco, en medio de una espantosa hemorragia, el oficial de treinta y dos años, con dos hijitos que van a quedar huérfanos de padre. A su lado, el otro herido, se arrastraba hacia afuera mientras un tercero se miraba la sangre que le chorreaba en el pecho y no podía creer que su mala suerte le hubiera hecho cumplir los presagios más terribles. Tenía una herida en el vientre y no quería mirarla, el oficial Ganduglia, que no sentía dolor ninguno, sólo frío, como si su mano en el vientre fuera de hielo.

Bajo los focos de los camiones y de las lanternas, en la zona iluminada con la luz de los reflectores para que los pistoleros no pudieran escabullirse por las ventanas, yacían en la vereda los restos de esos dos muchachos muertos y del tercero herido en el vientre. Más que dos jóvenes que se hubieran marchado de esta vida parecía que (según el cronista de *El Mundo*), lanzados por una mezcladora de cemento, no hubiera más que trozos de huesos, pedazos de intestinos y de tejidos colgantes a los que era imposible suponer que habían estado dotados de vida. Porque los que mueren heridos por las balas no mueren limpiamente como en las películas de guerra donde los heridos dan un giro elegante y caen, enteros, como un muñeco de cera; no, los que mueren en un tiroteo, son desgarrados por los tiros y trozos de sus cuerpos quedan desparramados en el piso, como restos de un animal salido del matadero.

Las cámaras hacían sus paneos sobre los heridos porque por primera vez en la historia era posible transmitir en vivo, sin censura, los visajes de los muertos en la batalla de la ley contra el crimen. Tarda un hombre en morir y la muerte es más sucia de lo que uno no puede imaginar: pedazos de carne y



huesos quebrados y la sangre que mancha la vereda y los quejidos horribles de los moribundos.

Pero el que había muerto aquí (agregó Renzi, en su libreta de notas) había muerto enseguida sin que su cuerpo tuviera la posibilidad de registrar el más mínimo asombro o comprensión, salvo el miedo anterior, el miedo previo cuando subía por la escalera hacia el departamento donde estaban amurallados los pistoleros.

—Son como perros rabiosos. Recuerdo —dijo un policía— cuando era chico encerraron en el dormitorio de mis padres a un manto negro, Lobo, un perro rabioso que saltaba por las paredes enfurecido y hubo que matarlo por la banderola, con una escopeta, desde arriba, mientras saltaba, enloquecido, el perro.

—Los heridos deben ser trasportados ya —dijo el comisario Silva que se hallaba observando la escena desde un costado—. Un herido en carne viva es lo peor, porque llora y se queja debilitando el espíritu de la tropa. No sea maricón, carajo —gritó.

Pero el chiquito que tenía la pierna reventada seguía gritando y llamando a la madre. Y el comisario se sorprendió, en cambio, por el tono mesurado del joven oficial con un tiro en el vientre que se quejaba débilmente, con un ronquido de dolor y deliraba:

—Entramos en el pasillo y ellos saltaron y tiraron. Están desnudos, drogados, aparecieron ahí, como fantasmas, son cinco o seis. Va a ser muy difícil sacarlos de la guarida.

El chico herido en la pierna estaba por su parte estupefacto, cómo podía ser que fuera él quien estaba tirado en el pasillo, herido: esa noche se había quedado de guardia para sustituir a un amigo que se movía a la mujer de un futbolista de Peñarol que andaba de gira con el equipo. Era la única noche que su amigo podía estar con esa yegua y él como un pelotudo había aceptado sustituirlo y quedarse de guardia y ahora estaba tirado en el piso con un tiro que le había destrozado la pierna. Todo era como un mal pensamiento, porque en los últimos dos años las cosas se le habían encarrilado, se había casado con la mujer a la que pretendía desde siempre y la había convencido de que se casara con él aunque fuera un policía, le habló y le habló hasta

convencerla, porque a ella le daban asco los policías, pero al final cedió, vio que él era como cualquier otro muchacho y después de casados, se habían comprado una casita en Pocitos, con un crédito de la cooperadora policial, pero ahora todo corría peligro porque la herida se le iba a gangrenar y se vio con la pierna cortada, arrastrándose en muletas, los bajos del pantalón de la pierna derecha doblados a la altura de la rodilla y sujetos con un alfiler de gancho y entonces un sudor frío lo hizo tiritar y cenó los ojos.

Adentro, Mereles está sentado en el piso, con la espalda pegada a la pared, con un pañuelo mojado atado en la nariz y la boca para disipar el efecto de los gases que han quedado flotando, débiles ya, en el aire cerrado y el Nene está del otro lado, contra la pared del baño, también sentado en el piso y ha dejado la metra en un costado porque las armas se recalientan con el uso sostenido y a veces se le quema la palma de las manos. Eso y la sensación de tener un puño en el estómago es lo único que siente ahora, dice, el Nene. Eso y la sorpresa al pensar en la morochita del Río Negro, la dulce mosquita muerta. ¿Habrá sido ella?

—Vos creés que me habrán seguido...

—Ahora no te calentés. Igual no teníamos dónde ir... País de mierda, más chico que una baldosa, dónde te podés esconder en este lugar. Yo le dije a Malito, hay que quedarse en Buenos Aires, tenemos mil rebusques ahí. Pero aquí... Estamos cocinados.

—A lo mejor Malito ya cruzó el charco... Tiene una suerte, una sangre fría, una vez se metió en la comisaría donde todos los canas lo estaban buscando para hacer una denuncia porque un vecino ponía fuerte la radio.

—Se reía Mereles. —Mirá que es loco, es genial. A lo mejor, quién te dice, se filtra y llega y nos saca.

—O muere con nosotros.

—Y porque no...

—Si entra, es porque puede salir...

—En un jetra de pinotea —dice Dorda y toma un trago de whisky de la botella.

Se ríen. No piensan nada que vaya más allá de lo que viene diez segundos después. Eso es lo primero que se aprende. No hay que pensar en lo que está

pasando, para poder seguir y no quedar paralizado de terror, hay que avanzar paso por paso, ver como siguen los acontecimientos inmediatos, una cosa por vez. Ahora llegar hasta la cocina y buscar agua. Que no le den al cruzar el pasillo. Ahora arrastrarse hasta aquella ventana. Se mueven en el departamento como si hubiera paredes invisibles. La policía ha puesto tiradores especiales que cubren los espacios y ellos han tenido que aprender a defenderse, enseguida se han dado cuenta de que hay muchos sitios del departamento cubiertos por las balas, hacen un dibujo, el Cuervo y el Nene Brignone, en el piso, con un lápiz, y trazan las líneas de tiro y ven que no pueden cruzar por aquí y que tienen que andar de costado, como si fueran sonámbulos, que se mueven, de perfil, apoyados en el aire, por corredores invisibles para no ofrecer blanco.

—¿Ves? —dice Mereles—. Acá hay una salida, esta es la escalera.

—Vos cubríme.

Dorda se para en la puerta y empieza a tirar hacia abajo, mientras el Nene y el Cuervo se escurren hacia el pasillo y buscan la salida por la escalera que da a la azotea.

—Está lleno de canas arriba.

## Siete

La larga odisea que ya dura cuatro horas en el momento de escribir esta crónica comenzó aproximadamente a las 22 horas de ayer y hacia la medianoche el enorme despliegue policial, donde se utilizaron unos trescientos hombres, estaba completo. Se ocuparon las azoteas y las casas vecinas. Pasada la medianoche los pistoleros salen del departamento al pasillo desde donde disparan a la calle hacia las terrazas cercanas buscando un escape. Violento tiroteo al que sigue un período de relativa calma. Los disparos de pistola y de revólver decrecieron en intensidad.

Hace un rato se ha logrado desalojar varios de los departamentos del edificio, alertando a los que no pudieron salir por medio del teléfono a que permanecieran tendidos en el piso de sus cuartos interiores. La policía teme que los pistoleros intenten ocupar algunos de los departamentos aledaños y conseguir rehenes.

Fue posible ver en medio de la penumbra salir a algunos vecinos, aterrados, en ropa de noche, con sus pertenencias. Algunos de los inquilinos entrevistados por el periodismo elaboraron las más extravagantes teorías.

—Primero pensé que era un incendio —dijo el señor Magariños, con un sobretodo negro sobre su pijama azul—. Después pensé que se había caído un avión encima del edificio.

—... La loca del cuarto —dijo el señor Acuña— que volvió a intentar suicidarse...

—Un negro tiene tomado un departamento del primer piso y en el departamento tiene dos rehenes.

—Los hijos del portero están muertos, pobres chicos, los vi tirados en el

pasillo.

Durante las largas horas que este cronista permaneció en el lugar cubriendo la información, se repitieron las versiones y las historias. Se dice que Malito habría logrado escapar del departamento sitiado y va a volver con refuerzos, se dice que uno de los malhechores está herido. El tiempo pasa y los tiroteos se suceden en medio de la noche y de la luz blanca de los reflectores que iluminan el frente y las ventanas entornadas del departamento ocupado por los argentinos.

Cercados, rodeados, con decenas de revólveres y metralletas apuntando a todas las aberturas y posibles salidas, entre el zumbido de los disparos mientras pasan las horas, los tres (o los cuatro) pistoleros se resisten a entregarse y prefieren una defensa desesperada. Se les hace fuego desde varios frentes. Desde las azoteas se dispara sobre una de las ventanas del departamento, desde la planta baja hacia la otra y desde un apartamento lindero a la puerta de entrada del número 9.

La lucha va a ser a muerte. El departamento ha sido completamente cercado y los pistoleros van a ser sitiados por hambre si es necesario, aunque la policía no cortó el agua (ni la luz) para no perjudicar a los otros vecinos. El tiroteo se prolonga con intermitencias y los curiosos se cobijan de la persistente lluvia en el umbral de las casas y ahí son entrevistados por los cronistas de la TV.

—Son suicidas, se ve que no quieren caer presos.

—Yo los entiendo. El que ha estado preso no quiere volver a vivir encerrado.

—Tienen toda la plata ahí adentro y van a negociar.

Las hipótesis y los interrogantes se suceden. Mientras, el asedio continúa. La manzana está rodeada, nadie puede entrar ni salir de la zona, las vallas policiales aíslan el barrio como si fuera un isla. Todos tienen en la cabeza imágenes recientes de la guerra de Vietnam. Pero esta vez la lucha es en una casa de la ciudad y el pelotón sitiado actúa como un grupo de ex combatientes que se ha pertrechado con armas de guerra y se dispone a defender hasta el final su libertad.

Desde las 22 horas del viernes hasta las 2 de la mañana del sábado la

policía calcula que los delincuentes han disparado más de quinientos tiros, en un alarde de poseer un verdadero arsenal. La subametralladora PAM, de tiro ultra rápido, cada pocos minutos deja oír su tableteo, que es seguido o precedido por otros disparos, por el estampido de calibre 45 y posiblemente de pistolas Luger, armas de guerra de una gran eficacia.

Incluso en un momento se escuchó que uno de los pistoleros gritaba que iba a dar una demostración de lo mucho que tenían. Fue entonces cuando se oyó una ráfaga de pistola ametralladora, de doce disparos, cuyas detonaciones demostraban a las claras que se trataba de balas de grueso calibre.

Las ráfagas de los maleantes eran de tiro muy rápido, por lo que el jefe de la policía de la Zona Norte de la provincia de Buenos Aires, comisario Silva dijo que reconocía el uso de ametralladoras Halcón, que sin duda han sido robadas al Ejército Argentino. Debe recordarse que (según se presume) uno de los integrantes de la banda ha sido suboficial del Ejército, y así resulta explicable la tenencia de tan poderosos elementos que han mantenido a raya a nuestra policía.

Sorprende que estos temibles bandoleros tengan en su poder semejante arsenal y la policía se pregunta cómo pudieron entrarla al país y cómo se desplazaron de un lugar a otro de la ciudad con tales armas y tantos miles de proyectiles encima.

Otra cosa que llama la atención sobre la decisión de los pistoleros es que desde una ventana que da desde el apartamento 8 a un pozo de aire y luz, por medio de pistolas lanzagases se inundó el apartamento 9 sin que los delincuentes salieran como se esperaba. Se supone, entonces, que tienen también caretas antigases, que les permitieron resistir este recurso que casi nunca falla. O de lo contrario hay que imaginar un temple único en los argentinos que en medio del infierno del gas se mantuvieron firmes y resistieron las órdenes de rendirse y de salvar su vida.

No esperan nada, sólo quieren resistir.

—Porque no suben a buscarnos.

El coraje, pensó el cronista de *El Mundo*, refugiado en la ochava que daba a la entrada del edificio sitiado, mientras atornillaba la lámpara del flash para

sacar unas fotos nocturnas de] escenario de la batalla, es directamente proporcional a la voluntad de morir. La policía siempre actúa con la certeza de que los pistoleros son como ellos, es decir, que los pistoleros tienen el mismo equilibrio inestable de decisión y de cautela que tiene un hombre común al que le dan un uniforme que representa la autoridad y le dan un arma mortal y el poder de usarla. Pero la diferencia es abismal, es la misma diferencia que existe entre luchar para vencer y luchar para no ser derrotado.

Se apartó hacia la esquina luego de tomar varias fotos y apoyado contra un banco, alumbrado por la luz del farol de la calle, tomó rápidos apuntes en su libreta de notas.

Resultaba incomprensible cómo habían logrado los pistoleros, guarecidos dentro del departamento, soportar esa gran cantidad de gases lacrimógenos que les fueron arrojados, cuando quienes estaban en la esquina norte de donde se realizaba el intento de allanamiento no podían aguantar la nube que la brisa arrastraba hacia la calle. Algunos expertos piensan que los pistoleros argentinos tienen (o se han fabricado) máscaras antigases, e incluso alguno afirma haber visto a Dorda, que, enmascarado con los tubos de oxígeno y las antiparras que le cubrían parcialmente la cara, se asomó como un insecto monstruoso por la ventana durante un instante interminable y disparó una ráfaga antes de gritar con una voz que parecía llegar desde las profundidades del mar.

—Por qué no suben a buscarnos, infelices, que están esperando.

Incluso el joven cronista de *El Mundo* logró, casi por azar, ver como en una instantánea, al pistolero con la cara tapada por una complicada máscara de gas.

En realidad la falta de oxígeno los marea, como si tuvieran la borrachera de la altura, como si la escasez de aire puro impidiera la irrigación del cerebro y agudizara las acciones desesperadas. Recién el Gaucho Rubio ha salido, medio desnudo por la ventana, tratando de apagar a tiros todos los focos de luz de la calle y la lámpara de los reflectores y de los busca huellas de los autos policiales y ha asomado el cuerpo hacia la calle, como si no le importara otra cosa que respirar un poco de aire libre.

El gas en realidad tiende a subir hacia el techo y en la parte baja de la

pieza, a ras del piso, pueden arrastrarse y respirar sin mayores problemas. Para calentar el aire y hacer ascender los gases lacrimógenos el Nene había puesto sobre la mesa de vidrio los colchones de la cama y les había prendido fuego. Las llamas le daban un aspecto infernal al lugar y el humo subía y ennegrecía el cielorraso y las paredes. Tirados boca arriba en el piso, ellos podían respirar tranquilos, con el aire viciado arriba, como una nube, a un metro, sobre sus cabezas. Así pudieron soportar toda la noche, sin mayor problema, los ataques con gas, que se fueron haciendo más esporádicos, a medida que los policías comprendieron que esa táctica no daba resultado.

Todo el mundo pareció entender que los gases, en vez de mellar la resistencia de los maleantes asediados, los enardecían. Sus insultos se oían claros entre el fragor de las balas y el tableteo incesante de las ametralladoras. La resistencia de los pistoleros era también atribuida por gente especializada de la policía a la existencia de favorables corrientes de aire en el apartamento que, a través de las dos ventanas que dan a distintos patios exteriores, producen una suerte de corredor aireado que renueva el aire y lo envía hacia la calle y hace sentir el efecto de los gases, en realidad, a los policías y curiosos apostados en el exterior.

En algún momento se decidió emplear granadas explosivas pero se temió por los vecinos que seguían atrapados en la finca, ya que muchos departamentos que se encontraban en la línea de tiro de los maleantes no habían podido ser evacuados y los habitantes lanzaban gritos desgarradores y pedidos de auxilio desde las ventanas aledañas durante toda la noche ya que en medio del fragor del tiroteo, encerrados con sus hijos, aplastados en el suelo y sin querer moverse para que la policía intentara una maniobra de salvataje, parecían correr casi los mismos riesgos que los delincuentes.

En un sentido —declaró Silva, con el rostro desmejorado por la fatiga, la cicatriz blanca, más blanca aún en la piel helada de su cara— los pistoleros tienen a todos los vecinos del edificio como rehenes. Y eso limita nuestros movimientos. Debemos pensar con cuidado lo que tenemos que hacer para no poner en peligro vidas inocentes. Eso explica —explicó— que esta operación de limpieza esté tardando más tiempo que el tiempo necesario para detener a cuatro delincuentes.



Avanzada la noche los pistoleros intentan otra vez salir del departamento al pasillo desde donde disparan a la calle y hacia las azoteas vecinas buscando un escape. Luego del violento tiroteo sigue un período de relativa calma.

—Nunca pensé que nos íbamos a meter en este pozo y que íbamos a terminar encerrados como perros.

¿De quién era esa voz? Habían colocado un transistor y un operador de inteligencia, con los auriculares puestos seguía las alternativas de lo que sucedía dentro del departamento sitiado. Pero el sonido estaba a menudo muerto o interferido e inundado por una serie confusa de señales que venían de todo el edificio: una enloquecida y torturada multitud de gemidos e insultos con los que la imaginación de Roque Pérez (el radiotelegrafista) jugaba y se perdía. Eran gritos de las ánimas perdidas en las angustias del infierno, las almas extraviadas en el concéntrico sistema del Infierno de Dante, porque ya estaban muertos, eran ellos los que, al hablar, hacían llegar sus voces desde el otro lado de la vida, los condenados, los que no tienen esperanza, ¿en qué graznidos convierten sus voces?, se preguntaba el radiotelegrafista que, cuando podía concentrarse, distinguía crujidos agudos, disparos y gritos, y también palabras en un idioma perdido. Un perro había quedado encerrado en el dormitorio del departamento vecino y ladraba sin parar. Una selva llena de ruidos a dos centímetros de los tímpanos y a través de los cuales, como una fibra de locura, se oía el sonido único, débil, aflautado, del clarinete de una orquesta de baile, que tocaba en la radio de alguno de los departamentos, en algún lugar fuera de todo cálculo. Y junto con eso el sonido de las voces, como murmullos muertos o palabras perdidas en el fragor de la noche.

El que oye las conversaciones, Roque Pérez, el radiotelegrafista de la policía, con los auriculares puestos y los dedos manejando las perillas que bajaban los tonos, borran la suciedad que rodeaba las voces, buscando recibir las conversaciones limpias y claras, enterrado en el cuartito insonorizado, cerca de la escalera, con las palancas para limpiar el sonido, tardaba en conectar y en grabar las voces dispersas que llegan del departamento sitiado. Han plantado dos micrófonos, pero uno parece haber

sido averiado por las balas y trasmite la música de un clarinete como si se hubiera ligado a una radio hundida en la ciudad. Pérez trataba de identificar las voces, saber quién era quién, saber cuántos eran, se espera (según le ha dicho Silva) que alguno afloje, que empiece a dudar y quiera entregarse, esperan que pronto haya alguna desinteligencia entre los pistoleros y alguno de ellos pueda ser trabajado para ofrecerle privilegios judiciales y lograr que traicione al grupo y que se entregue. Hay uno al que llama el número Uno que habla sin parar, solo, en un murmullo, casi contra el micrófono, debe estar en el costado, cerca del radiador de la calefacción, con el micrófono escondido cerca de él, y Roque Pérez no sabe quién es, lo llama el Uno (es Dorda).

—Yo mismo (está diciendo el Uno) en los últimos años, cuando vivía en Cañuelas, y estaba con la condicional, pero ya me había alejado de la casa, y vivía en el corralón, empecé a juntar jilgueros en una pajarera y todas las mañanas, largaba uno. Pensaba, yo, si los pájaros se darían cuenta de que al llegar la luz iba a quedar, uno de ellos, suelto, pensaba yo si los pajaritos tienen en los ojos, que son como un alfiler, lugar para guardar los recuerdos. Pensaba yo, el jilguerito canta, llega la noche, a la mañana entra una mano y lo suelta, el otro, un suponer, el jilguero hermano, ponéle que ése, se aviva, se da cuenta, dice ahora canto todo el día, llega la noche, duermo y cuando viene el sol, una mano va y me saca al aire libre, me deja salir volando. —Hubo una larga pausa o una interferencia—. Así somos los humanos encerrados, tenemos siempre la esperanza de que con el sol llegue algo bueno.

—Y no siempre es así.

—No siempre es así... Cierto. ¿Querés? Tengo. Suerte ¿no?, que hay, que la compré de pedo, en el puerto, al salir, al bagayero que nos llevaba, tenía un kilo y medio, merca de primerísima, yo pensé mejor que sobre.

Hablaban de cualquier cosa, de los jilgueros, estaban volados, sueltos. Eso no le importaba por ahora, no quería captar el sentido (Roque Pérez), sino el sonido, la diferencia de las voces, los tonos, la respiración, para identificar a cada uno.

—Por ahí quién no te dice cuando sale el sol, viene Malito, Gaucho, y nos

saca.

Entonces Dos no es Cuervo, anota Roque Pérez, Cuervo es Tres o es Uno. Y el que habló es el Dos (es el Nene Brignone, el Dos).

—Una placa de mármol en la tumba del finado mi padre, tuve que vender los jilgueros para pagarla, estaba en la tierra, sin nada, con un alambre tejido alrededor, la llevó mi vieja, teníamos un terrenito ahí en la bajada del terraplén de la estación, donde estaba el final del cementerio, en Cañuelas, es lo más triste que hay, cuando empiezan a escasear las tumbas y ya hay ranchos de gente que se va a vivir ahí, entre los muertos.

Están delirando, piensa Roque Pérez. Mucha droga, mucha falopa, faloperos viejos. Toman cocaína, se dan con todo, así cualquiera aguanta dice Roque Pérez, se hacen los machitos, porque están volados, con whisky, con anfet. Estudió medicina, Pérez, pero entró en la policía porque le gustaba la radiotelefonía, era radioaficionado y se hizo técnico en escuchas y grabaciones y ahora vive encajonado en este cuartito, desovillando conversaciones telefónicas, diálogos inútiles para localizar pasadores de juego, policías buchones, políticos que no quieren transar cosas menores, ... pero ahora, desde la noche del viernes encontró su gran oportunidad. La transmisión secreta, en vivo, de lo que pasa en el interior del departamento número 9 sitiado por la policía montevideana. Voces, quejidos, crujidos, llamadas intermitentes de socoro, gritos aislados. El Dos ahora, por ejemplo.

—El martes va a ser el entierro, siempre te entierran tres días después de muerto, por si salís de nuevo, revivís como la momia, te acordás de la momia, que salía de la tumba lleno de vendas...

—Por ejemplo, te metés abajo de la bañadera, vienen, revisan no te encuentran...

—Mirá, ves, este aparato anda mal —patea desde el piso la tele el Nene y la imagen se arregla— pero fijáte está lleno de periodistas... Si te entregás no te pueden matar.

—Te matan igual, huevón —dice el Dos—. Te matan acá y te sacan muerto, por más periodistas que haya... son todos botones los periodistas...

«La angustiosa espera se extiende. El cansancio va haciendo cuerpo en los policías. El tiroteo ya no es tan intenso. Hay lapsos de quince o veinte

minutos, en los cuales no se oye ni un solo disparo. Luego algunos tiros de los tiradores apostados en la planta baja o en la azotea del edificio, llevan a que los pistoleros respondan con una ráfaga».

Y de pronto sorpresivamente el portero eléctrico de la casa, en una pausa, dejó escuchar la voz de uno de los delincuentes, que decía:

—Saludos al comisario Silva. ¡Silva! Estás ahí, querido, Valerio, Verdugo. Chanco, Silva subí... Por qué no suben a jugar con nosotros una partidita a la generala. El que gana sale y el que pierde caga. Hay medio palo en la banca, te lo juego a una sola tirada de dados. ¿Oís? —tienen efectivamente un cubilete de cuero en el que suenan los huesitos de marfil.

—Basta de joda, che, quién es que habla ahí. Soy Silva —dice Silva, tranquilo, con su voz turbia, de criollo, una voz gastada por el alcohol, por el tabaco fumado en medio de los interrogatorios, tratando de ablandar a un chorrito, a una puta, a un pobre quinielero, siempre fue igual, años y años, de pegarle trompadas en el estómago a un tipo atado a una silla, de hablarle con voz hiriente, como quien quiere hundir una aguja en el oído de un zombie que se niega a decir lo que uno quiere que diga—. Por qué no bajan ustedes, quién habla ahí, sos vos Malito, bajá y arreglamos todo, como hombres, hacemos una negociación frente al juez, te garantizo que no voy a hacer la denuncia por resistencia en banda.

—Pero por qué no subís vos, apuráte, a tu hija le están haciendo el culito y vos acá como un gil, la tienen en el baño del telo, un flaco con un gorompo como un brazo y ella da grititos de gusto y se caga encima cuando empieza a gozar.

Hablaban así, eran más sucios y más despiadados para hablar que esos canas curtidos en inventar insultos que rebajaban a los presos hasta convertirlos en muñecos sin forma. Tipos pesados, de la pesada, que se quebraban en la parrilla, que se entregaban al final, después de oír a Silva insultarlos y darles máquina durante horas, para hacerlos hablar. Los restos muertos de las palabras que las mujeres y los hombres usan en el dormitorio y en los negocios y en los baños, porque la policía y los malandras (pensaba Renzi) son los únicos que saben hacer de las palabras objetos vivos, agujas que se entierran en la carne y te destruyen el alma como un huevo que se

parte en el filo de la sartén.

—No es por plata —está diciendo el número Dos y Pérez registra la conversación, incómodo como quien espía sin querer, una confesión en la que de algún modo esta incluido, porque todos escuchaban, como Pérez, con inquietud, al Numero Dos decirle a Silva—. La plata te la doy si subís, guacho, te dejo subir y bajar sin tocarle un pelo, pero para sacarnos de aquí, van a tener que transpirar, ¿o con quién te crees que estás tratando? Vos Silva, ¿qué esperás para subir? Subí, vení, estás acostumbrado a fajar a los chorritos cuando te los tienen atados, pero cuando hay un tipo armado, con los huevos bien puestos, te arrugás, Silva.

La conversación se fue extendiendo, como si fuera otra parte del combate. Los testigos de la conversación están inmóviles, fascinados por lo que oyen, mientras Silva intenta mantener el diálogo, para que Pérez registre las voces y pueda ubicar a cada uno de los pistoleros y por eso busca, Silva, que el otro (¿el Nene?) siga peleando por el intercomunicador. Y esa voz prostibularia, criminal, delirada, subía por las paredes y llegaba hasta los que se amontonaban bajo la llovizna frente a la puerta del edificio sitiado.

Aproximadamente a las 3 y 30 horas de hoy (por ayer) se interrumpió la conversación que por el portero eléctrico mantenían las autoridades tratando de negociar con los pistoleros y se empezaron a escuchar fuertes gritos de los delincuentes que a modo de una inútil bravuconada aseguraban que estaban a punto de salir dispuestos a matar a unos cuantos guanacos y en algo cumplieron con estas palabras ya que parecería que uno de ellos —amparado en las sombras reinantes en el corredor del block de apartamentos— se llegó hasta la mitad de la escalera y efectuó una violenta ráfaga con una metralleta hacia la calle.

Esto hizo pensar que los delincuentes estaban saliendo, por lo que recrudeció el tiroteo y cubrió la entrada a los apartamentos una verdadera cortina de plomo.

Tras ello vino un instante de desesperación en el cual los que estaban en el hall corrieron en dirección a la calle. Detrás quedaba un hombre caído en el suelo, sangrando abundantemente por cuatro heridas de bala. Era el comisario Washington Santana Cabris De León, jefe de la policía uruguaya. Por espacio

de algunos minutos quedó tendido donde cayó, debido a que el lugar era batido por los proyectiles de los malhechores.

—Piaste paloma... Por qué no lo bajan a buscar, cagones.

El Gaucho Dorda, semidesnudo, salió al pasillo, le puso el arma en el cuello y en medio de un tiroteo infernal, lo remató con un balazo en la boca. El jefe de policía y el loco, degenerado, psicótico, criminal reincidente de Dorda (dijo un informante policial) se miraron durante una eternidad y luego el Gaucho Rubio antes de matarlo, le guiñó el ojo y le sonrió.

—Monte mierda —dijo Dorda y saltó hacia atrás.

La cara del comisario quedó borrada por la descarga como si le hubieran abierto la carne desde la boca hacia afuera quedando sólo un hueco sanguinolento (así dijo un testigo).

Pasada la sorpresa del primer momento se le socorrió llevándolo en un patrullero a un hospital donde el comisario llegó muerto.

La esencia táctica de la banda de Malito, su brillo trágico (escribiría más tarde Renzi en su crónica de los hechos para la página policial del diario *El Mundo*) se alimenta con la certidumbre de que cada victoria lograda en estas condiciones imposibles aumenta la capacidad de resistencia, los vuelve más veloces y más fuertes. Por eso siguió lo que siguió, la ceremonia trágica que cualquiera que haya estado ahí esta noche no olvidará jamás.

Primero salió un humo blanco, por la ventanita del baño que se abría, como un ojo, en lo alto de la medianera. Una pequeña columna de humo blanco, contra la blancura de la niebla.

—Quemar plata es feo, es pecado. E peccato —decía Dorda, con un billete de mil en una mano, en el bañito donde se daba con la anfet, con un encendedor Ronson que le había achacado a una loca; lo prende y lo quema, se mira en el espejo y se ríe. En la puerta está el Nene, que lo mira y no dice nada.

—Pensar que para ganar un billete como éste, un sereno, ponéle —los serenos son siempre boleta, los conocen bien, siempre se le cruza alguno cuando ya entraron en el galpón por la banderola y aparece el tipo con cara de alucinado— tiene que trabajar dos semanas... y un cajero de banco, según la antigüedad, puede tardar casi un mes, para recibir un billete como este a

cambio de pasarse la vida contando plata ajena.

Ellos son al revés, cuentan fajos y fajos de plata propia. Disueltas las pastillas de aktemin, machacadas y disueltas en un frasco de calcigenol, como una leche, tienen otro gusto. La guita estaba en el bañito, la pileta es para quemar. Se ríe el Nene. Dorda también se ríe, pero medio temeroso de que lo esté cachando. Luego en un momento dado se supo que los delincuentes estaban quemando cinco millones de pesos que les quedaban del atraco a la Municipalidad de San Fernando, de donde, como es sabido, se llevaron siete millones.

Empezaron a tirar billetes de mil encendidos por la ventana. Desde la banderola de la cocina lograban que la plata quemada volara sobre la esquina. Parecían mariposas de luz, los billetes encendidos.

Un murmullo de indignación hizo rugir a la multitud.

—La queman.

—Están quemando la plata.

Si la plata es lo único que justificaba las muertes y si lo que han hecho, lo han hecho por plata y ahora la queman, quiere decir que no tienen moral, ni motivos, que actúan y matan gratuitamente, por el gusto del mal, por pura maldad, son asesinos de nacimiento, criminales insensibles, inhumanos. Indignados, los ciudadanos que observaban la escena daban gritos de horror y de odio, como en un aquelarre del medioevo (según los diarios), no podían soportar que ante sus ojos se quemaran cerca de quinientos mil dólares en una operación que paralizó de horror a la ciudad y al país y que duró exactamente quince interminables minutos, que es el tiempo que tarda en quemarse esa cantidad astronómica de dinero, esos billetes que por razones ajenas a la voluntad de las autoridades fueron destruidos sobre una chapa que en Uruguay se llama «patona» y es usada para remover la brasa en las parrillas de los asados. En una lata «patona» fueron quemando el dinero y los policías quedaron inmóviles, estupefactos, porque que se podía hacer con criminales capaces de tamaño despropósito. La gente indignada se acordó de inmediato de los carenciados, de los pobres, de los pobladores del campo uruguayo que viven en condiciones precarias y de los niños huérfanos a los que ese dinero habría garantizado un futuro.

Con salvar a uno solo de los niños huérfanos habrían justificado sus vidas, estos cretinos, dijo una señora, pero son malvados, tienen mala entraña, son unas bestias, dijeron a los periodistas los testigos y la televisión filmó y luego transmitió durante todo el día la repetición de ese ritual, al que el periodista de la TV Jorge Foister, llamó acto de canibalismo.

—Quemar dinero inocente es un acto de canibalismo.

Si hubieran donado ese dinero, si lo hubieran tirado por la ventana hacia la gente amontonada en la calle, si hubieran pactado con la policía la entrega del dinero a una fundación benéfica, todo habría sido distinto para ellos.

—Por ejemplo si hubieran donado esos millones para mejorar las condición de las cárceles donde ellos mismos van a ser encerrados.

Pero todos comprendieron que ese acto era una declaración de guerra total, una guerra directa y en regla contra toda la sociedad.

—Hay que ponerlos contra la pared y colgarlos.

—Hay que hacerlos morir lentamente achicharrados.

Surgió ahí la idea de que el dinero es inocente, aunque haya sido resultado de la muerte y el crimen, no puede considerarse culpable, sino más bien neutral, un signo que sirve según el uso que cada uno le quiera dar.

Y también la idea de que la plata quemada era un ejemplo de locura asesina. Sólo locos asesinos y bestias sin moral pueden ser tan cínicos y tan criminales como para quemar quinientos mil dólares. Ese acto (según los diarios) era peor que los crímenes que habían cometido, porque era un acto nihilista y un ejemplo de terrorismo puro.

En declaraciones a la revista *Marcha*, el filósofo uruguayo Washington Andrada señaló sin embargo que consideraba ese acto terrible, una especie de inocente *potlatch* realizado en una sociedad que ha olvidado ese rito, un acto absoluto y gratuito en sí, un gesto de puro gasto y de puro derroche que en otras sociedades ha sido considerado un sacrificio que se ofrece a los dioses porque sólo lo más valioso merece ser sacrificado y no hay nada más valioso entre nosotros que el dinero, dijo el profesor Andrada y de inmediato fue citado por el juez.

El modo en que quemaron la plata es una prueba pura de maldad y de genio, porque quemaron la plata haciendo visibles los billetes de cien que



iban prendiendo fuego, uno detrás de otro, los billetes de cien se quemaban como mariposas cuyas alas son tocadas por las llamas de una vela y que aletean un segundo todavía hechas de fuego y vuelan por el aire un instante interminable antes de arder y consumirse.

Y después de todos esos interminables minutos en los que vieron arder los billetes como pájaros de fuego quedó una pila de ceniza, una pila funeraria de los valores de la sociedad (declaró en la televisión uno de los testigos), una columna bellísima de cenizas azules que cayeron desde la ventana como la llovizna de los restos calcinados de los muertos que se esparcen en el océano o sobre los montes y los bosques pero nunca sobre las calles sucias de la ciudad, nunca las cenizas deben flotar sobre las piedras de la selva de cemento.

Inmediatamente después de ese acto que paralizó a todos, la policía pareció reaccionar y comenzó una ofensiva brutal como si el tiempo en que los nihilistas (como eran ahora llamados por los diarios) terminaban su acto ciego los hubiera predispuesto y enceguecido y los hubiera preparado para la represión definitiva.

## Ocho

Cansado de dar órdenes inútiles el comisario Silva se había quedado callado desde hacía un rato. Estaba al mando, vestido con su piloto blanco, parado en un costado, solo, fumando. Miraba las ventanas oscuras del departamento y veía la silueta indecisa de los malandras, arriba, aguantando. Había que matarlos para que no hablaran. ¿De qué? ¿Hubo negociaciones? ¿Es cierto, comisario —anotaba el cronista de *El Mundo* las preguntas en su libretita— que algunos policías, se dice, habrían arreglado en San Fernando la fuga de los malhechores a cambio de una parte del botín?

Era el culpable de haber dejado escapar a los argentinos y ahora cada policía uruguayo que caía debía ser anotado en su cuenta. El chico que hace policiales en *El Mundo* lo observa desde el medio de la calle. Esa cara, con la cicatriz, y la desdicha y la soledad y el mal, pegados al brillo muerto de los ojos. Captó una fugaz expresión de inquietud en la mirada de Silva que se le borró rápidamente, el comisario se había limitado a cubrirse durante un instante los ojos con la yema de los dedos y mirar luego de costado la luz de los reflectores que iluminaban el frente de la casa. Un gesto frío, de un tipo duro, algo demasiado rápido para ser simulado (según Renzi) y sin embargo demasiado consciente para ser enteramente natural. ¿Cuántos años y qué luchas internas habían exigido el perfeccionamiento de ese tipo de gestos de fingido desasosiego?

Desde la calle, el cronista miraba el rostro frágil de Silva que parecía una máscara japonesa. Las manos pequeñas, «de mujer», la pistola gatillada hacia el piso en la zurda, como un garfio o una prótesis que completa un cuerpo imperfecto. Armado podía fingir, podía enfrentar a los periodistas que ahora

habían empezado a rodearlo y a mirar junto con él la ventana entornada del enterradero. El chico de *El Mundo* anotó lo que había empezado a declarar Silva.

—Son enfermos mentales.

—Matar enfermos mentales no está bien visto por el periodismo. — Ironizó el cronista—. Hay que llevarlos al manicomio, no ejecutarlos...

Silva miró a Renzi con expresión cansada; Otra vez ese pendejo irrespetuoso, de anteojitos y pelo enrulado, con cara de ganso, ajeno al ambiente real y al peligro de la situación, que parecía un paracaidista, el abogado de oficio o el hermano más chico de un convicto que se queja por el trato que los criminales sufren en las comisarías.

—¿Y matar sanos sí está bien visto? —contestó Silva con la voz desgana del que tiene que explicar lo que para cualquiera es evidente.

—¿Ustedes han ofrecido una salida negociada?

—¿Quién puede negociar con estos criminales? ¿O no estuviste aquí toda la noche?

—Los policías han comenzado a tener miedo —dijo alguien.

—Y con razón. No vamos a subir, no queremos mártires... —dijo Silva—. Aunque tengamos que esperar una semana, vamos a mantener la calma. Estos señores son psicópatas, homosexuales. —Miró a Renzi—. Casos clínicos, basura humana.

Son fríos, no tienen piedad, están muertos (pensaba Silva), son como cadáveres vivos y sólo quieren saber a cuántos pueden llevarse con ellos. Son un ejército en miniatura. La adrenalina los ayuda a superar al terror. Están pichicateados, son máquinas de matar. Quieren ver cuál es el límite al que pueden llegar, jamás se van a rendir, quieren hacernos hocar a nosotros. A ellos no los asusta el peligro, traen la muerte en la sangre, matan inocentes en la calle desde los quince años, hijos de alcohólicos, de sifilíticos, son resentidos, carne de frenopático, delincuentes desesperados más peligrosos que un comando de soldados profesionales, son una manada de lobos acorralados en una casa.

—Esto es una guerra —declaró Silva—. Hay que tener en cuenta los mandamientos de la guerra. No hacer jamás que cese el combate cuando

alguien cae. Si un hombre cae, hay que seguir. ¿Qué se puede hacer si no? Sobrevivir es la única gloria en una guerra —dijo Silva—. Y quiero que entiendan lo que quiero decir. Tenemos que esperar.

Silva conocía intuitivamente el modo de pensar de los que estaban en el departamento. Por supuesto estaba más cerca de ellos, que de los periodistas maricones, hijitos de mamá, aspirantes a héroes, pedantes, malnacidos.

—¿Usted qué hace? —se volvió, imprevisto, hacia Renzi, el comisario Silva.

—Soy corresponsal del diario *El Mundo* de Buenos Aires.

—Eso ya lo veo, pero aparte de eso ¿qué hace? ¿Está casado, tiene hijos?

Emilio Renzi se movió hacia un lado, se apoyó medio torcido sobre la pierna izquierda y sonrió, sorprendido.

—No, hijos no tengo, vivo solo, en el Hotel Almagro, en Medrano y Rivadavia. —Buscó los documentos en el bolsillo de la chaqueta como si el cana lo estuviera por detener. Por ahí se había pasado de rosca, seguro el tipo ya lo había calado en la conferencia de prensa en Buenos Aires—. Soy estudiante y me gano la vida como periodista, como usted se la gana como oficial de policía, y si hago preguntas es porque quiero escribir una crónica veraz de lo que está pasando.

Silva lo miró, divertido, como si el chico fuera una especie de payaso ridículo o un tarado.

—¿Una crónica? ¿Veraz? No creo que tengas bolas —le dijo Silva— y se fue hacia la carpa donde estaban reunidos los oficiales uruguayos que planeaban el ataque.

Era cierto que el único modo de quebrar a los criminales, era tratar de pensar como ellos y Silva estaba seguro de que la banda, acorralada, ratas en una cloaca sin salida, trataban de hacerse los héroes y se dopaban para no venirse abajo.

Por ejemplo, Mereles alias el Cuervo, le conocía el prontuario, se lo podía imaginar, siempre había matado porque sí, porque estaba cagado de miedo, no era un hombre, era un muñeco sanguinario, le pegaba a las mujeres, tenía varias denuncias de las mismas chicas que vivían con él. El coraje es como el insomnio, pensaba Silva, nunca sabés cuál es la preocupación que se te va a

engancha en la cabeza y te va hacer actuar como un valiente.

Seguro que se pasaban la vida viendo películas de guerra y ahora actuaban como si fueran un comando suicida que pelea atrás de las líneas contrarias, en territorio extranjero, sorprendidos por los rusos en un departamento en Berlín oriental, del otro lado del Muro, rodeados, resistiendo hasta que llegaran a salvarlos, imaginaba, y se daba manija Mereles. Tenía varias historias de pelotones infiltrados en tierra enemiga que lograban zafar. Tácticas de sobrevivencia en una isla del Pacífico y el piso del departamento con el gas que flotaba cerca del techo y los flancos cubiertos era mejor que una cabeza de playa en Vietnam.

—En *Arenas de lwo Jima* empezó, de golpe, a delirar el Cuervo —los tipos se tiran en un pozo y aguantan la embestida de los tanques...

Quería dormir un poco Dorda y a veces le parecía que estaba soñando que se arrastraba por el campo, de chico, para cazar liebres.

—¿Y qué catzo es *Arenas de lwo Jima*?

El grupo, la supervivencia, la suciedad, la soledad, el aislamiento, el peligro inminente, tipos que caen en un pozo, en una emboscada.

A veces hablaban en un murmullo ausente, cada uno para sí mismo y a veces conversaban o se gritaban órdenes, agotados seguro, con saques cada vez más seguidos, picos de euforia que subían por la sangre mientras la noche caía y el sol empezaba a blanquear, apenas, las aguas del río, al otro lado de la ciudad.

—Cuando estás al palo, que ya no das un guita, todo lo que tenés que hacer es seguir. Es la única consigna. —Ése era el número Dos.

—Encerrado, la espalda contra la pared, asomando la cabeza de vez en cuando, sentís que pensar no sirve para nada, que vas a pensar, si por más que le des vuelta a la cabeza, no encontrás una salida nunca, hago esto, voy ahí, salto al pasillo y siempre te chocás con una pared que te la corta, estás en la lona y te tenés que levantar y seguir meta y ponga ¿o no? —dice el número Tres—. Ojalá que Malito haya zafado y esté viendo lo que hacemos...

Por el aparato de TV que tienen en el departamento se ve a la morochita que dice que ella no fue.

—Yo no sabía que ellos eran los argentinos que buscaba la policía, conocí

a uno en la Plaza Zavala por casualidad y me violaron entre dos... Pero yo no lo entregué... Lo peor —dijo la chica, seria, de cara a la cámara— es ser batidor.

De a poco la claridad del día se fue abriendo paso. Los delincuentes mermaron algo su tiroteo desde la guarida circunstancial. Los policías que estaban a cargo del operativo se agruparon para estudiar nuevos planes de lucha. El grupo de curiosos que el frío y la lluvia habían alejado comenzó a agrandarse nuevamente.

Aparentemente los delincuentes descansaban, permaneciendo uno de ellos de guardia, previendo un posible ataque final. De vez en cuando dejaban oír algunos tiros para demostrar que estaban alertas.

A partir de ahí los policías comprendieron que los pistoleros bien pertrechados y dispuestos a todo, eran capaces de sostener su posición hasta el fin, por lo que la estrategia de ataque se empezó a modificar con el paso de las horas. Se comenzaron a barajar varias posibilidades, hablándose entonces de lanzarles una granada de esquirlas de no mucha potencia; de inyectar en el apartamento donde estaban guarecidos productos químicos de los usados para apagar incendios que se pegan a la piel como si fuera goma líquida o napalm, lo que con toda seguridad haría que los individuos salieran de su madriguera; de hacer un boquete en el techo para poder balearlos desde el departamento de arriba en el segundo piso o de abrir un agujero en la pared lindera con el departamento 8 ubicado en el primer piso, también para balearlos desde ahí. Esos momentos de incertidumbre duraron varios minutos.

El Gaucho siempre juraba dejar la droga cuando estaba drogado, ahí pensaba que iba a poder y que no tenía sentido estar siempre a la caza del camello que lo proveía, pero si no tenía, no podía dejar, cuando no tenía no pensaba en dejar, pensaba en seguir, en conseguir. Y ahora lo peor, se dio cuenta de pronto, lo oyó, aterrado, como si otra vez las voces putas que estaban quietas se hubieran levantado y quisieran alarmarlo, se dio cuenta de que si seguían encerrados ahí, tarde o temprano, iban a quedarse en blanco, sin droga.

—La merca —dijo— se va a terminar tarde o temprano, porque cuántos gramos hay, ponéle que la racionemos como los náufragos, una vez vi una de

unos tipos que tomaban agua con una cucharita, para que no se les terminara el agua, en una isla desierta.

—Con una cucharita ¿el agua? ¿La tomaban?

—De té.

—Hizo el gesto, el Gaucho, de empinar el codo, con un piquito como un pájaro.

Se ríe, el Cuervo, que no se ha movido de la ventana en toda la noche. Tiene en el piso el Florinol desparramado sobre un diario y va tomando una pastilla cada tanto y flota, en una niebla opaca.

Hay que salir, oye el Gaucho, como un oráculo, oye las órdenes, el Gaucho Dorda, un coro que le habla, las voces apagadas, que casi no se oyen, porque cuando hay tiros nadie habla.

—Sabías, Nene, que no hablan si hay quilombo, no las oigo, se borran, seguro, las yeguas y de golpe me vuelven.

—Hay maconha.

—¿Maconha?

—Viví en Brasil, gil, no te dije. Ahí le dicen maconha a la yerba. La habían traído de Paraguay... me la dio la Morochita... la tenía guardada en una lata, en la cocina, ella.

Se arrastró, el Nene, por el piso, por los pasadizos invisibles del departamento, cruzando las puertas, hasta llegar a la cocina y luego se trepó a la mesada y metió la mano y encontró la lata, el olor dulce del hash. La cucaracha, la cucaracha, volvió cantando el Nene, ya no puede caminar, porque le falta, porque no tiene, le pareció oír al radiotelegrafista, a Roque Pérez, en algún lugar del edificio alguien cantando ese corrido mexicano de la época de la guerra civil.

—Este baño está todo inundado. Hay que mear en este tacho que se lo tiramos por la ventana a la cabeza de la taquería...

—¿Dónde afanaste la yerba?

—Era de la yiranta, se la trajeron del Paraguay...

Encendieron unos porros y se pusieron a mirar la tele. En ese costado, cerca de la salida, casi no llegaban las balas y cuando ellos se quedaban en silencio los canas se ponían nerviosos y tiraban al aire.

—Ves, tienen una tanqueta, y son como mil.

En la llovizna del amanecer se veía la tropa y los camiones y los periodistas en la vereda y la pantalla de la tele difundía una claridad enfermiza, gris.

—Pero no van a poder sacarnos de acá... Van a tener que negociar.

Esperaban a Malito. A lo mejor era cierto que había tomado un rehén, el hijo de algún oligarca y de pronto aparecía en la televisión exigiendo que los dejaran salir. Iba a venir a sacarlos, iba a venir con refuerzos, Malito. Tipos de la pesada, brasileños de Rio Grande do Sul. Era un capo, Malito, loco pero muy inteligente, siempre a distancia, sin dar mayor bola, pero muy derecho con la gente suya, un tipo que no los iba a dejar en la estacada, si ellos lo podían hundir, con levantar el teléfono del portero eléctrico y decir: tengo una cita con Malito en la 18 de Julio. La morochita le podía avisar. ¿A Malito? ¿Él sabía que ella tenía una pieza en una pensión cerca del Mercado? Muy vigilada. La habían visto aparecer varias veces en la tele diciendo disparates y acusando a todos de haberla violado. Falsedades para despistar y librarse.

—Nena —dijo el Nene y le habló a la imagen de la muchacha en la pantalla—. Tranquila, flaquita, no hablé de más.

—Ella lo miró de frente, desde la pantalla, y el Nene se arrastró hasta el fondo y puso el Winco con el disco de los *Head and Body*.

*And if I can find a book of matches*

*I'goin' to burn this hotel down...*

Cantó el Nene el coro de «Parallel lives».

Se mezclaron los sonidos de la noche, las músicas muertas de la ciudad. ¿Ésa era la voz de Mereles? ¿La voz del número Tres? ¿O era el Dos?

—Una vez estuve encerrado cuatro días en un pozo, me caí de chico y estuve ahí con los bichos que me andaban por la cara y no podía gritar porque tenía miedo de que me entraran en la garganta y al final me sacaron por mi perro que escarbaba como loco en el borde del hoyo.

¿Quién hablaba? El universo de Roque Pérez se había vuelto más estrecho todavía; no se hallaba contenido en el diminuta espacio del altillo desde donde manipulaba los controles, sino que estaba limitado al casi



intangible sonido que llegaba del esqueleto del edificio. Se producían ciertas interferencias y estaba entonces conectado con el espíritu de toda la ciudad. Las voces entraban por los canales interiores porque en la telaraña del portero eléctrico la policía había plantado los micrófonos (¿o era uno solo?, ¿un solo micrófono en el aire?). Habían querido seguir los pasos de la droga que circulaba por el cabarute y ahora la usaban para seguir los rastros de estos malandras, aunque quizás lo habían puesto ahí, a él, a Pérez, en tumos de diez horas, porque había un secreto que los porteños escondían y que los jefes trataban de averiguar antes de matarlos. Pero también las voces llegan desde otro lado que no puede detectar. Desde el pasado, pensó el radiotelegrafista. Quizás desde las cañerías subterráneas navegaban las palabras de los muertos y así era posible seguir las conversaciones aterradas de dos viejas que se habían encerrado en el baño de algún departamento.

—Santa María Madre de Dios ruega por nosotros pecadores.

De dónde venían esos rezos, quizás de la propia memoria del radiotelegrafista, quizás era la voz de alguno de los pistoleros o el lamento de un vecino. Iba grabando los sonidos y al lado alguien trataba de orientarse en esa selva de voces. No podía salir, estaba cercado, se sentía un espía durante la guerra mandando mensajes detrás de las líneas japonesas. Un policía uruguayo, el cabo Roque Pérez, radiotelegrafista de profesión, metido en la batalla del Río de la Plata. Y si los pistoleros tomaban el edificio y lo encontraban, arriba, en el altillo, a cinco metros, lo ejecutaban con un tiro en la nuca.

Cada cinco minutos (aproximadamente) la policía hacía uso de los micrófonos para intimarlos a la rendición en una maniobra de presión psicológica mientras el cuerpo técnico de la central uruguaya de inteligencia del Estado, usando los transmisores del SODRE escuchaba (con interferencias) las conversaciones de los sitiados gracias a los tres micrófonos colocados en el departamento horas antes de la encerrona.

—Acá no hay pena de muerte.

—Pena de muerte... no puedo entender a un tarado que se deje agarrar para que lo cocinen sentado en una silla...

—A veces te agarran aunque no quieras.

—Nunca.

—A Valerga lo agarraron durmiendo y cuando manoteó la Beretta lo taclearon y no pudo escapar.

—Hay cuatro métodos de ejecución: horca, fusilamiento, cámara de gas y silla eléctrica. Se tarda mucho en morir. A veces tardás un minuto, un minuto y medio... Contené la respiración e imagináte. La silla es bastante siniestra: el humo que sale de la piel quemada tiene un olor inolvidable, olor a asado. Le colocan al penado los electrodos en la cabeza y en las piernas. No se ven llamas, se ve el cambio de coloración de la piel que se va poniendo morada, negra.

—Y el sistema argentino, ¿sabés cuál es?: un tiro en las bolas.

La madrugada fue transcurriendo lenta y pesadamente. A la baja temperatura se sumó la cada vez más molesta lluvia. El tiroteo continuaba por momentos. Al llegar el día la policía, con grandes precauciones, en el curso de dos horas, pudo evacuar a los inquilinos del frente y del piso bajo que habían quedado atrapados. La operación se cubrió con un nutrido tiroteo desde las posiciones enfrentadas al pozo de aire.

La escalera gigante del cuerpo de bomberos fue adosada al balcón del segundo piso y por ahí fueron bajando, de espaldas a la calle, las familias atesadas, que habían soportado durante tantas horas una situación de extrema angustia. Así se vio bajar a señoras que mostraban rostros pálidos de terror y una de ellas exigió que para salvarla también había que sacar a su pequeño perrito de raza pequinuesa que fue puesto en un patrullero policial junto a su dueña, sobre la calle Maldonado.

—Mi hija y yo —según la señora Vélez (a Radio Carve)— pasamos todo el tiempo en el fondo de la cocina y por las cañerías oíamos los gritos y las risas de estos muchachos. Los cazan como a ratas... Me dieron lástima, no se mata así a un cristiano...

—Me parece que están todos muertos —dijo el señor Antúnez del departamento vecino al 9— Hace rato que no se oyen ya las risas y los gritos. Nosotros estamos bien, pero fue como vivir la guerra mundial.

Desocupados los departamentos vecinos, la policía se dispuso a la ofensiva fina 1. Como primera medida se ordenó el corte de agua corriente, a

lo que se sumó el corte de luz. Luego se usó el procedimiento de los archiconocidos «cóctel Molotov» preparándolos con botellas vacías que se le suministraron desde el bar de la esquina. El propósito era lanzarlos dentro del apartamento 9 buscando con ello crear un principio de incendio. Fue otra vez en vano porque los focos fueron sofocados por los mismos pistoleros que hundían frazadas en la bañera llena de agua y lograban ahogar el fuego sin dejar que se extendiera. De inmediato en lugar de debilitarse, los argentinos redoblaron sus descargas mientras la policía contestaba el tiroteo para mantenerlos ocupados.

De todos modos a esa altura la situación de los pistoleros era ya muy crítica. Al ocupar el apartamento 3 (frente al segundo piso, inmediato al 9), la policía logró abrir ahí un nuevo ángulo de tiro a través de un tragaluz, que fue ocupado por el comisario Silva y el hábil tirador de metralleta Thompson sargento Mario Martínez de Hurtos y Rapiñas. Se turnaron para usar el arma y cargarla. Esta brecha, que permitía un pequeño ángulo abierto sobre el dormitorio del 9 fue cubierta de inmediato por los pistoleros.

A las ocho de la mañana los argentinos seguían haciendo tronar las pistolas 45 y las ráfagas de ametralladora seguían contestando cada disparo de los policías. No podían moverse salvo en un sector muy reducido del departamento porque estaban bloqueados por los tiradores especiales.

Al mismo tiempo fue destacado para ubicarse en el piso y cubrir la puerta del apartamento que da sobre el corredor, apenas a tres metros de la que corresponde a los pistoleros, al agente de la 12.<sup>a</sup> Aranguren, de veintiún años, casado y padre de dos hijos junto con el agente Julio C. Andrada de Hurtos y Rapiñas, un joven de veinticinco años. Uno de los malhechores (Dorda) se arrastró hasta el pasillo y por la puerta entreabierta del departamento vecino disparó una ráfaga de ametralladora. Aranguren cayó muerto en el acto y lo bajaron por la ventana hacia la calle mientras que también fue herido Andrada, un pesquisa de civil, vestido con un buzo marrón, quien permaneció tirado en el piso de la cocina del departamento vecino, refugiado bajo la piletta y lejos del alcance de los criminales.

Finalmente con los planos del edificio en la mano, se buscó un nuevo recurso: hacer una perforación —a cargo de bomberos— en el piso superior,

que diera en el techo del apartamento número 9 y por el mismo atacar a los sitiados.

Varios policías treparon al segundo piso por la escalera mecánica que colocaron los bomberos con notable precisión sobre la ventana. Para cubrir la operación desde el departamento 11 hubo un fuego graneado a través de los tragaluces: lo mismo por la ventana que da al pozo de aire mientras la policía entraba en el departamento 13 en el piso de arriba, justo sobre la guarida sitiada.

A las diez de la mañana se inició entonces un boquete en el piso del departamento ubicado encima del ocupado por los argentinos. La idea era inyectar monóxido de carbono por el orificio y se comenzó a trabajar febrilmente en el apartamento superior con una barreta de acero. La tarea no progresaba lo suficiente y al final se pidió un compresor a la UTE para accionar un taladro.

Alimentado por un motor rodante fue introducido en la finca un martillo neumático. Se lo llevó al corredor del segundo piso que da sobre el techo de uno de los dormitorios del departamento 9.

Se aplica el martillo, se trabaja febrilmente y a los pocos minutos se abre un boquete. Los pistoleros tratan de impedir esta maniobra haciendo disparos apenas ven que el boquete abre luz. El intenso fuego a través de las ventanas que dan sobre los pozos de aire les impedía colocarse en posición de acertar con sus balas y alcanzar a los obreros.

A partir de ahí sus minutos estaban contados. Por el boquete se arrojaron varias botellas conteniendo ñafia a las que se les aplicó fuego mediante una mecha. Como se comprobó después, se incendiaron las tablas del piso, diversos objetos, los muebles y ropas. La atmósfera se hizo irrespirable.

Por el boquete además se les disparó y lo mismo desde el apartamento 11 situado junto al ocupado por los pistoleros.

Agotados después de interminables horas de batallar y después de soportar el efecto del terrible tiroteo, los pistoleros volvieron a dejar el apartamento y salieron al corredor del primer piso. En ese momento hacían lo mismo dos policías apostados en la planta baja, en el pasillo que da a la escalera y no tuvieron otra alternativa que lanzarse al hall principal del

edificio buscando el airé de la calle. Los pistoleros que cruzaron el corredor sin dejar de disparar alcanzaron con un tiro a Miguel Miranda casi en el umbral de la puerta de calle y también a otro agente de apellido Rocha que se había apostado contra la pared.

En el exterior hubo un movimiento hacia adelante de la tropa que veía caer a otro de sus camaradas pero el propio policía herido dándose vuelta corrió hacia la entrada haciendo fuego a discreción y consiguió hacer retroceder a los pistoleros y arrastrara la calle el cuerpo de Miranda.

Se escucharan protestas airadas de mucha gente y fueron varios los policías que pidieron autorización para lanzarse empuñando un par de ametralladoras cada uno hacia el interior del edificio y terminar con la resistencia.

Las órdenes de Silva y del resto de los oficiales uruguayos son desgastar a los criminales antes de iniciar la ofensiva final.

En el departamento Dorda y Brignone, como dos espectros, con pañuelos mojados atados a la cara para disminuir el efecto de los gases, vuelven a abandonar la guarida saliendo unos metros al corredor desde donde efectúan gran cantidad de disparos volviendo luego al interior del apartamento.

Las voces llegaban lejanas, mezcladas con ruidos leves, con el aleteo del aire en las cañerías y el ladrido interminable de un perro. Mereles estaba apoyado en el marco de la puerta que daba a la ventana de la cocina y Dorda y Brignone se habían sentado juntos ahora, pegados a la ventana que daba a la calle.

—¿Cuánto hace que estamos acá?

Pasado el mediodía dio comienzo un nutrido tiroteo, que desde un principio mostró que ya los delincuentes estaban decididos a todo. Más bien a morir pero matando. Para ese entonces se presumía que uno de los pistoleros había muerto o estaba gravemente herido. Se procedió, entonces a arrojar las bombas incendiarias caseras, con lo que se logró alejarlos de la pieza que daba al tragaluz. Eso dio oportunidad a varios policías para efectuar disparos desde otros puntos. Así se llegó a la culminación de la batalla.

Varios hombres habían roto los vidrios de un apartamento vecino al edificio del 1182 de Julio Herrera, que da a la calle y por él se introdujeron

para entretener a los pistoleros disparándoles desde otro ángulo, mientras el taladro comenzaba a horadar la pared del departamento lindero. El orificio estaba siendo practicado a baja altura para poder desde allí disparar balas rasantes que fueran más efectivas que las usadas hasta ahora. Cuando el boquete estuvo listo los delincuentes, que no descuidaban ningún frente por el cual atacar, dispararon a su vez hiriendo en el pecho al agente de la seccional 12.<sup>a</sup> Nelson Honorio Gonzálvez que fue inmediatamente deslizado por el balcón del primer piso hacia la calle. Lo subieron a una ambulancia pero en el trayecto murió.

La policía redobló su ofensiva y en la misma forma se le respondió desde el interior del apartamento pero al cabo de media hora de fragoroso tiroteo la intensidad del fuego de los pistoleros decreció, haciéndose cada vez más esporádico. Se pensó que estaban ahorrando municiones, pero no era así sino que Brignone y Mereles habían comenzado a perder sus fuerzas a consecuencia de las heridas recibidas luego de quince horas de lucha.

El único que quedaba entero todavía era Dorda que de vez en cuando tiraba con su ametralladora luego de atender alternativamente a sus dos compañeros. Un policía se había apostado afuera, en el pasillo y disparaba por la ventana.

Mereles se levantó para acallar el fuego del tirador apostado enfrente pero antes de que pudiera disparar, recibió una ráfaga que lo lanzó hacia el living. Había entrado en la cocina para buscar un ángulo de tiro y murió sin darse cuenta, como si el movimiento de ir hacia la luz de la ventana, lo hubiera sacado del mundo.

Eso pensó el Nene, que vio la luz de la ventana brillar al fondo y luego sintió el quejido del Cuervo que caía de espaldas contra la puerta de la pieza.

—Cuervo —dijo el Nene. Pero el Cuervo ya estaba muerto.

Brignone se sentó en el piso, apoyado contra la pared, tirando hacia lo alto con la ametralladora porque la policía seguía «martillando» con el pistón neumático, sobre el techo, un rumor infernal, como si un tren cruzara sobre su cabeza.

Mereles había caído cerca del dormitorio sobre el que se abrió la brecha. Los policías parapetados afuera tras autos y camionetas recibieron la noticia

de que posiblemente uno de los delincuentes estaba muerto. Pero de acuerdo a la disposición del apartamento donde se encuentran escondidos es imposible verlos y por lo tanto prematuro certificar la información.

Brignone quería que el Gaucho tirara desde la banderola y, amurallado en el rincón, lo cubriera mientras él se metía en la cocina y disparaba contra el pasillo. Habían abandonado la pieza principal donde la policía estaba terminando el boquete, que se abría ya, bajo el impacto del martillo neumático que hacía vibrar el edificio entero.

La policía arrojó algunas granadas de pequeño poder pero al final se optó por una muy potente, peligrosa de enviar, si no había seguridad en la colocación. El comisario Lincoln Genta la deslizó por el tragaluz del baño que comunicaba los apartamentos 9 y 13. El artefacto estalló con precisión y obligó a Brignone a lanzarse corriendo hacia el living donde lo alcanzó una ráfaga de ametralladora cerca de la puerta del baño.

Cayó tendido, boca arriba, en el pasillo, con los ojos abiertos, respirando agitado, sin quejarse, muy pálido. El Gaucho, hablaba solo, en voz baja, un murmullo extraño, como un rezo, mientras se arrastraba por el piso, con la ametralladora en la izquierda y se acercaba al Nene.

Por fin Dorda llegó junto al Nene y lo arrastró hacia la pared, a cubierto, y lo levantó contra su cuerpo, lo tendió sobre él, abrazado, semidesnudo.

Se miraron; el Nene se moría. El Gaucho Rubio le limpió la cara y trató de no llorar.

—¿Maté al policía que me la dio? —dijo el Nene, al rato.

—Claro, querido.

—La voz del Gaucho sonó ahora calma, cariñosa.

El Nene le sonrió y el Gaucho Rubio lo mantuvo en sus brazos como quien sostiene a un Cristo. El Nene se metió con dificultad la mano en el bolsillo de la camisa y le alcanzó la medallita de la Virgen de Luján.

—No aflojés, Marquitos —dijo el Nene. Lo había llamado por el nombre, por primera vez en mucho tiempo, en diminutivo, como si fuera el Gaucho quien precisara consuelo.

Y después se alzó un poco, el Nene, se apoyó en un codo y le dijo algo al oído que nadie pudo oír, una frase de amor, seguramente, dicha a medias o no

dicha tal vez pero sentida por el Gaucho que lo besó mientras el Nene se iba.

Estuvieron un momento inmóviles, la sangre corría entre los dos. Un absoluto silencio reinaba en el departamento. Los policías se asomaron por el boquete. Los recibió una ráfaga y los gritos de Dorda, amurallado ahora tras el cuerpo de Brignone.

—Vengan, gran puta, a ver si se animan...



## Nueve

Es el comienzo de la tarde tal vez, en medio del departamento desmantelado, completamente despierto y seguro de sí, con la bolsa de cocaína en un costado, el Gaucho Dorda tiene algo de vida aún por delante, le extraña que sean tantos los que están por ahí y eso le parece una buena señal. «Cuando vengan a matarme vendrá uno solo, el canalla de Silva tal vez, el feroz y cobarde comisario Silva; entrará solo a matarme». Se sonreía perdido, ileso, sentado contra el parante de la puerta, atisbando en la luz húmeda y acariciando la metra con la mano izquierda. Listo para morir no; porque nadie está listo nunca para morir, pero sí dispuesto a morir, como quien lleva un estigma de chico, desde siempre, que le dice: «Vos vas a terminar mal». Rodeado, aislado en su covacha, encerrado en el círculo muerto, en medio de un departamento sitiado, sin poder moverse, está dispuesto a morir. Los dichos de la finada le vuelven como un rezo.

—Vos vas a terminar mal.

Es decir, muerto de un tiro, herido por la espalda, traicionado y sin embargo, había terminado bien, entero, sin traicionar a nadie, sin dar el brazo a torcer. Le entusiasmaban esas palabras y veía cómo en una foto, un brazo al que torcían en una pulseada en la glorieta de un bar al aire libre en Cañuelas y después su cuerpo muerto en la tapa de *Crónica*. «Cayo la hiena Dorda». Vengan, dijo, vengan gran puta. Se sostuvo el brazo y se ató con la goma para buscar la vena.

No importa nada. Se asomo a la ventana, a ver que preparaban los guanacos, se movían como muñequitos abajo, apretados contra las paredes, los focos iluminando la tarde. Atrás, al fondo, estaba el Parque Rodó y más

atrás el río. Abajo de la tierra, bajo los adoquines, estaban las cloacas, los caños maestros que corrían como pasillos clandestinos y desembocaban en el río. Escapar por los sótanos, cavar un túnel con las manos, salir por los pasadizos hasta el desagüe, subir por la escalera de fierro, levantar la tapa y salir al aire libre. Los curas tenían el colegio en medio del campo, con árboles y quintas y altos muros. Pupilo, te vas pupilo. Y él había pensado primero en un ojo que lo miraba mientras dormía, el ojo del Colorado Jara, el celador, tuerto, con un ojo lechoso, blanquecino, que les pegaba en el cuerpo para que no se vieran las marcas. El Gaucho se meaba en la cama y lo obligaban a sacar el colchón y caminar adelante de todos que se reían de él mientras cargaba el colchón para llevarlo a secar al sol y andaba por el patio sin llorar, el Gaucho, hasta que lo mandaban a las duchas y ahí sí con el agua que le cae por la cara puede llorar sin que nadie se dé cuenta. No sea marica, Dorda, no sea puto, se mea encima el manflorón. Y se reían, los otros, y él se les tiraba encima y se revolcaban en la tierra, a los golpes. Pupilo, la madre se lo había sacado de encima y la palabra le sonó rara al oírla, como una maldición, — vas de pupilo— dijo la finada y él pensó que le iban a operar el ojo, una mancha para que no viera ya la cara de su madre, pero después, al tiempo, comprendió que eran las chicas, en las ventanas del quilombo del pueblo, a las que espiaban cojer desde los techos, por las banderolas, las piernas blancas, que flotaban en el aire, las pupilas, ¿lo mandaban ahí? No podía ser. Las pupilas de la Madama Iñíguez, que salían a pasear a la madrugada por el pueblo vacío. No había hombres en la casa de alto, atrás de los corrales viejos, todo lo hacían ellas, las mujeres, sólo había un mucamo al que echaron al poco tiempo, todas mujeres regenteando el prostíbulo, atrás de la estación de María Juana. La Rusita fue la primera mujer con la que estuvo, no hablaba en cristiano, le sonreía y decía unas palabras en un idioma raro, mezclado con algunas palabras en argentino. Lindo machito, pagáme un canario, entráme querido, dicho con aire indiferente como si hiciera cuentas o recitara las palabras recordadas de un sueño. Eran iguales, él y la Rusa, no sabían decir bien lo que sentían. La iba a ver y se sentaba con ella y la miraba tocarse entre las piernas y por eso le pagaba lo que había ganado o lo que había robado por las quintas, en los galpones de la estación, en los fondos del

almacén del turco Abad. No decían nada, el Gaucho hablaba poco ya en ese tiempo, tenía catorce, trece, rubio, ojos claros, cara de galleta y a veces oía en los tubitos de aire del cerebro sonar como una música dulce la voz pura e inexplicable de la Rusita, que le hablaba en idioma y también le decía Lindo, machito y aprendió a decir Mi Gaucho Rubio y también otras palabras cariñosas como un canto incomprensible que sólo ellos dos entendían y que le entraban (al Gaucho) en las entretelas del corazón. Trataba de explicarle, el Gaucho, las arborescencias que hay en el corazón, son como una enredadera alimentada por la sangre. Ella entendía. Él le trataba de explicar. Y ella sabía que no era en las mujeres donde él buscaba el amor que le entibiara el alma. Quería decirle cosas así, como las canciones que escuchaba la finada, pero no le salía la voz. Ensayaba lo que iba a decirle pero se le trababan las palabras. Entonces ella lo miraba, sonriendo, como si comprendiera que el Gaucho era distinto a los demás, no afeminado, muy machito, pero diferente a los demás, un invertido se decía en el campo, un mariquita no y ella se hacía las uñas de los pies, desnuda, sentada en la cama, el olor de la acetona lo mareaba y lo calentaba, le daban ganas de pintarse las uñas y miraba a la mujer con los pedacitos de algodón que le separaban los dedos de los pies y él hubiera querido arrodillarse a besarla, como a una virgen pero no se animaba y seguía quieto, triste, callado y a veces ella se sonreía y le hablaba en su idioma incomprensible o le cantaba en polaco, la Rusa, y al final se acercaba y el Gaucho se dejaba tocar rígido, flácido, sin poder penetrarla jamás y a veces era él quien la tocaba a la rusita, la acariciaba como si ella fuera una muñeca, una nena que amaba en secreto el Gaucho Rubio. Eso era en el '57 o en el '58. Ya había empezado a andar con armas en ese tiempo y ella no se asombraba, ni se asustaba, al verlo dejar la Ballester Molina en la mesa de luz y ella como si no lo viera, seguía ahí, dulce, bajo el velador hablando en su lengua, como una letanía. ¿Y después? Ya no se acordaba. Había estado dos veces en el reformatorio pero todavía no lo habían llevado al Melchor Romero, todavía no le habían vaciado la cabeza con los shock eléctricos, con las inyecciones de insulina, para que fuera como todos. Fue el Dr. Bunge, con sus anteojitos redondos y la barbita en punta el primero que le empezó a decir que tenía que ser igual a todos. Que se buscara una mujer, que hiciera una familia. Porque

desde siempre, al Gaucho, que era un matrero, un retobao, un asesino, hombre de agallas y de temer en la provincia de Santa Fe, en los almacenes de la frontera, al Gaucho siempre le habían gustado los hombres, los peones, los arrieros viejos que cruzaban a la madrugada por el arroyo, al otro lado de María Juana. Lo llevaban bajo los puentes y lo sodomizaban (esa era la palabra que usaba el Dr. Bunge), lo sodomizaban y lo disolvían en una niebla de humillación y de placer, de la que salía a la vez avergonzado y libre. Siempre suelto, siempre furioso y sin poder decir lo que sentía, con esas voces que le sonaban adentro, las mujeres que le daban consejos y le murmuraban porquerías, le daban órdenes contradictorias, lo maldecían, sólo de mujeres las voces en el cerebro de Dorda. Por eso lo trataban con las inyecciones y las pastillas en el hospital para curarlo, para volverlo sordo, para sacarlo del pecado de la sodomía. Se sonrió ahora pensando como miraba a los peones con los que convivía en las épocas en que se conchababa para ir a la cosecha. Había que convivir meses enteros, en pleno verano, con los paisanos, un solazo que te calcina los sesos. Hasta esa tarde en que se quedaron jugando al sapo en el almacén, todos medio borrachos y lo empezaron a cargar y se reían y le hacían chistes y el Gaucho no podía hablar, solo sonreía, con los ojos vacíos y el viejo Soto lo tomó de punto, lo provocó y lo provocó hasta que el Gaucho lo mató a traición, lo dejó seco cuando Soto estaba subiendo muy borracho al zaino y boleaba la pata y no alcanzaba el estribo y el Gaucho, como si quisiera parar ese baile ridículo, sacó un arma y lo mató. Fue el primer hombre muerto de una serie que no tenía fin (según Bunge decía el Gaucho). Ahí empezaron las desgracias y el Gaucho pasó de ser un chorruto, un descarriado, a ser un asesino. Lo llevaron a Sierra Chica y lo encerraron a pan y agua para que confesara lo que todos sabían. Tenía recuerdos nítidos de ese entonces y se los contaba al Dr. Bunge que anotaba todo en una libretita blanca.

—Si sigue así va a terminar mal, Dorda —le dijo el médico.

—Yo voy mal —difícultoso para expresarse, el Gaucho Rubio—. Vengo mal desde chico. Yo soy desgraciado. No sé expresarme, doctor.

Hacía gestos con las manos para decir lo que sentía, pero se le reían en la cara. Se enfurecía. Vos vas a terminar mal, le decía siempre la finada su

madre.

Y había terminado aquí. En este departamento con su hermano muerto, con la metra apuntando a la calle y la calle llena de pesquisas que venían a matarlo. Me van a estaquear y me van a mandar otra vez a Sierra Chica, con los chilenos. Eran terribles los chilenos, lo trataban como a un animal. Ahí no vuelvo. A Sierra Chica no me llevan más. Se asomó por la ventana, con el Nene tirado en el piso, la medallita entre los dedos, el Gaucho, lo sentía muerto en el piso, al único hombre que lo había querido y lo había defendido siempre y lo había tratado como a una persona, mejor que a un hermano, como a una mujer lo había tratado el Nene Brignone, que lo entendía cuando no podía hablar y decía siempre, el Nene, lo que el Gaucho sentía sin poder expresar como si le leyera el pensamiento pero ahora estaba ahí, lo veía tirado con la cara limpia, el Nene, lleno de sangre, boca arriba, muerto.

Se asomó por la ventana y miró hacia la calle. Había una rara quietud, abajo. Arriba los oía moverse, a los pesquisas, como si se arrastraran, como si movieran una chapa acanalada.

—Vengan, gran puta —gritó—. Me quedan todavía dos cajones de balas.

Pudo decirlo y pudo pensar, sin decirlo, tengo un paquete de droga, una bolsa de cocaína, para seguir despierto, había resistido tantas horas, había llegado la mañana y el mediodía y no habían podido sacarlos de adentro. Se ponía la bolsa en la cara y la aspiraba y sentía que lo liberaba y le llenaba la garganta como un aire sereno, una frescura limpia que lo despejaba y le hacía pensar que iba a poder salir, salvarse.

Se iba a ir llevándose con él a todos los guanacos que pudiera, eso se habían jurado sin decírselo el Nene Brignone y el Gaucho Rubio. En un costado habían hecho las marquitas, con el cortapluma, en el marco de la puerta, cada mierda que caía, iban cuántos, le costaba contar, cerca de diez o doce. Si tuviera una bomba, si tuviera dinamita, se la ataría en la cintura y se tiraría a la calle, donde estaban todos los canas esperando verlo morir. Que volara en pedazos con ellos.

No estaban acostumbrados a enfrentarse con hombres que les hicieran frente y que no arrugaran. Estaban acostumbrados, los mandrias, a verduguear, a atarte en el elástico de una cama y darte máquina hasta

reventarte. Pero cuando encuentran un tipo que se planta, no se animan, hacía dos horas que daban vueltas sin atreverse a entrar.

—Vení Silva, chancho culiado.

La voz, al Gaucho, le salía firme y toda la ciudad estaba quieta, en silencio y su voz sonaba como la voz de Dios que llega desde lo alto, la voz del Santísimo, allá en el pueblo. Santa María Madre de Dios ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte amén. La rezó de un saque, se la acordó toda, cuánto hacía, la oración se la había enseñado la Hermana Carmen. Un hospicio atendido por monjitas que le enseñaron a rezar y el Gaucho a veces para borrar las voces rezaba y rezaba siempre la misma oración a la Madre de Dios.

—Traíganme un cura —dijo—. Me voy a confesar.

Habían entrado a caballo por el patio embaldosado y la mujer salió a pedirles respeto con la escopeta de dos caños bajo el brazo. ¿De dónde venía ese recuerdo?

—Tengo derecho a pedir por un cura, soy bautizado.

Sonaron unos tiros afuera y unas voces lejanas. Él estaba tranquilo, ahora, sabía que andaban por los departamentos vecinos, los pesquisas. Se acordaba de esa mujer con la escopeta, ¿era su madre?, pero después no se acordaba de nada, estaba en blanco, era todo un vacío, una nada. Así era su vida. Los años anteriores al hospicio se los acordaba bien y después todo borrado y después se encontró con el Nene. Le pasaban volando los días y no se terminan nunca los meses. La cárcel hace lentos los días y veloces los años. ¿Quién decía eso? Después que salió de la cárcel no se acordaba de nada hasta el día de hoy, sentado en el piso contra la ventana, esperando que vinieran a matarlo.

Ya no le quedaba voz para rezar al Gaucho Dorda. Pobrecito, se iba a morir, en la República Oriental del Uruguay. Así hablaba el finado su padre: conozco Entre Ríos, y la República Oriental del Uruguay. Había viajado mucho, su padre, que tenía una tropa de carros y hacía la cosecha gruesa.

Un viento suave llegaba por las banderolas y movía los espectros de las cortinas quemadas en el cuarto. El cuerpo del Nene tendido en un costado y atrás la ventana que daba al patio. Y vio a su padre, de pronto, que llegaba a la noche en el tobiano.

—Que dice, aparcero...

Los caballos a poco andar ya conocían el ruido del motor de las cosechadoras, cuando venía forzando la mata porque la hilera era gorda y se aceleraba el regulador, los tungos se paran y cuando se alivia, siguen. Le venían ahora las imágenes claras de la cosecha cuando tendría, diez, once años, por Tandil. La velocidad que tenían para coser las bolsas, cuando el rinde llegaba a las treinta por hectárea, dos por tres salía alguno por la batea porque en el apuro se cosía la punta de la blusa en la arpillera. El hilo de seda en la boca de la bolsa, un cruce nomás, una cruz. Nunca pudo aprender a coser la boca de las bolsas. Era medio retrasao, dicen, pero no es cierto, le costaba hablar y estaba siempre peleando con esas mujeres que le decían cosas al oído. Cosidas, las palabras, a su cuerpo, con hilo engrasado, un tatuaje llevaba adentro, con las palabras de su finada madre grabadas como en un árbol.

—Como relámpagos, como refucilos, como una luz, los recuerdos —dice Dorda—. Aquí estoy y aquí me quedo.

Todo estaba destrozado a su alrededor, las paredes estaban desnudas y rotas, sin revoque, mostrando sólo las vigas, un isómero increíble de plomos achatados estaban esparcidos por los dormitorios y el living, el baño y la cocina y mostraban la intensidad del fuego soportado durante horas. Lo que quedaba en pie no podía ser reconocido como mobiliario.

—Van a venir a sacarme de acá, los hombres de Silva, el canalla, buchón, te trae la noche... En el piso se encontraron dos pistolas 45, una subametralladora PAM y un revólver calibre 38, en dos destartados cajones quedaban unos pocos proyectiles: ese era el arsenal con el que los tres pistoleros habían resistido durante quince horas el asedio de más de trescientos policías.

Se sonreía a solas, sentado, con las voces que sonaban dentro suyo, bajas ahora, tiró una ráfaga, para que supieran que seguía ahí.

Iban a venir en la oscuridad, por los corredores, a buscarlo, los pesquisas. Andaban por el pueblo en un sulky negro, vestidos con trajes cruzados. Bajaban en la estación y ahí se llevaban a los presos esposados. Al loco Anselmo, se lo llevaron y todo el pueblo lo acompañó, lo subieron al tren, en

el vagón de segunda, un pesquisa a cada lado, porque había degollado al patrón que lo encontró robando en La Blanqueada. Era un gringo, matrero, salteador y lo buscaban por los pagos y los pueblos y lo madrugaron en el corral de la estación de trenes. Salió el patrón y al verlo lo insultó («Gringo de mierda») y el taño Anselmo lo dejó seco, de un puntazo. Tendría también en ese tiempo cuánto, qué edad, Dorda, doce, trece, hasta ahí le llegaban los recuerdos, después, nada, como si le hubieran borrado lo que llevaba adentro y se quedó fijo en aquel tiempo, sólo se acordaba de cuando era chico y después nada. Lo bajaron del sulky al gringo Anselmo y se quedaron esperando que llegara el tren de pasajeros que venía del sur, en el andén vacío de la estación de Pila. Los dos pesquisas con el loco Anselmo, de alpargatas y guardapolvo gris porque había trabajado en el correo y empezó a abrir las cartas y robar la correspondencia y a escribir cartas a las mujeres y a visitarlas para violarlas, según decían. Parece que sólo llevaba las cartas donde había malas noticias porque era supersticioso. Las cartas las encontraron en el fondo de su casa, clasificadas, y cuando lo descubrieron, salió disparando y se dedicó a cuatreriarse y a carnear ajeno y a violar chinas en los ranchos perdidos de la provincia, se acordó ahora Dorda, apoyado contra la ventana y los espiaba desde un costado, los veía moverse, abajo, en la calle.

El matrero iba esposado con las manos adelante, las manos atadas sobre la cintura, pero mirando con altivez, orgulloso de ser un mal hombre, un rebelde, las vías miraba y los dos canas, de bigote y poncho, quietos, fumando, porque tenían que viajar con él hasta La Plata en el tren de pasajeros que venía de Bahía Blanca.

—Así vas a terminar vos —la finada le dijo esa noche.

Por el tragaluz del departamento 3 y desde el boquete abierto en la pared del comedor del segundo piso de la finca vecina y que daba sobre el dormitorio se pudo ver a Mereles que estaba caído «decúbite dorsal» sobre el elástico de la cama apoyado apenas en la pared. Con sumo cuidado desde el apartamento 11 se pudo ver a Brignone, cuyo cuerpo yacía en posición intermedia entre la cocina y el hall. Pero faltaba el otro asesino.

La luz caía ahora por las cortinas. Tenía droga para dos horas más.



—Traigan droga —gritó.

—Rendíte, mierda —oyó.

A través del boquete practicado desde la casa vecina, se vieron los cuerpos de dos de los pistoleros, yacentes y con innumerables orificios de bala. Casi sobre el quicio de la puerta, el pie de uno de los dos pistoleros parecía hablar de un último intento de fuga a tiro limpio. Luego en el living-comedor de la vivienda el cuerpo totalmente tinto en sangre del pistolero yacía boca arriba, bañado en una inmensa ola de sangre que se extendía por casi toda la superficie del living. A pocos centímetros de él, el otro pistolero yacía bañado igualmente en su propia sangre. El primer pistolero vestía «blue jeans» y camisa blanca y a su lado había un arma: una metralleta Thompson. El segundo pistolero llevaba un pantalón azul y una camisa marrón. El tercero estaba sentado, de espaldas a la ventana, en un hueco, era Dorda.

Andaban como ratas por los corredores, los pesquisas. Un cura iba a venir a bendecirlo.

—Me doy un saque, permiso, vengan si quieren.

Por las dudas se efectuaron algunos disparos más desde el boquete hacia el interior y a través de la ventana del cuarto de baño se lanzaron más granadas de gases. No hubo reacción. Un policía se asoma al pasillo y dos segundos después cae acribillado por una ráfaga.

La puerta de entrada a la vivienda colgaba, como una enseña petrificada de la muerte, sobre sus goznes inferiores y había en ella mil perforaciones de bala. Un reguero de astillas y una atmósfera de humo, pólvora y sangre llenaba el pasillo.

Siempre había sido objeto de interés para los médicos, los psiquiatras. El criminal nato, el hombre que se ha desgraciado de chico, muere en su ley. Era un destino al que no podía escapar y al que era conducido como Anselmo en el vagón de segunda del Ferrocarril del Sur. No le gustaba el campo, todo igual de plano, se escapaba a la siesta y se subía a las cosechadoras, tenían un asiento de fierro, agujereado, que apenas si se entra, muy arriba con una palanca para frenar. Había tenido la suerte de montar los percherones que se ataban a la cadera, con recados, en la cincha con un cuarto hecho de lonjas, para que el carro saliera del pantano. Cuando se llegaba a la loma, se

descansaba, a la orilla del alambrado, por dos razones, porque se visualizaba, panorámico, el camino y porque en las lomas suele haber vizcacheras y se las puede agarrar con la ayuda de los perros.

Llegó a la ciudad y se fue a vivir a una pensión, por Barracas pero de eso no habla, ni se acuerda casi.

Dentro de la vivienda, en la alcoba, de la cama doble no quedaba sino un montón de madera deshecha por las explosiones de las granadas lacrimógenas y las ráfagas de las ametralladoras.

Chorreaba sangre todo el lugar.

Era como si además en la vivienda hubiera entrado una casa de demoliciones y de la obra muerta de la casa no hubiera quedado nada: solamente estaban en pie las paredes maestras.

Los policías no se animaban a pasar. No podía saberse a estas alturas si los tres pistoleros se habían suicidado, habían muerto de alguna de las ráfagas de ametralladora que les dispararon contra la puerta del departamento de enfrente o habían muerto de la bomba de mano, que se dice que les arrojaron desde la planta superior, por un agujero abierto en el techo con una máquina perforadora.

Dorda estaba ahí con las armas a su alcance, pensando cómo disparar hasta el final. Se había dado un pico de cocaína.

Te acordás Nene cuando ibas por el medio de la calle, de chico, buscando huevos de paloma en Bolívar, en el verano. Se bañaban en la laguna barrosa y pinchaban los huevitos con un alfiler y se los tragaban de un saque.

Del campo no queda nada, está todo vigilado por los pesquisas. Tenía esas imágenes rápidas, un camino y un auto que llegaba con unos tipos armados. Las voces le decían cosas incomprensibles, le hablaban a veces con el idioma dulce de la polaquita de la amueblada. Vaya a saber que quería decir, cuánto habría sufrido la pobre, tan linda mujer, la trajeron engañada para casarla con un hombre de posición pero enseguida la encerraron en un barco y la llevaron al interior y la hicieron trabajar en la casa de Madama Iñíguez (la chilena). Era una campesina que sabía coser y hacer goulash y la trajeron para que pudiera tener una familia lejos de la guerra y del hambre. Una vez pensó, como dormido, como si lo hubiera oído, que lo mejor era

matarla, oyó que ella le estaba pidiendo que la matara. No quiso, no quería. Trató de sacarse la idea de la cabera, se le prendía como un bicho, como una garrapata, la voz, y el Gaucho cerró los ojos porque la chica estaba sentada en el pie de la cama, desnuda, con el pelo colorado que le llegaba a la cintura y el adentro del cerebro escuchaba esa grampa como de alambre que trasmitía, una voz le dijo que la matara, le hablaba en ese idioma de ella que nadie entendía en esta región, y sin embargo las palabras le decían que por favor la salvara y le evitara ese sufrimiento de estar con esos paisanos brutos de las provincias vecinas («las provincias vecinas»), nadie entendía que ella era una princesa polaca y que ya no podía soportar la soledad y el sufrimiento («el sufrimiento»), la habían separado de su hijita, de Nadia, se la había llevado un médico porque le dijo que tenía tifus («tifus»). Le dio cien pesos y se llevó a la nena envuelta en una pañoleta y la subieron a un carro y la bajaron en un prostíbulo en Chivilcoy (le contó Dorda a Bunge). Y el Gaucho entendió esas palabras, las palabras que decía la polaca, la cautiva, como si fueran contraseñas y ella le dijo que se la llevaron en un carro y la trajeron a la provincia de Santa Fe a trabajar con los peones de las cosechas, a seguir los campamentos y ahora estaba perdida y vivía en un cuartito especial porque los negros la preferían porque ella era una mujer de pelo colorado, una europea, pero quería morir y lo dejaba al Gaucho que le acariciara los pies y le sirviera de sirviente y desnuda, de cara al espejo, lo miraba con esos ojos de princesa y le pedía que la matara el Gaucho le hizo caso a la voz que le ordenaba suavemente lo que tenía que hacer, buscar la Beretta en la caña de la bota y apuntarle a los ojos y en ese momento ella mostró una cara de asombro y de terror que el Gaucho nunca pudo olvidar, le quedó para siempre como una estampa, la certeza de que quizás ella se había asustado a último momento como le pasa a los suicidas que se arrepienten, y tratan de vivir y ella estaba desnuda, con el pelo rojo suelto sobre la espalda y alzó la mano, así, en un gesto de piedad y de asombro mientras el Gaucho le volaba la cabeza.

Ahí se lo llevaron al frenopático y lo mataron a golpes y a inyecciones para dormir caballos, unas pichicatas que le daban y lo dejaban como muerto en vida, le hacían doler todos los huesos y estaba todo el día tirado en la

cama, asesino de mujeres indefensas, ahogado en el chaleco de fuerza, en una pieza con otros locos que hablaban de la guerra y de la lotería y él se quedaba quieto pensando y escuchando las voces y la voz de la rusita que le pedía que la matara y una tarde un loquito, el Loco Gálvez apareció con una tijera pico de loro que robó en la enfermería y liberó a todos los locos furiosos y los dejó escapar. Era la Navidad de 1963 y todos estaban ocupados en los festejos y el Gaucho se tomó un tren en Gonnet y se bajó en Constitución y empezó a dormir en la estación y ahí fue donde lo conoció al Nene, que llegaba de Mar del Plata, con una valija después de haber ganado un platal en el Casino y le vio cara conocida. Habían estado juntos en Batán, de chicos, en el Instituto de Menores y se lo llevó a vivir con él, Brignone. Tenía esa imagen del Nene que venía por el andén divertido, con la valija, como si lo estuviera buscando, y el Gaucho estaba acostado en un banco contra la pared, en el final del andén y el Nene se le acercó y le dijo:

—A vos te conozco, sos de Santa Fe, sos el Gaucho Rubio, estuvimos juntos en Batán.

La memoria del Gaucho no andaba bien pero cuando vio esa cara en la neblina del amanecer, elegante y alegre, supo que era cierto, parecía un Cristo el Nene parado contra la claridad de la estación.

El comisario Silva logró escurrirse hasta el departamento del segundo piso y se lanzó a través de la puerta completamente destrozada disparando con su ametralladora ráfagas en todos los sentidos. El último pistolero, el Gaucho Dorda se había puesto de pie tambaleante, «terminado» ya, hizo un esfuerzo y disparó su metra pero no logró alcanzarlo, estaba demasiado débil y sintió que Silva estaba demasiado lejos, en la claridad de la tarde. Entonces se dejó caer, como quien se duerme después de una noche de insomnio.

Con las debidas precauciones los policías se fueron acercando comprobando entonces que dos de los pistoleros (el Cuervo Mereles y el Nene Brignone) estaban abatidos en el suelo, y el tercero muy malherido y al borde mismo de la muerte.

Poco después se oyó el grito del jefe de policía indicando hacia la calle que cesaran el fuego ya que los pistoleros no ofrecían resistencia alguna. Desde la posición en la que ese policía se encontraba se veían los pies de uno

de los delincuentes, que estaba tirado muy cerca de la puerta.

Cuando el cronista destacado en el escenario de la batalla entró en el departamento el espectáculo era realmente dantesco. Ningún otro adjetivo vale para retratarlo. La sangre inundaba el lugar y parecía imposible que tres hombres hubieran logrado tal decisión y heroísmo. Dorda estaba vivo, con la espalda apoyada en el respaldo destrozado de la cama, abrazado al Nene como quien sostiene una muñeca en brazos.

Dos camilleros entraron y levantaron al herido, que seguía sonriendo, con los ojos abiertos y un murmullo ininteligible en los labios. Cuando bajaron a Dorda por la escalera los curiosos y vecinos agolpados en el lugar y los policías se lanzaron sobre él y lo golpearon hasta desmayarlo. Un Cristo, anotó el chico de *El Mundo*, el chivo expiatorio, el idiota que sufre el dolor de todos.

Los policías provocaron un tumulto al enterarse de que uno de los pistoleros iba a ser sacado con vida del edificio. A los gritos de «Asesino», «Hay que matarlo» se arremolinaron sobre la camilla y golpearon al moribundo.

Cuando apareció el cuerpo ensangrentado de Dorda, con los huesos rotos y a la vista, un ojo herido y el vientre tajeado y sin embargo todavía con vida hubo primero un gesto de silencio y de estupor. La multitud lo rodeó y los camilleros se detuvieron.

Fue el primero en salir, todavía vivo, el primero al que veían de los terribles malhechores que habían combatido heroicamente durante dieciséis horas. Un cuerpo frágil, con pinta de boxeador, una víctima sacrificial y al verlo hubo una oleada de odio y cuando el primer hombre lo golpeó fue como si el mundo se viniera abajo y se rompiera el dique del rencor.

Se lanzó sobre el miserable una avalancha de pasión que fue casi imposible de contener.

Entre cuatro o cinco policías y periodistas lo golpearon con sus armas y sus cámaras, el pistolero herido era un baño de sangre viva y palpitante todavía, que parecía sonreír y murmurar. Santa María Madre de Dios ruega por nosotros pecadores, rezaba el Gaucho. Veía la iglesia y el cura que lo esperaba en la parroquia. Tal vez si pudiera confesarse podría hacerse

perdonar, podría explicar al menos porque había matado a la colorada, porque las voces le dijeron que ella no quería seguir viviendo. Pero él en cambio ahora quería seguir vivo. Quería volver a estar con el cuerpo desnudo del Nene, los dos abrazados en la cama, en el algún hotel perdido en la provincia.

La avalancha lo rodeó y cientos de voces se alzaron hasta el sol pesado de la tarde pidiendo su muerte.

—¡Que lo maten!... ¡Mátenlo!... ¡Que lo maten!...

Nunca se había visto una cosa semejante, en ese momento el descontrol colectivo se justificaba según algunos por el daño terrible y cruelmente causado a la sociedad y a sus leyes, por los delincuentes.

El deseo de venganza, que acaso sea la primera chispa en el relámpago de la mente humana cuando está lesionada, corría con velocidad eléctrica por entre la muchedumbre. Y la muchedumbre empujó: varios cientos de hombres y mujeres de toda traza y tipo clamando venganza.

Fueron inútiles entonces los propios cordones policiales y sobre el montón sanguinolento de Dorda llovieron de todas partes los guipes, las patadas, los puñetazos, los escupitajos y los insultos.

Por fin fue sacado del tumulto y llevado a una ambulancia para su traslado al Maciel. Eran las dos y cuarto de la tarde y la ambulancia donde lograron tirarlo se perdía en un mar humano.

Entonces el jefe de la policía argentina habló y su voz fue una copa de aceite sobre la muchedumbre alucinada.

Pedía calma, pedía sosiego para la labor de la Justicia, pedía tiempo para la meditación y la pena profunda por la memoria de los muertos.

—Yo le di el último puñetazo —dijo Soria.

Y sobre las cabezas de la muchedumbre, mostró en el aire caliginoso de la tarde el puño derecho, tinto en sangre.

Las lágrimas corrían copiosas por la cara redonda y gruesa del comisario Silva, en una mezcla con el sudor, el calor de la tarde, el gas lacrimógeno que todavía se colgaba perezosamente de las copas de los árboles y el agrio olor de la sangre de dos policías más, muertos esta mañana en el umbral de la casa...

A contramano por la calle Canelones hacia el sur, con las sirenas

ululantes, la ambulancia de Salud Pública iba a toda velocidad para el Maciel. No me han podido matar y no van a poder matarme. Sintió el gusto de la sangre en los labios y el dolor de un diente roto y por los ojos nublados veía la blancura de la tarde. Mi madre siempre supo que yo estaba destinado a no ser entendido y nadie me entendió nunca pero a veces he logrado que algunos me quisieran. Oh, padre dijo como en un eco lejano, el caballo tobiano me va a sacar de aquí. Iba entonces ahora a reunirse con el Nene Brignone, en el campo abierto, en el trigal, en la noche tranquila. La sirena de la ambulancia se alejó y se perdió al doblar la esquina de Herrera y la calle quedó por fin vacía.

# Epílogo

## 1

Esta novela cuenta una historia real. Se trata de un caso menor y ya olvidado de la crónica policial que adquirió sin embargo para mí, a medida que investigaba, la luz y el *pathos* de una leyenda. Los hechos ocurrieron en dos ciudades (Buenos Aires y Montevideo) entre el 27 de septiembre y el 6 de noviembre de 1965. He respetado la continuidad de la acción y (en lo posible) el lenguaje de los protagonistas y los testigos de la historia. No siempre los diálogos o las opiniones transcritas se corresponden con exactitud al lugar donde se enuncian pero siempre he reconstruido con materiales verdaderos los dichos y las acciones de los personajes. He tratado de tener presente en todo el libro el registro estilístico y «el gesto metafórico» (como lo llamaba Brecht), de los relatos sociales cuyo tema es la violencia ilegal.

El conjunto del material documental ha sido usado según las exigencias de la trama, es decir que cuando no he podido comprobar los hechos en fuentes directas he preferido omitir los acontecimientos. Esto explica que la gran incógnita (el momento fantástico) del libro sea la misteriosa desaparición de Enrique Mario Malito, el jefe de la gavilla. Nadie sabe realmente que sucedió con él en las horas que siguieron a la encerrona. Existen varias hipótesis sobre su destino pero yo he respetado la intriga que tejieron los protagonistas.

Algunos dicen que se desprendió de la banda en el momento de ser



sorprendidos al cambiar las chapas del Studebaker y que viajaba en el Hillman que se alejó de la calle Marmarajá antes del enfrentamiento con la policía. Tenía una cita con Brignone para el día siguiente pero la sucesión de caídas y el bloqueo del departamento cortaron la conexión. La versión más verosímil asegura que a pesar de estar aislado y sin contactos, logró escapar y cruzar a Buenos Aires y que murió en un tiroteo en Floresta en 1969. La versión más extravagante dice que consiguió huir por los techos del edificio justo cuando llegó la policía y que se escondió en un tanque de agua donde se mantuvo a salvo durante dos días hasta que pudo llegar al Paraguay y vivió en Asunción hasta su muerte (de cáncer) en 1982, con un nombre cambiado (Aníbal Stocker, según las fuentes).

Por su parte, el Gaucho Dorda se recuperó de las heridas y fue extraditado a Buenos Aires y murió al año siguiente, asesinado durante una rebelión de presos en la cárcel de Caseros (según parece ejecutado por un infiltrado de la policía). Durante su estadía en el hospital y en la cárcel (en el Uruguay) en enero y febrero de 1966 fue entrevistado por el enviado del diario *El Mundo* de Buenos Aires que publicó parte de las declaraciones de Dorda en dos notas el 14 y el 15 marzo de 1966. También tuve acceso a la transcripción de los interrogatorios a Dorda que constan en los archivos del caso y a los informes psiquiátricos del Dr. Amadeo Bunge. Debo agradecer a mi amigo, el doctor Aníbal Reynal, fiscal de Primera Instancia, la posibilidad de consultar y fichar esos materiales. Fue para mí de gran valor la ayuda del fiscal del Juzgado 12 de Montevideo, doctor Nelson Sassia quien me permitió trabajar con las declaraciones testimoniales y los legajos judiciales del caso. Conocí de este modo los testimonios de Margarita Taibo, Nando Huguilein y Yamandú Raymond Azevedo, entre otros implicados. En Buenos Aires fue el abogado Raúl Anaya quien me permitió consultar las actas de los interrogatorios a Blanca Galeano, Fontán Reyes, Carlos Niño y demás imputados en la causa. Tuve acceso también al descargo y la declaración del comisario Cayetano Silva en el sumario interno a que fue sometido por la policía por presunto cohecho (y del que fue sobreseído).

La otra fuente importante para este libro ha sido la transcripción de las grabaciones secretas realizadas por la policía en el departamento de la calle

Herrera y Obes a las que tuve acceso gracias a un dictamen del doctor Sassia quien me posibilitó trabajar con ese material confidencial. En noviembre de 1965 se publicó en *Marcha* de Montevideo una extensa entrevista de Carlos M. Gutiérrez al radiotelegrafista uruguayo Roque Pérez a cargo del control técnico de las grabaciones.

Por supuesto he consultado el archivo de los diarios de la época, especialmente *Crónica*, *Clarín*, *La Nación* y *La Razón* de Buenos Aires y *El Día*, *Acción*, *El País* y *Debate* de Montevideo. Fueron de especial utilidad las crónicas y las notas de quien firmaba E. R., que cubrió el asalto y fue el enviado especial del diario argentino *El Mundo* al lugar de los hechos. He reproducido libremente esos materiales, sin los cuales hubiera sido imposible reconstruir con fidelidad los hechos narrados en este libro.

Debo a la generosidad de mi amigo el escultor Carlos Boccardo, que vivía en Montevideo cuando sucedieron los acontecimientos de la calle Herrera y Obes, una serie de precisiones y de materiales que me ayudaron a redactar las distintas versiones de la historia.

## 2

La primera conexión con la historia narrada en este libro (como sucede siempre en toda trama que no sea de ficción) surgió por azar. Una tarde, a fines marzo o principios de abril de 1966, en un tren que seguía viaje a Bolivia, conocí a Blanca Galeano, a quien los diarios llamaban «la concubina» del pistolero Mereles. Tenía dieciséis años pero parecía una mujer de treinta y estaba huyendo. Me contó una historia rarísima que le creí a medias y pensé que su relato estaba encaminado a que yo le pagara (como sucedió) las comidas en el restaurant del tren. En las largas horas de aquel viaje que duró dos días me contó que acababa de salir de la cárcel; que había

estado presa durante seis meses por asociación en banda con los ladrones del Banco de San Fernando y que se iba exiliada a vivir a La Paz. Me contó una primera y confusa versión de los hechos que yo recordaba vagamente haber leído en los diarios meses atrás.

Esa muchacha que hablaba de un gángster que le había permitido conocer el otro lado de la vida y que ahora estaba muerto y al que habían acribillado luego de resistir quince horas como un héroe, me dio el impulso inicial para interesarme en la historia. «Había como trescientos canas y ellos se aguantaron encerrados ahí y nadie pudo sacarlos», decía la Nena con un lenguaje que sonaba hostil, como suele sonar el lenguaje cuando se lo usa para contar una derrota. La chica había abandonado el secundario, se había hecho adicta a la cocaína (según comprobé al rato de viajar con ella), decía ser hija de un juez y juraba que estaba embarazada del Cuervo. Ella me habló de los mellizos, del Nene Brignone y del Gaucho Dorda y de Malito y el Chueco Bazán y yo la escuché como si me encontrara frente a una versión argentina de una tragedia griega. Los héroes deciden enfrentar lo imposible y resistir, y eligen la muerte como destino.

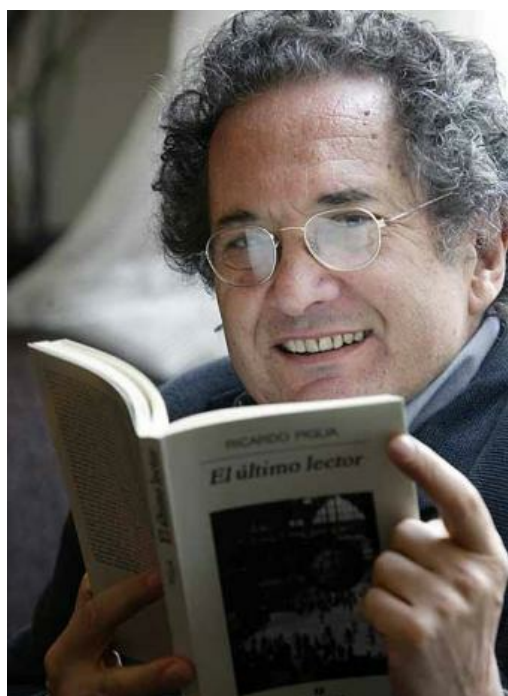
Bajé en San Salvador de Jujuy porque quería llegar hasta Yaví para la procesión de Semana Santa. El tren se detuvo media hora para cambiar de trocha y ella bajó conmigo y nos despedimos en un bar de chapa al costado del andén donde tomamos cerveza brasileña. Después la chica siguió sola el viaje a La Paz y nunca más la vi. Recuerdo que en el tren y en la estación y luego en el hotel tomé algunas notas de lo que me contó (porque en aquel tiempo yo consideraba que un escritor debía ir a todos lados con una libreta de notas) y poco después (en 1968 o 1969) inicié la investigación y escribí una primera versión de este libro.

Siempre serán misteriosas para mí las razones por las que algunas historias se resisten durante años a ser contadas y exigen un tiempo propio. Abandoné el proyecto en 1970 y mandé los borradores y los materiales a la casa de mi hermano. Hace un tiempo, en medio de una mudanza, encontré la caja con los manuscritos y los documentos en los que estaban los resultados principales de la investigación y la primera redacción del libro. En el verano de 1995 comencé a escribir de nuevo por completo la novela, tratando de ser

absolutamente fiel a la verdad de los hechos. Los acontecimientos estaban ahora tan distantes y tan cerrados, que parecían el recuerdo perdido de una experiencia vivida. Casi los había olvidado ya y eran nuevos y casi desconocidos para mí luego de más de treinta años. Esa lejanía me ha ayudado a trabajar la historia como si se tratara del relato de un sueño.

Me parece que ese sueño empieza con una imagen. Me gustaría terminar este libro con el recuerdo de esa imagen, es decir con el recuerdo de la muchacha que se va en el tren a Bolivia y asoma su cara por la ventanilla y me mira seria, sin un gesto de saludo, quieta, mientras yo la veo alejarse, parado en el andén de la estación vacía.

Buenos Aires, 25 de julio de 1997.



RICARDO EMILIO PIGLIA RENZI. Nació en Adrogué, provincia de Buenos Aires, el 24 de noviembre de 1941. En 1955 su familia se mudó a Mar del Plata, donde Piglia descubriría a Steve Ratliff («un yanqui extraño»), el mar y el mundo literario. En 1967 apareció su primer libro de relatos, *La invasión*, premiado por Casa de las Américas. En 1980 apareció *Respiración artificial*, de gran repercusión en el ambiente literario y considerada como una de las novelas más representativas de la nueva literatura argentina. *La ciudad ausente* fue llevada a la ópera por el compositor Gerardo Gandini.

Junto a su obra de ficción, Piglia ha desarrollado una tarea de crítico y ensayista, publicando textos sobre Arlt, Borges, Macedonio Fernández, Manuel Puig, Sarmiento y otros escritores argentinos...

Ricardo Piglia es escritor, crítico literario, guionista. Dirigió la revista *Literatura y Sociedad*. Ha sido profesor de la Universidad de Buenos Aires, en la Universidad de California en Davis y de la Universidad de Princeton, Estados Unidos. Ha sido también guionista de las películas *El astillero* (1999). *La sonámbula*, *recuerdos del futuro* (1998) y *Comodines* (1997). Y coguionista de la película *Corazón Iluminado*, de Héctor Babenco.

Actualmente vive en Buenos Aires, en el barrio de Palermo.

La escritura de Piglia se caracteriza por un sano equilibrio entre el rigor intelectual, la experimentación y su facilidad para ser leída. Sus obras son deliberadamente intelectuales y llenas de alusiones a la disidencia cultural.